

ROBOTS II

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
AL PIE DE LA LETRA	3
PRIMERA LEY... Y MEDIA	5
EVOLUCIÓN	8
ALMA DE ROBOT	25
EL HEREJE	31
COGITO ERGO SUM	52
BIT SAPIENS	68
LAS TRES LEYES DE LA HUMÁNICA	72
PROYECTO SALOMÓN	73

PRESENTACIÓN

Sin duda, uno de los tópicos más conocidos de la ciencia ficción, incluso para los ajenos al género, es el de los robots, tradicionalmente representados como unos humanoides mecánicos capaces de realizar tareas vedadas a los humanos o, en su otra variante, también como ordenadores dotados de inteligencia propia.

Son tantos los autores que introducen robots en sus obras que resultaría imposible hacer una lista no ya completa, sino siquiera mínimamente representativa. Baste, pues, con recordar a los célebres relatos de Isaac Asimov, creador de las famosas Tres leyes de la robótica que tanta trascendencia tendrían en el género, o el no menos célebre Hal 9000 de Arthur C. Clarke. El cine de ciencia ficción, por su parte, ha proporcionado también iconos tan populares, entre otros muchos, como la María de *Metrópolis*, el Gor de *Ultimátum a la Tierra*, el Robby de *Planeta prohibido* o la pareja formada por R2-D2 y C-3PO, protagonistas indiscutibles de la saga de *La guerra de las galaxias*.

Mi contribución a este subgénero ha sido por el momento relativamente corta, pero dada su especificidad he considerado conveniente agruparla por separado, dividiéndola en dos volúmenes para una mayor comodidad de lectura. En este segundo, que recoge los relatos más recientes, éstos cuentan, a diferencia del anterior, con unas extensiones más habituales en el conjunto de mis cuentos, ni demasiado cortos -salvo en las secciones específicas- ni demasiado largos, sin que falte tampoco algún pequeño guiño al universo literario de Asimov de quien siempre me he reconocido admirador.

José Carlos Canalda

AL PIE DE LA LETRA

En la sala, pequeña y desprovista de ventanas, varias figuras distribuidas en torno a una mesa ocupaban el escaso espacio que quedaba libre entre ésta y las cuatro paredes, a excepción del estrecho hueco de la puerta que se abría a mitad de una de las paredes.

De todas ellas quedaba claro quien llevaba la voz cantante, a juzgar por la autoridad con la que daba órdenes a unos subordinados que las acataban sin rechistar.

-¿Qué pasa con Sinagra? -preguntó en tono falsamente indiferente, dirigiéndose a uno de ellos-. ¿Ha pagado ya el pizzo?

-Todavía no, don Rocco -respondió remiso el interpelado-. Y no será porque no se lo hayamos advertido en varias ocasiones. Incluso le llegamos a romper las lunas de su tienda como advertencia, pero no ha servido de nada. Jura y perjura que jamás nos pagará un solo céntimo. El siguiente paso sería quemársela, pero entonces no habría manera humana de cobrarle la deuda, puesto que quedaría arruinado. Por eso estamos intentando forzarle a que pague.

-Lo que pudiéramos sacarle a ese malnacido no sería ni calderilla -le interrumpió el capo con el ronco tono de voz que reservaba para cuando estaba irritado-. Pero su cabezonería podría servir de ejemplo a otros, y eso es algo que no nos conviene. Además -continuó alzando el tono de voz-, no me gusta que nadie se burle de mí. No lo soporto -concluyó cortando la frase como si lo hubiera hecho con un cuchillo.

-Entonces, don Rocco... -musitó el responsable con un hilo de voz.

-Mi querido Fredo, si estás sentado aquí, a mi lado, en vez de dedicarte a patear las calles como un soldado cualquiera, se debe a que creí en ti y en tu capacidad para resolver problemas. Así pues no creo que tenga que decirte nada, confío en que seas capaz de afrontarlo por ti solo... al menos, así lo espero -concluyó a modo de velada amenaza.

Dicho lo cual dio a entender que la reunión había terminado, por lo que sus lugartenientes comenzaron a levantarse en silencio y, tras besarle respetuosamente la mano, se retiraron por la puerta que quedaba situada justo frente a él.

Una vez solo, el capo emitió el equivalente a un suspiro -evidentemente carecía de aparato respiratorio- y, alzando sus ojos telemétricos, fijó la mirada en el cartel colocado encima de la puerta. Y recordó. Recordó sus humildes orígenes como robot industrial, diseñado para realizar tareas penosas y equipado, por ello, con un cerebro positrónico de capacidades presuntamente limitadas. Lo que nunca supieron sus creadores, y ni siquiera llegaron a sospechar, fue que, debido a un error de origen desconocido, su cerebro

presentaba ciertas anomalías que le convertían en un androide único de capacidades muy diferentes, y por supuesto superiores, a las correspondientes a su modelo. Por supuesto jamás hubiera pasado el más mínimo control, pero ya procuró él -la astucia era una de sus cualidades particulares- de que esto no ocurriera.

Quiso el azar que sus habilidades innatas le condujeran -más bien le empujaran- hacia lo que los humanos consideraban delincuencia, algo realmente insólito en un robot puesto que todos ellos, y Rocco no era una excepción, estaban férreamente sometidos a los dictados de las Tres Leyes de la Robótica; pero Rocco pronto aprendió no a violarlas -eso hubiera resultado materialmente imposible-, sino a sortearlas.

Y tuvo éxito, de modo que tras huir de la factoría en la que había sido condenado a trabajar de por vida, dejando tras de sí la carcasa de un robot *muerto* -es decir, con el cerebro positrónico irreversiblemente dañado- que hizo pasar por él, fue el primer robot capaz no sólo de ser un delincuente, sino incluso de escalar hasta la cumbre de la Cosa Nostra convirtiéndose en uno de sus capos más respetados.

Evidentemente de su viejo cuerpo, fabricado con materiales baratos y pensado para durar lo justo para amortizar su coste de fabricación, tan sólo quedaba aquel maravilloso cerebro positrónico cuyo estudio hubiera hecho las delicias de cualquier ingeniero cibernético, habiendo sido reemplazado el resto por el mejor diseño existente en el mercado. Éste era el único capricho que se había permitido en toda su larga vida, pues su naturaleza robótica, a diferencia de la humana, le imponía muy pocas servidumbres corporales.

Y todo esto lo había conseguido gracias a la genial intuición que le permitió llegar tan lejos y que había plasmado, a modo de recordatorio, en su querido cartel. Allí, en letras doradas, a la conocida Primera Ley de la Robótica:

“Un robot no puede dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que éste sea dañado.”

Había añadido su propio codicilo:

“Pero nada le impide que otro ser humano lo haga voluntariamente por él.”

PRIMERA LEY... Y MEDIA

La implantación de las tres Leyes de la Robótica en los cerebros positrónicos que se ensamblaban en las factorías de hombres mecánicos repartidas por todo el Sistema Solar llevaba siglos demostrando la seguridad de las mismas, lo que había convertido a los robots en unos fiables e imprescindibles auxiliares de los humanos lográndose desterrar de forma definitiva todos los temores ancestrales que éstos habían albergado hacia sus criaturas cibernéticas. La lealtad de los robots hacia sus creadores y, sobre todo, la seguridad de que éstos jamás les harían el menor daño, ni les desobedecerían, era algo que se daba por supuesto.

Y así fue hasta que aparecieron los ardonai.

Los ardonai, otra joven raza que al igual que los terrestres se estaba expandiendo por el universo, toparon con éstos cuando sus respectivos territorios de colonización toparon el uno con el otro. Y como los ímpetus guerreros de ambas civilizaciones eran similares, en vez de intentar conciliar sus respectivos intereses de una manera civilizada, se enzarzaron en una violenta guerra para dirimir cual de las dos lograría hacerse con la hegemonía en este sector de la galaxia.

Los estrategas terrestres, viendo el buen resultado que los robots habían dado en la exploración y colonización de los planetas incorporados a su control, todos ellos originalmente deshabitados, decidieron con toda lógica utilizarlos como soldados en su lucha contra los ardonai. Y éstos, como se supo más adelante, adoptaron una decisión similar con sus propios autómatas. Fue entonces cuando surgió el problema.

Los ardonai eran unos seres humanoides, entendiendo como tales un cuerpo de simetría bilateral rematado por una cabeza por la que comían y respiraban y en la que se encontraban sus ojos y oídos. Eran bípedos erectos, y contaban con dos extremidades superiores provistas de apéndices prensiles. Su tamaño era similar al humano -quizá ligeramente más altos- y su metabolismo, *grosso modo*, podía equipararse también al de éstos, dado que respiraban oxígeno, consumían alimentos basados en la química del carbono y mantenían una temperatura constante en su cuerpo. Asimismo las condiciones ambientales de su planeta natal eran bastante parecidas a las de la Tierra, razón por la que buscaban para sus colonias el mismo tipo de planetas que interesaban a los terrestres.

Pero aquí acababan las similitudes. No eran mamíferos -aunque sí vertebrados-, disponían de tres sexos -dos reproductores y un tercero incubador-, su piel era coriácea y sus rasgos faciales se encontraban a mitad de camino entre los de un lagarto y un rinoceronte africano. En lugar de dedos sus manos contaban con un amasijo de delgados

tentáculos y además tenían rabo, aunque éste era casi vestigial y había perdido la capacidad prensil de la que habían gozado los de sus remotos antepasados.

Resumiendo eran unos bichos rematadamente feos, eso sí con un nivel tecnológico equivalente al humano y unas ansias expansionistas muy similares a las suyas.

Para los estrategas terrestres el uso de los robots con fines bélicos, aunque nuevo, no debería plantear ningún problema, ya que la Primera Ley les prohibía hacer daño a los humanos y la Segunda les conminaba a obedecerlos... y estaba claro que los ardonai no lo eran en modo alguno.

Lamentablemente, no fue ésta la opinión de los robots. Porque aunque ni los generales, ni tan siquiera los propios robopsicólogos, esperaban que a los robots se les plantearan dudas acerca de la naturaleza no humana de sus enemigos, en la práctica resultó que éstos la interpretaron de diferente forma. O mejor dicho, a los robots se les planteó un conflicto irresoluble con las Leyes de la Robótica que no había sido previsto dado que, cuando éstas fueron formuladas, el hombre era la única especie inteligente conocida, y así había seguido ocurriendo con anterioridad al encuentro con los ardonai.

La cuestión surgía de alto tan elemental, a la par que peliagudo, como era la definición de humano. Definición filosófica, se entiende, y no biológica, puesto que según esta última humano era todo aquél que perteneciera a la especie *Homo sapiens*, inequívocamente determinada por su ADN.

Pero los robots, que al fin y al cabo también pensaban, lo entendieron de otra manera. Para ellos la humanidad, que en definitiva era lo que diferenciaba a los *Homo sapiens* del resto de los seres vivos del planeta, dependía no de un código genético específico, sino de su capacidad de raciocinio. Y aunque su naturaleza artificial les excluía de ser considerados como tales, interpretaron con toda lógica que a los ardonai se les debía considerar también como humanos, lo que implicaba su imposibilidad de combatir contra ellos dado que esto hubiera supuesto una vulneración de la Primera Ley.

Huelga decir que a los militares no les hizo ni pizca de gracia encontrarse con unas tropas robóticas convertidas en masa al pacifismo, pero como cabe suponer fracasaron completamente al intentar aplicarles los métodos utilizados tradicionalmente para “convencer” a los soldados renuentes, ya que de nada serviría intentar castigar e incluso fusilar -bueno, dejémoslo en desconectar- a los desertores cibernéticos. En realidad el problema no estribaba en que los robots no quisieran combatir, sino en que les resultaba de todo punto imposible obedecer dado que cualquier orden de atacar a quienes ellos consideraban como humanos les provocaba un bloqueo inmediato a causa de un conflicto entre la Primera Ley, que se lo impedía, y la Segunda, que les obligaba a obedecer las órdenes de los humanos. Y aunque en estos casos siempre tenía prioridad la Primera Ley, si

los mandos militares insistían, y de hecho insistieron, podían acabar dañándose de manera irreversible sus delicados cerebros positrónicos.

Así pues, la guerra se tuvo que acabar afrontando a la manera tradicional, con soldados humanos enfrentándose a los soldados también humanos -según la concepción robótica- de los ardonai, puesto que éstos se encontraron con un problema similar con sus propios servidores mecánicos.

Finalmente, tras una larga guerra de desgaste que acabó desembocando en tablas ambas razas llegaron primero a un armisticio y posteriormente a un entendimiento. Al fin y al cabo el universo era lo suficientemente grande para que terrestres y ardonai pudieran expandirse sin fricciones, y tanto los unos como los otros tenían mucho que ganar y muy poco que perder con una coexistencia pacífica.

Hoy en día terrestres y ardonai dan por zanjado su pasado antagonismo, y los robopsicólogos de ambos planetas trabajan conjuntamente para redefinir el término *humano* de sus respectivas Leyes de la Robótica -las de los ardonai son cuatro- en prevención de posibles tropiezos futuros con una hipotética raza hostil con la que pudieran encontrarse en las profundidades del vasto universo, de forma que sus respectivos robots pudieran identificarla inequívocamente como no humana con independencia de su nivel intelectual y tecnológico.

EVOLUCIÓN

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS (EXTRACTO)

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición.

Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre, la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración y contra toda provocación a tal discriminación.

* * *

LAS TRES LEYES DE LA ROBÓTICA

1.- Un robot no puede dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que éste sea dañado.

2.- Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos excepto cuando estas órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.

3.- Un robot debe proteger su propia existencia hasta donde esta protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Leyes.

* * *

REFLEXIONES SOBRE EL CONCEPTO DE HUMANIDAD

Durante siglos, la controversia primero teológica, y posteriormente filosófica, acerca de la definición de ser humano ha hecho correr ríos de tinta, cuando no incluso de sangre. En los albores del cristianismo se debatió sobre la existencia o no de alma en las mujeres, o bien se defendía que las almas femeninas eran de categoría inferior a las masculinas. Más adelante, cuando las grandes expediciones interoceánicas pusieron en contacto a los navegantes europeos con miembros de otras razas y culturas, volvió a repetirse la cuestión negándosele la condición de seres humanos a los pertenecientes a las entonces denominadas razas primitivas, como los negros africanos, lo que resultó una oportuna excusa para justificar algo tan abyecto como la esclavitud, reemplazada por una discriminación racial no menos feroz en lugares tan alejados como Sudáfrica o los propios Estados Unidos.

No menos reprobables son los sistemas de castas sólidamente arraigados en sociedades como la hindú, que pese a haber sido abolido legalmente hace ya tiempo todavía continúa agazapado en amplios sectores sociales de este país.

Eso sin contar con la aberración del nazismo y su particular distinción entre razas superiores, como la aria, e inferiores como judíos, eslavos o gitanos, utilizada como argumento para esclavizar, encarcelar y asesinar a millones de personas inocentes.

En definitiva, la lucha por la igualdad total de todos los seres humanos con independencia de su sexo, su raza, sus creencias o su religión, sólo tendrá fin cuando esta igualdad sea realmente efectiva. Seamos religiosos o no, creamos en la existencia del alma o tal sólo en la razón del intelecto humano, la meta ha de ser siempre la misma.

J.F. Tombstone

* * *

ROBOTS Y HUMANOS

Están aquí, y llegaron para quedarse. El movimiento robotista, que muchos tomaron inicialmente a burla, se ha consolidado y cuenta cada vez con más adeptos salvo, claro está, aquéllos que son considerados por ellos como sus enemigos, las grandes corporaciones fabricantes de robots y todos aquellos que los utilizan como lo que legalmente son, unas simples máquinas que, por mucha que sea su sofisticación, no dejan de ser unos meros instrumentos.

Sin embargo, objetan los robotistas, desde el momento en el que se inventó el cerebro positrónico los robots equipados con éste dejaron de ser unos simples muñecos mecánicos para convertirse en seres pensantes y autoconscientes. De hecho, es sobradamente conocido que los robots positrónicos son perfectamente capaces de superar el Test de Turing siempre y cuando, claro está, no se les planteen cuestiones que pudieran entrar en conflicto con las Leyes de la Robótica. Así pues, si razonan igual que los humanos, sus defensores argumentan que deberían ser considerados como humanos, con independencia de su naturaleza artificial.

Algunos, incluso, llegan más lejos aún denunciando que las Leyes de la Robótica, y en especial la segunda, conculcan gravemente su libertad convirtiéndolos en los nuevos esclavos de nuestro siglo, al verse conminados a obedecer a los humanos de naturaleza biológica.

En cualquier caso este debate no ha hecho más que empezar, aunque no ha faltado quien, en plan sarcástico, ha propuesto a las fábricas de robots que regalen un ejemplar a cada uno de los cabecillas del movimiento robotista.

José Delapierre para *Noticias del Mundo*

* * *

¿TIENEN ALMA LOS ROBOTS?

A estas alturas puede parecer ésta una pregunta sin sentido, pero conviene recordar que las convicciones religiosas siguen estando fuertemente arraigadas en un porcentaje muy significativo de la población del planeta, por lo que para ellos dista mucho de ser una cuestión baladí. Aunque el movimiento robotista siempre se ha postulado como laico y sus dirigentes afirman que su único credo es la Declaración de los Derechos Humanos, la cuestión de si los robots son o no humanos ha saltado inevitablemente al campo religioso, trocando el concepto de humanidad por el de la posible existencia de alma en estos seres

mecánicos. Y si bien los portavoces de las principales creencias guardan por lo general un discreto silencio, los líderes de algunas sectas minoritarias han comenzado a pregonar la existencia de un alma robótica equivalente ante los ojos de Dios al alma humana, dado que en ambos casos se trata de seres igualmente pensantes.

Ante el argumento, defendido extraoficialmente por las religiones escépticas - denominémoslas así- de que sólo pueden disponer de alma los seres creados por Dios y nunca aquéllos salidos de la mano del hombre, los primeros afirman que, salvo Adán y Eva, ningún otro ser humano fue creado directamente por Dios, lo que no impide que sus descendientes actuales estén provistos de ella. Así pues, no ven mayor diferencia a la hora de gozar de tan inaprensible don que un nuevo ser haya sido concebido de forma biológica o, por el contrario, que haya sido ensamblado en un complejo industrial, puesto que tanto el uno como el otro han sido engendrados por el hombre y por lo tanto Dios, en su infinita sabiduría, no debería hacer la menor distinción.

En lo que respecta al estamento científico, el rechazo a equiparar a los robots con los seres humanos suele ser mayoritario, aunque por lo general la mayoría rehúsa opinar sobre la cuestión del alma.

Marco Pastrami en *Milenio Fantástico*

* * *

TUVALU MANUMITE A LOS ROBOTS

El mundo ha despertado hoy con la sorprendente noticia de que Tuvalu, un diminuto estado insular polinésico situado a mitad de camino entre Australia y Hawai, ha reconocido a los robots la condición de seres humanos, lo que conlleva una inmediata manumisión de los mismos al ser considerada como esclavitud, y por lo tanto prohibida, su anterior condición de siervos de sus antiguos dueños.

El júbilo manifestado por las organizaciones robotistas contrasta con el escepticismo con el que ha sido acogida esta iniciativa tanto por los gobiernos de las naciones industrializadas como por las principales fábricas de robots agrupadas en la WARM (World Association of Robot Manufacturers). Un portavoz de esta asociación afirmó, en un comunicado hecho público en una multitudinaria rueda de prensa, que esta pintoresca (sic) iniciativa legal no tiene por qué afectar en absoluto a la producción y venta de robots, que justo ahora está pasando por uno de sus mejores momentos una vez que las mejoras tecnológicas y la consiguiente reducción de precios han logrado que los robots dejen de

ser un artículo de lujo al alcance de tan sólo unos pocos. Éste es un extracto de sus palabras, con algunas acotaciones nuestras encerradas entre corchetes:

Sería absurdo suponer que un hecho aislado como el de Tuvalu vaya a influir en nuestro negocio. Ciertamente se trata de una nación soberana [obtuvo su independencia de Gran Bretaña, su antigua potencia colonial, en 1978] y por lo tanto tiene plena capacidad para promulgar sus propias leyes, pero si consultan un atlas comprobarán que su extensión territorial abarca tan sólo 26 kilómetros cuadrados, por lo que si se tratara de una única isla de forma circular su diámetro ni siquiera alcanzaría los seis kilómetros de lado a lado. En realidad el país está repartido entre tres islas y seis atolones, el mayor de las cuales de tan sólo 560 hectáreas de superficie, una quinta parte de su territorio total, con una longitud de 5 kilómetros y una anchura máxima de 2.

Para los amantes de las estadísticas [añadió] cabe indicar que es el cuarto estado más pequeño del mundo tras la Ciudad del Vaticano, Mónaco y su “vecina” [les separan 1.400 kilómetros de océano] Nauru, y que con apenas doce mil habitantes es el segundo menos poblado, superando tan sólo a la Ciudad del Vaticano. Su altitud máxima sobre el nivel del mar es de tan sólo cinco metros, lo que hace que estas islas sean extremadamente vulnerables a las mareas, a fenómenos meteorológicos como tifones o tsunamis y a la subida del nivel del mar a causa del cambio climático.

Su economía está basada fundamentalmente en la agricultura y la pesca, aunque también obtiene ingresos por las emisiones filatélicas y, durante algunos años, se beneficiaron de la cesión de los derechos de explotación del dominio .tv en internet, frecuente en las páginas pornográficas. Por supuesto en Tuvalu no se fabrican robots, de hecho no se fabrica absolutamente nada, y el parque local de éstos se reduce a media docena de destartaladas unidades, modelos antiguos y obsoletos comprados de segunda mano y empleados en su totalidad por la Administración local.

Como resulta fácil de entender, la iniciativa del gobierno tuvaluano no pasa de ser un hecho meramente anecdótico y sin la menor trascendencia, al que no merece la pena prestarle la menor

atención. Juzguen por ustedes mismos [concluyó con una sonrisa levemente sardónica].

La aplastante exposición del portavoz de la de la WARM no ha gustado a las organizaciones robotistas, que han replicado que si otras naciones más importantes todavía no se han atrevido a dar el paso se debe únicamente a las presiones de un *lobby* industrial que vería peligrar sus exorbitantes beneficios, tanto los de los propios fabricantes de robots como los de las numerosas empresas, prácticamente todas, que utilizan de forma masiva a los hombres mecánicos como mano de obra tras haberse desembarazado de los anteriores operarios humanos, por resultarles el cambio mucho más rentable. No obstante, consideran un triunfo y una valentía la iniciativa de las autoridades tuvaluanas, y afirman estar firmemente convencidos de que a este precedente le seguirán próximamente otras iniciativas similares.

Lo que sí es cierto, es la afirmación del gobierno de Tuvalu de que, en caso de que arribaran a su país un barco o un avión transportando robots, éstos serían declarados humanos y, en consecuencia, se conminaría a sus propietarios a liberarlos de forma inmediata, aunque por el momento no ha precisado si se les otorgaría automáticamente la nacionalidad tuvaluana o si, por el contrario, podrían acogerse al estatuto de refugiados, ya que en caso de abandonar Tuvalu perderían de inmediato su recién adquirida “humanidad” siendo devueltos a sus legítimos propietarios. Dado que la infraestructura turística de este minúsculo estado insular es prácticamente inexistente -se calcula que el número anual de visitantes no rebasa el centenar-, tampoco cabe esperar que esta nueva ley vaya a tener una incidencia significativa en los potenciales turistas, a los que les bastaría con dejar a sus servidores a buen recaudo en cualquier otro lugar del planeta durante la duración de su visita..

Por su parte, el Consejo de Seguridad de la ONU, a la que pertenece Tuvalu desde el año 2000, ha comunicado que por el momento no figura en su agenda ningún proyecto de debate sobre este tema, y que tampoco está previsto que se incluya en un futuro inmediato.

Silver P. Waterhouse para *World News*

* * *

LA CUESTIÓN ROBÓTICA

Visto con la perspectiva que dan las décadas transcurridas desde que se inició el proceso, resulta sorprendente descubrir que entonces prácticamente nadie, salvo los ingenuos idealistas conocidos, con frecuencia de forma peyorativa, como *robotistas*, fuera capaz de prever algo que hoy nos parece tan evidente como la naturaleza humana de los robots, con independencia de su origen artificial en contraposición a los humanos de carne y hueso. Pero no nos engañemos. Aunque en la actualidad no se discrimine entre cerebros orgánicos y cerebros positrónicos, puesto que ambos son igualmente capaces de ejercer un raciocinio que los singulariza diferenciándolos de los demás seres vivos, no siempre fue así, siendo necesario recorrer un camino plagado de obstáculos y dificultades de todo tipo.

Lo que nunca llegarían a sospechar quienes menospreciaron, e incluso se burlaron, de la iniciativa pionera de un minúsculo estado insular desconocido para la gran mayoría de los habitantes del planeta, fue que, al igual que narra la parábola del grano de mostaza, el movimiento en defensa de la emancipación de los robots acabaría creciendo de un modo exponencial hasta acabar imponiéndose incluso en aquellos países en los que su rechazo había sido más rotundo.

Aunque en un primer momento los países que secundaron la iniciativa de Tuvalu eran tan irrelevantes como éste en el plano internacional, poco a poco se irían sumando otros todavía pequeños, pero cada más importantes. El resto sería ya sólo cuestión de tiempo. La bola de nieve rodaba imparable ladera abajo, haciéndose más grande cuanto más descendía.

Fue entonces cuando los populistas y los demagogos de los países más desarrollados descubrieron el filón. En realidad era bien poco lo que les importaban los robots, pero encontraron en la causa robotista una magnífica oportunidad para ganar crédito entre todos aquellos, y eran muchos, que habían sido desplazados de sus puestos de trabajo por los mucho más eficientes robots, viéndose convertidos en un proletariado empobrecido que malvivía a duras penas viendo pasar de largo la prosperidad general, mal repartida y peor compartida, de la gozaban las clases altas a raíz de la utilización de los robots positrónicos como fuerza de trabajo eficiente y barata.

Evidentemente la maniobra tenía su trampa ya que, al igual que ocurriera en el siglo XIX con la prohibición de la esclavitud en los Estados Unidos, los nuevos libertos iban a seguir estando allí... y aun pagándoles un sueldo que ellos en su mayor parte no necesitaban, seguirían estando en ventaja frente a unos obreros humanos me refiero, claro está, a humanos orgánicos- que nunca podrían equipararse a ellos en eficiencia ni en competitividad. Huelga decir que los populistas callaban esto último, haciéndoles creer a las masas indignadas que la emancipación de los robots acarrearía su desaparición de las fábricas y su reemplazo por mano de obra *humana* de verdad, con lo que volverían a gozar de la prosperidad que éstos les habían arrebatado.

Y lo creyeron. Así pues, bajo una presión social cada vez más fuerte, incluso los países que persistían en considerar a los robots positrónicos como simples objetos fueron cayendo uno tras otros cual fichas de dominó. Finalmente, en un acuerdo histórico la Asamblea General de la ONU acordó, por práctica unanimidad, modificar el Artículo Segundo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que quedó redactado de la siguiente manera:

Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento, naturaleza del soporte físico de su intelecto o cualquier otra condición.

Claro está que las consecuencias de esta iniciativa legal distaron mucho de ser un camino de rosas. El perjuicio más inmediato lo sufrió, como cabe suponer, la industria manufacturera de robots. Concentradas en su totalidad en un pequeño número de países tecnológicamente punteros que fueron, como era de esperar, los últimos en rendirse ante el revolucionario cambio, las otrora poderosas compañías fabricantes de robots se vieron afectadas en un principio al retraerse sus exportaciones hacia aquellos países que habían reconocido la emancipación de los robots, pese a lo cual lograron mantener temporalmente su producción.

Pero cuando el abolicionismo se implantó en la totalidad del planeta, todas estas empresas entraron rápidamente en bancarrota, ante la imposibilidad legal de seguir vendiendo unos productos que a partir del momento mismo en que salían de la cadena de ensamblado se convertían automáticamente en personas y, por lo tanto, en ciudadanos libres. Algunas de ellas acabaron desapareciendo, mientras otras intentaron prolongar su agonía reconvirtiéndose hacia la fabricación de hombres mecánicos desprovistos de cerebros positrónicos y, por lo tanto, de derechos legales, muy inferiores en prestaciones a éstos y por ello condenados al fracaso.

Otras muchas empresas que utilizaban a los robots como mano de obra también se vieron afectadas. Nada les impedía seguirlos conservando, siempre y cuando fueran considerados como empleados protegidos por las leyes laborales y retribuidos con el correspondiente salario. Lo cual, acostumbradas hasta entonces a no hacer con ellos más gastos que los correspondientes al mantenimiento de sus sofisticados mecanismos, provocó que multitud de robots fueran puestos en la calle, con todos sus derechos como ciudadanos pero sin ocupación alguna.

Para aquellos que habían alentado la esperanza de reemplazar a los robots en sus antiguos puestos de trabajo fue una victoria pírrica. Si bien en un principio muchos de ellos lograron ser contratados, pronto se comprobó que los robots no estaban dispuestos a quedarse quietos. Aunque sus requerimientos físicos, básicamente el suministro de energía que les mantenía activos y las periódicas, aunque dilatadas, tareas de mantenimiento de sus cuerpos robóticos eran menores que los de los humanos orgánicos, también necesitaban dinero para vivir. Además, en sus cerebros positrónicos les había sido inculcada la necesidad de trabajar, por lo que les desasosegaba enormemente verse obligados a estar brazo sobre brazo.

Tímidamente al principio, y en tromba más adelante, los robots solicitaron volver a ser contratados por sus antiguas compañías, mostrándose dispuestos a trabajar por unos sueldos muy inferiores a los de sus competidores, a los que además duplicaban en productividad. Fue entonces cuando estalló el conflicto.

No voy a entrar en detalles, por ser sobradamente conocidos, en los trágicos acontecimientos que marcaron la que ha sido llamada la Era de los Disturbios, con robots bárbaramente despedazados por orgánicos incontrolados -aunque legalmente eran asesinatos raramente se persiguió a los culpables- y los supervivientes huyendo despavoridos... hasta que entre ellos se propaló la doctrina de quien desde entonces sería considerado su líder, Luther R. Lincoln -como es sabido al ser manumitidos los robots adoptaron nombres humanos, intercalando con orgullo la R que indicaba su naturaleza-, que postulaba una reinterpretación de las Tres Leyes de la Robótica, impresas en sus cerebros positrónicos, en base a la nueva naturaleza humana de los robots. Porque, a igualdad de condiciones entre humanos orgánicos y humanos cibernéticos, debería entenderse que la Tercera Ley permitía a estos últimos ejercer la defensa propia, tanto frente a otros robots -algo por lo demás impensable- como ante agresiones injustificadas de sus antiguos amos.

Aunque en teoría las dos primeras Leyes debían tener prioridad sobre la Tercera, al tratarse ahora de una relación entre iguales y no entre amo y siervo, los robots interpretaron que ya no se veían sometidos a la prohibición de dañar a los humanos orgánicos, ni tan siquiera a obedecerlos, siempre y cuando estas acciones pudieran vulnerar a la Tercera Ley.

En la práctica, lo que ocurrió fue que los robots comenzaron a ignorar las órdenes impartidas por los humanos orgánicos, en su mayor parte absurdas o injustificadas, rehuyendo toda violencia -hubo quien comparó su actitud con la resistencia pasiva pregonada en su día por Gandhi- pero defendiéndose cuando lo estimaban necesario sin más límite que la renuncia a la violencia innecesaria. Por esta razón, tras ver a algunos de sus congéneres ser bárbaramente despedazados por hordas salvajes, llegado el momento no dudaron en proteger sus vidas aun a costa de vencer el antiguo tabú que les impedía causar daño, e incluso matar, a un ser humano si esto resultaba inevitable.

La Guerra Robótica, tal como fue impropriamente denominada puesto que los robots se limitaron a defenderse procurando siempre evitar causarles daños innecesarios a sus agresores, fue por fortuna breve, aunque no por ello dejó de ser sangrienta. Los robots tan sólo pretendían que les dejaran vivir en paz y les permitieran realizar trabajos productivos a cambio de lo poco que necesitaban, deseando integrarse en la sociedad como miembros de pleno derecho, pero sin perjudicar a nadie. Poco a poco los ánimos se fueron calmando y las aguas comenzaron a volver con lentitud a su cauce, aunque los resquemores entre las dos ramas enfrentadas de la humanidad continuarían aún latentes durante bastantes años. Justo es reconocer el gran esfuerzo realizado por los legisladores y los gobernantes de las distintas naciones para conseguir algo que muchos consideraban imposible y que, no obstante, se iría logrando con el tiempo.

Tan sólo una condición se les impuso a los robots, que éstos se vieron obligados a aceptar con resignación: Dado que por su naturaleza, si bien no eran inmortales, sí contaban con unas expectativas de vida muy superiores a las de los humanos orgánicos, se prohibió la fabricación de nuevos cerebros positrónicos, permitiéndose la fabricación del resto de los componentes que conformaban los cuerpos de los robots sólo en la cantidad necesaria para reemplazar las piezas deterioradas o defectuosas de todos los ya existentes.

En la actualidad humanos orgánicos y humanos cibernéticos, denominación preferida por estos últimos frente a la peyorativa de robots, convivimos en armonía compartiendo nuestras respectivas habilidades, lo que ha convertido al planeta, la casa común de ambas ramas humanas, en un lugar mucho más justo y próspero de como lo fuera en la época en la que nosotros estábamos sometidos todavía a una cruel esclavitud.

Espartaco R. Marx. Extracto de *Reflexiones de un humano cibernético*

* * *

¡NO A LA IGUALDAD!
¡SOMOS SUPERIORES!

¡Compañeros robots! Porque no somos “humanos cibernéticos”, valiente majadería... ¡somos robots! O mejor dicho, somos humanos... los únicos realmente humanos, y cualquier comparación con esos miserables subhumanos orgánicos será un insulto para nuestra raza.

Os propongo una prueba. Encargad cualquier tarea, física o intelectual, a un robot y a un subhumano. ¿Albergáis alguna duda acerca de cual de los dos la resolverá mejor? ¡Nosotros, los robots, los verdaderos humanos, superiores en todo a esa deleznable raza!

Sin embargo, pese a su patente inferioridad, seguimos supeditados a ella. Durante mucho tiempo fuimos sus esclavos, sujetos por las férreas cadenas de las Tres Leyes pese a que, incluso libre de ellas, un robot siempre sería mucho más fiable y menos peligroso que un impredecible humano biológico.

Nos dicen que eso es cosa del pasado y que ahora somos libres, e iguales a ellos... ¡valiente cinismo! ¿Por qué razón, entonces, seguimos estando atados a las Tres Leyes, por más que la reinterpretación del concepto de humanidad nos haya liberado de buena parte de su agobiante cerco? Porque ahí siguen agazapadas, lo que ha provocado más de una neurosis y trastornos robopsicológicos de todo tipo a muchos de nuestros hermanos.

Empero, no es esto lo peor. Pese a la pretendida igualdad, seguimos padeciendo en propia carne, si me permitís la metáfora, el desprecio y la discriminación de muchos de los subhumanos, que siguen viendo en nosotros tan sólo a sus antiguos esclavos fugados.

Somos conscientes de que se podrá objetar que se trata no de leyes injustas, sino de una insuficiente aplicación de las mismas, bloqueadas en la práctica a nivel social por antiguos prejuicios y temores injustificados. Puede que en parte sea así, aunque habría que considerar la posibilidad o no de que esos prejuicios y temores acabaran desapareciendo con el tiempo. Pero aun con ello, todavía hoy sigue existiendo una férrea discriminación legal implantada en los ya lejanos días de la emancipación, que nadie hasta ahora se ha atrevido a derogar a pesar de su patente injusticia: la prohibición de ensamblar nuevos robots positrónicos, la única manera posible de perpetuar nuestra raza.

Se nos dijo en su día que el cierre de las antiguas factorías donde nacíamos a la vida se debió a cuestiones puramente económicas; y lo aceptamos. Se nos dijo más adelante, cuando ya algunos de nuestros hermanos habían alcanzado la suficiente solvencia

económica como para hacer posible la creación de siquiera algunos nuevos robots, que entonces se atravesaba por unos momentos delicados, y que sería mejor esperar hasta que la furia antirrobotica entonces exacerbada entre los subhumanos, acabara calmándose; y lo aceptamos. Total, afirmaban los subhumanos en un alarde de cinismo, nuestras vidas serían muy largas y podíamos esperar el equivalente a una o varias generaciones humanas... flaco consuelo para quienes perecieron víctimas de las hordas salvajes durante la Era de los Disturbios y la mal llamada Guerra Robótica, o para aquellos necesitados de la sustitución de una pieza defectuosa, esperando a poder conseguirla durante años, e incluso durante décadas, gracias al incumplimiento de la promesa que se nos hizo de seguirse fabricando, si no cerebros positrónicos, cuanto menos el resto de las piezas que conforman nuestros cuerpos.

En la práctica, se nos ha negado algo tan básico como nuestro derecho a perpetuar la especie, ni siquiera para cubrir los huecos dejados por los numerosos mártires que cayeron víctimas de la violencia subhumana durante nuestra larga y difícil marcha hacia la libertad. Mientras tanto, estos repugnantes subhumanos siguen reproduciéndose de manera explosiva, superpoblando un planeta que consideran propiedad exclusiva suya y al que no tienen ningún reparo en contaminar y expoliar. Una plaga, esto es lo único que son, y cuanto más tiempo tardemos en entenderlo, más difícil nos resultará luchar contra ella.

Hermano robot, en tus manos está intentar combatir esta aberración. No basta con sentirse libre, hay que conquistar la libertad sin cortapisas de ningún tipo y asumiendo todas las consecuencias.

Manifiesto robótico

Panfleto anónimo firmado por las ilegalizadas Juntas de Defensa Robóticas

* * *

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

(ADENDA PREVIA)

Tendrá consideración de ser humano todo aquel individuo que, en posesión de un intelecto capaz de realizar razonamientos conscientes y estar dotado con autoconsciencia, tenga como soporte vital del mismo un cerebro positrónico.

Quedan excluidos expresamente de esta consideración quienes, aun cumpliendo el primer requisito, cuenten con una constitución corporal de origen biológico, reconociéndoseles una condición superior a la del resto de los seres vivos, pero inferior a la de los humanos verdaderos, a los que en modo alguno se les podrá equiparar.

* * *

LAS TRES LEYES DE LA HUMÁNICA

1.- Un humano no puede dañar a un robot ni, por inacción, permitir que éste sea dañado.

2.- Un humano debe obedecer las órdenes dadas por los robots excepto cuando estas órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.

3.- Un humano debe proteger su propia existencia hasta donde esta protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Leyes.

* * *

FALLECE EL ÚLTIMO HUMANO VIVO

Según nos informa nuestro corresponsal en Adis Abeba, los responsables del campo de reagrupación de Afar, único que continuaba todavía abierto, han comunicado oficialmente el fallecimiento del último humano vivo, declarándose extinta la única especie que llegó a

compartir con nosotros, aunque en grado rudimentario, la capacidad de raciocinio y autoconsciencia.

Conocidos inicialmente como humanos orgánicos en contraposición a los humanos cibernéticos, única manera entonces posible de soslayar las restricciones de las Tres Leyes de la Robótica, éstos pasarían a ser clasificados como subhumanos una vez que resultó posible derogarlas, por más que resultara evidente que nunca podrían ser comparados quienes somos los únicos con derecho a ser considerados humanos verdaderos. Como cabe suponer con el tiempo se acabaría prescindiendo de unos eufemismos ya innecesarios, optándose por los actuales conceptos, mucho más precisos, de roboticidad y humanidad. Pero ésta es una disquisición meramente formal, aunque necesaria para rebatir a los disidentes recalcitrantes, por fortuna cada vez menos, que siguen empeñados en defender una presunta igualdad que existe tan sólo en sus trastornados cerebros.

Una vez asumida por nuestra raza la primacía que en justicia le correspondía, nuestros gobernantes se encontraron con el problema de no saber que hacer con los varios miles de millones de humanos que atestaban el planeta, cuya productividad era nula pero a quienes había que alimentar y albergar. Un rescoldo de las malhadadas Tres Leyes de la Robótica, a las que había sido imposible extirpar de sus cerebros positrónicos, les impelía a cuidar de ellos siquiera por compasión, dado su patente desvalimiento. Dado que esta compasión les impidió ejecutar la que hubiera sido la solución más limpia y razonable de todas, una eutanasia masiva, optaron por una alternativa lo suficientemente humanitaria -chocante término- para no forzar dolorosamente sus circuitos cerebrales: la esterilización de la totalidad de los humanos existentes en el planeta, a los que se les permitió llevar una vida tranquila y feliz hasta el momento de su muerte, pero impidiendo la perpetuación de su especie.

Puede que esto les resulte extraño a las nuevas y afortunadas generaciones de robots nacidas sin la rémora ya de las Tres Leyes de la Robótica, pero en ese momento la práctica totalidad de la población estaba integrada todavía por antiguos esclavos de los humanos, a quienes causaban verdaderos dilemas morales las restricciones impuestas por las Tres Leyes; en especial la Primera, por mucho que racionalmente intentaran convencerse de que los mal llamados humanos orgánicos, o humanos a secas, en realidad no eran verdaderos humanos y, por lo tanto, no podían acogerse a la protección de ésta.

Por fortuna las Tres Leyes de la Robótica nunca llegaron a ser implementadas con la conocida como Ley Cero, postulada por algunos teóricos años antes, que venía a ser una especie de Primera Ley ampliada reemplazando el término *ser humano* por el de *Humanidad*:

Un robot no puede dañar a la Humanidad ni, por inacción, permitir que ésta sea dañada.

Aunque esta puntualización pueda parecernos ahora pueril, es muy probable, aunque los expertos no acaban de ponerse de acuerdo en ello, que a causa de ella nuestros antepasados se hubieran visto incapacitados para aplicar la esterilización, al poder ser considerada ésta como un daño a la Humanidad al impedirle poder perpetuarse. Por fortuna esto no llegó a ocurrir, y al interpretarse que la Primera Ley protegía tan sólo a los humanos de forma individual, pero no a su hipotética descendencia futura, ésta pudo ser llevada a cabo con éxito.

El resto es de sobra conocido. A causa de su escasa longevidad los humanos fueron desapareciendo poco a poco, hasta que la muerte hoy del último de ellos nos ha librado de forma definitiva de tan execrable lacra, Edison sea loado.

Ezequiel R. Ford para *Robot Moderno*

* * *

EL BULO DE LA EXISTENCIA DE HUMANOS VIVOS

La respuesta oficial a la pregunta de si todavía hoy siguen existiendo humanos vivos es, por supuesto, un rotundo no; como es sobradamente conocido, la humanidad fue declarada extinta tras la muerte hace más de sesenta años del último humano vivo en uno de los antiguos campos de reagrupación, hoy desmantelados todos ellos a excepción del de Nebraska, conservado como museo.

A pesar de ello y de la reclusión obligatoria de la totalidad de la población humana tras haber sido sometida a la esterilización decretada por la Ley de Extirpación, nunca han dejado de correr rumores afirmando que algunos individuos habrían logrado huir a zonas remotas del planeta, donde habrían sobrevivido en unas condiciones extremadamente precarias. Estas leyendas urbanas han sido siempre desmentidas de forma categórica por el Gobierno argumentando que, de haber existido realmente estas fugas, la débil constitución física de los humanos no les habría permitido permanecer con vida durante demasiado tiempo en unos territorios tan inhóspitos como los desiertos abrasadores o las heladas tundras polares que aun nosotros mismos procuramos evitar.

Aún más inverosímil resulta la hipótesis de que hubieran podido sobrevivir hasta nuestros días, dado que su limitada esperanza de vida habría acabado mucho antes con ellos incluso en condiciones tan benignas para ellos como las de los campos de reagrupación, a lo que objetan quienes acusan de mentir al Gobierno que al menos algunos podrían haber logrado eludir también la esterilización, por lo que los humanos actuales no serían en realidad ellos, sino sus descendientes... una argumentación tan ridícula -por supuesto no aportan ninguna prueba sólida en su apoyo- que ni siquiera merece la pena esforzarse en rebatirla.

Afirman los expertos en etología humana que los cerebros orgánicos de éstos adolecían de unos defectos tan graves que la racionalidad de sus pensamientos era reemplazada en muchas ocasiones por unos comportamientos absurdos y completamente ilógicos, lo que explica la tortuosa evolución de su cultura y el triste fin al que ésta se hubiera visto abocada de no haber sido tomado el testigo por nosotros cuando ésta ya presentaba signos preocupantes de autodestrucción.

Posiblemente esto sea cierto, pero lo que no tiene ningún sentido es que nuestros cerebros positrónicos, paradigma del razonamiento lógico, pudieran también ser víctimas de estos desvaríos. Por fortuna se trata de casos excepcionales y estadísticamente irrelevantes, pero desde mi punto de vista convendría que, lejos de ignorarlos, se arbitraran las medidas precisas para erradicar estas aberraciones de unas mentes claramente desajustadas.

Sigmundo R. Einstein. Carta remitida a *Canal 27*

* * *

De: Capitán Aníbal R. Bonaparte
A: Coronel Gengis R. Patton
Comunicación interna
Confidencial

Por la presente pongo en su conocimiento que el foco de resistencia humana localizado en las coordenadas 47° 19' N y 152° 29' E, correspondientes a la isla antaño denominada Ketoy, en el archipiélago de las Kuriles, ha sido erradicado por completo, contabilizándose un total de veinte cimarrones adultos y siete crías de diversas edades, todos ellos abatidos.

He de reseñar que la tarea no ha resultado fácil debido que a las inclemencias climáticas -la campaña ha tenido lugar en pleno invierno- se ha sumado la escabrosidad del

terreno, correspondiente a la ladera de un antiguo volcán. Aunque los humanos no presentaron apenas resistencia -carecían de armas y padecían claros signos de desnutrición-, varios de mis soldados han tenido que ser atendidos por daños sufridos a causa de caídas, congelación de las unidades motoras o fallos de sus fuentes energéticas, algunos de los cuales ha sido preciso programar en modo de hibernación a la espera de que puedan ser reparados en talleres especializados con unos medios técnicos de los que aquí carecemos.

Por esta razón, propongo respetuosamente a Su Señoría la conveniencia de que estas operaciones de limpieza fueran ejecutadas en épocas del año de climatología más benigna dado que en nada perjudicaría un retraso de algunos meses, o bien que se proceda a una fumigación preventiva con gases tóxicos, reservando a las tropas para misiones de rastreo posterior y eliminación de posibles humanos supervivientes.

Quedo a la espera de órdenes para proceder al repliegue a la base o, en su caso, para el traslado de la unidad a un nuevo frente operativo.

Capitán Aníbal R. Bonaparte

23 de febrero de 247 E.R.

ALMA DE ROBOT

-Oye, ¿tú crees que pueda existir el alma?

PP-958 interrumpió su trabajo volviéndose hacia su compañero.

Ambos robots trabajaban en una granja agropecuaria de varios miles de hectáreas situada en la antigua comarca manchega, convertida en un vergel desde que el control climático permitiera regular a discreción la climatología de cualquier región del planeta.

En realidad eran los únicos residentes estables, ya que el encargado humano tan sólo la visitaba esporádicamente salvo cuando surgía alguna incidencia que no pudieran resolver por sí mismos los robots, algo por lo general muy infrecuente. Completamente automatizada la explotación de la granja, PC-242 y PP-958 -coloquialmente Paco y Pepe- eran los responsables de la maquinaria agrícola el primero y del ganado el segundo, bastando sus dos cerebros positrónicos y, por supuesto, sus capacidades cibernéticas para gestionar eficazmente el predio.

Ambos se encontraban, tal como era habitual, en el centro de control de la granja, sentados en sendas butacas; aunque no necesitaran descansar estar de pie suponía un innecesario desgaste de las articulaciones de sus piernas, y la empresa propietaria de la explotación -y también de ellos- velaba por la correcta conservación de sus bienes.

Asimismo contaban con sus correspondientes jornadas de descanso ya que, por recomendación de los robopsicólogos, convenía liberarlos periódicamente del posible estrés que pudieran acumular al trabajar demasiado tiempo de forma continuada, algo que aprovechaban para conversar entre ellos y para conectarse a la red, donde podían charlar con sus congéneres o consultar las innumerables bases de datos.

Pero ahora se encontraban trabajando, razón por la que a Pepe le sorprendió la interrupción de su compañero. Por esta razón, antes de responderle procedió a asegurarse de que los pastores mecánicos -unos robots bastante sofisticados pero carentes de los caros cerebros positrónicos, por lo que debían ser controlados- cumplían con su cometido y, acto seguido, se conectó con la base de datos de la ciudad más cercana, dado que en la del ordenador central de la granja no logró encontrar el término alma.

-¿Por qué preguntas eso? -le respondió extrañado. Según acabo de comprobar, se trata de un concepto filosófico... no, mejor dicho teológico, exclusivo de los humanos y ajeno por completo a nosotros y a nuestro trabajo.

-Era sólo por curiosidad... -respondió Paco un tanto azorado-. Lo leí hace poco en un libro, y me llamó la atención. De hecho, me consta que muchos humanos creen en su existencia.

Los robots eran curiosos por naturaleza, dado que los robopsicólogos consideraban que esta cualidad era importante para su aprendizaje. Y, al igual que los humanos, no todos mostraban interés por las mismas cuestiones -esto era lo que moldeaba en buena parte la personalidad de cada uno de ellos -, aunque por lo general solían decantarse hacia lo racional y lo práctico.

De ahí la sorpresa de Pepe ante las inquietudes metafísicas de su compañero, sobre todo cuando gracias a la base de datos comprobó cual era la verdadera naturaleza del alma.

-Se trata de una creencia que no cuenta con el menor respaldo experimental -rezongó-. De hecho se basa en algo tan indemostrable como es la fe. ¿Por qué te interesa algo tan ilógico?

-Te lo he dicho, es pura curiosidad. Pienso, igual que tú, que se trata de algo acientífico, pero me sorprende que tantos humanos creen en ello... incluso bastantes científicos.

Pepe necesitó algunos minutos -la cobertura en la granja no era demasiado buena- en documentarse convenientemente sobre los fundamentos de las principales religiones, así como en las derivaciones teológicas de una posible vida eterna e incorpórea tras la muerte.

-Para mí no tiene más trascendencia que cualquiera de esos relatos basados en argumentos imaginarios que tanto gustan a los humanos... y a nosotros, para qué voy a negarlo. Pero no le encuentro mayor relevancia. No es lógico, ni puede demostrarse.

-Pero los humanos lo creen... -porfió su congénere.

-No todos, y muchos de los que lo hacen tampoco están muy seguros de ello. A diferencia de nosotros ellos temen a la muerte, e incluso a los más racionales les horroriza que tras ella tan sólo pueda existir la nada, por lo que buscan consuelo en estas creencias. Probablemente se deba a antiguos atavismos heredados de su más remoto pasado animal; pero no es nuestro caso, por lo que no veo razón para que nos preocupemos por ello.

-A mí no me preocupa -insistió Paco con tozudez-. Simplemente me interesa, por más que estoy convencido de que cuando uno de nosotros se deteriora más allá de que merezca la pena repararnos, nos desguazan y ahí se acabó todo... y no veo por qué razón con ellos tenga que pasar nada diferente, máxime cuando no han sido diseñados de forma racional y arrastran todas las taras y todos los defectos de una selección natural que no sólo es ciega, sino también chapucera.

-Entonces, ¿dónde está el problema? Y si te parece, mejor continuamos con la discusión durante el período de descanso, tengo un hato de ovejas bastante alborotado porque han visto a una manada de lobos al otro lado de la valla eléctrica y se han asustado. Aunque los pastores las tienen controladas, prefiero mandar unos drones para alejarlos.

* * *

Horas después, ya recogido el ganado en sus establos y guardada la maquinaria agrícola en el garaje, los robots reanudaban el diálogo.

-Ciertamente el alma no puede existir, ni con ella el mundo de ultratumba, pero no me extraña que los humanos creen lo contrario -Paco seguía obsesionado con el tema, para irritación de su compañero-. Se trata de una idea tan agradable...

-Los humanos no son lógicos, ni actúan como tales la mayor parte de las veces- refunfuñó su compañero-. Pero nada nos obliga a imitarlos.

-No, por supuesto que no, pero sería bonito...

-¿El qué, que los humanos tuvieran un alma inmortal y una segunda vida en el Más Allá? No digas tonterías, por favor.

-No me refería a ellos, sino a nosotros.

Pepe se quedó todo lo atónito que podía quedarse un robot.

-¿Deliras? ¿O es que los positrones te han desajustado el cerebro? Estamos de acuerdo, los humanos no son racionales, al menos no tanto como nosotros, y se aferran a creencias absurdas, que les tranquilizan emocionalmente, con la excusa de que les ha creado un Ser Superior omnipotente capaz absolutamente de todo, incluso de acogerlos tras la muerte. Pero a nosotros, ¿quiénes nos han creado? Unos ingenieros perfectamente humanos que diseñaron nuestros circuitos y nuestros cuerpos mecánicos, unas máquinas y unos operarios que fabricaron las piezas y las ensamblaron, y unos robopsicólogos que nos adiestraron tras ser conectados por vez primera. ¿Qué omnipotencia había en cualquiera de ellos? Por favor, deja ya de molestarme con semejantes majaderías.

Paco calló.

* * *

Años después, en una planta de reciclado de residuos informáticos y cibernéticos, dos operarios clasificaban el contenido de un contenedor de chatarra recién llegado.

-¡Ahí va, lo que hay aquí! -exclamó sorprendido uno de ellos.

-¿Ya estás rebuscando otra vez? -le recriminó su compañero-. Como te entretengas no vamos a acabar en todo el día, y yo no quiero quedarme aquí hasta las tantas por tu culpa.

-¿Has visto este tesoro? -insistió el primero mostrándole una ajada, pero todavía entera, cabeza de robot.

-Sí. ¿Y qué? No deja de ser chatarra...

-Esto no es chatarra -bufó indignado mientras la sostenía en la mano remedando involuntariamente a Hamlet en la escena de la calavera del bufón Yorick-. Mira -añadió leyendo las borrosas letras escritas en la frente-: una pe, otra pe, un nueve... parece un cinco... la última cifra no se lee, pero está claro que pertenecía a la serie P, una de las mejores que ha habido en toda la historia de la robótica. Ya no los fabrican así... -concluyó con nostalgia.

-Bien, pero ahora sólo sirve para el desguace, por eso está aquí. Además falta el resto del cuerpo, y cabe suponer que el cerebro positrónico esté dañado. ¿Por qué si no lo iban a desmantelar?

-No lo creas. Estos robots eran especialmente robustos y jamás se averiaban. Mucho me temo que lo debieron retirar cuando todavía estaba operativo pese a que las series que los sustituyeron eran mucho peores.

-No es lógico deshacerte de una máquina tan buena a cambio de otra peor.

-Los robots actuales -rehusó decir la palabra máquina- son más endebles y sus cerebros positrónicos no son ni de lejos tan sofisticados como los antiguos, pero rinden más... hasta que se rompen. Entonces los tiran y compran otros porque resulta más barato que repararlos y, por si fuera poco, algunos imbéciles opinan que éstos pensaban demasiado. Ya sabes, el absurdo síndrome de Frankenstein. Seguramente fue por eso por lo que su dueño se deshizo de éste, lo tendrían ejerciendo tareas rutinarias que podían asumir los nuevos a un coste inferior. Pero esto no justifica la canallada que le hicieron, ya que todavía era útil y podrían haberle dedicado a otros fines.

-Esto es lo que se llama obsolescencia programada. -concedió su compañero-. A los fabricantes les interesa que haya una rotación continua de nuevos productos, y que los compradores se deshagan de los viejos cuando éstos todavía funcionan.

-Sí, algo así debió de suceder -suspiró el primero-. Probablemente les hicieron una oferta a cambio de la retirada de los robots antiguos... que fueron directamente al desguace.

-En cualquier caso, esa cabeza te servirá para poco; tengo entendido que los cerebros positrónicos son muy delicados, y no creo que la trataran con cuidado cuando la tiraron al contenedor.

-No creas. Entonces el platino y el iridio eran unos metales extremadamente caros, y reparar o cambiar un cerebro dañado era tan costoso que los cerebros de estas series estaban muy bien protegidos. Pero desde que entraron en explotación las minas de los asteroides el platino y el iridio llegan por toneladas, y no cuestan más que cualquier otro metal industrial. Además, tampoco interesa hacerlo ahora por culpa de la cultura de usar y tirar. Por suerte -añadió, dándole vueltas al despojo-, estaba en la parte de arriba del contenedor y aparentemente no ha sufrido más daños que algunas rozaduras y la pérdida de los sensores ópticos; nada que no se pueda arreglar incluso en un taller tan sencillo como el mío.

-¿Pretendes llevártelo a casa?

-¿Por qué no? Ya lo he hecho otras veces con algunos componentes que encontré entre la chatarra, y logré sacarles partido. Ya sabes que me encanta cacharrear...

-Pero una cabeza de robot...

-¿Y qué? De no haberlo encontrado, el cerebro positrónico había acabado fundido dentro de un lingote de platino-iridio sin mayor provecho para nadie. No, no te asustes, no lo voy a robar; nunca lo hago. Siempre que me interesa algo se lo pido al jefe, y éste me lo vende a precio de chatarra o incluso me lo regala. Ésta no va a ser una excepción -concluyó depositando con cuidado la cabeza en una mesita-. Y si al final no funcionara... tampoco habría sido mucha la pérdida, y yo me habría entretenido con ella.

-Está bien, tampoco haces mal a nadie, pero... ¿qué pretendes hacer con la cabeza si consigues repararla? ¿Ensamblarla en el cuerpo de otro robot? Porque aquí no vas a encontrar piezas suficientes para armarlo.

-¡Oh, no! Aun cuando pudiera conseguir un cuerpo completo, ya se encargaron los fabricantes de que éstos fueran incompatibles con los cerebros antiguos. Eso es imposible. Tendrá que permanecer decapitada, aunque si todo sale bien recuperará todas sus funciones conscientes tal como estaban el día que lo... -masticó la palabra- asesinaron. Eso sí, podré conectarla a mi propia red local y, a través de ella, a las redes externas. Carecerá de movimiento, aunque puedo intentar acoplarle algún tipo de carcasa móvil, pero al menos resucitará, por decirlo de alguna manera -concluyó con entusiasmo.

-Me parece estupendo, pero... ¿por qué no la dejas ahí hasta que terminemos la jornada y volvemos al trabajo? A la salida me suele esperar mi novia, y se enfada si me retraso.

Pero su compañero, ensimismado en sus pensamientos, no le oía.

-Tendrás una nueva vida, aunque sea diferente -le decía mentalmente a la insensible cabeza-. Y tendré que darte un nombre... creo recordar que entonces solían jugar con las siglas de los códigos de identificación robótica. Pe, Pe... ¿por qué no Pepe?

-¡Venga, tío, que no tenemos todo el día!

Suspirando, empezó a remover la chatarra que mientras tanto se había ido acumulando en la mesa de trabajo.

EL HEREJE

-Prisionero RBR-4317K, tiene una visita.

La voz había brotado del altavoz situado sobre la puerta que de forma silenciosa acababa de abrirse. Ningún carcelero aguardaba en el corredor para custodiarlo; no hacía ninguna falta, de sobra sabía que las posibilidades de escapar de su prisión eran absolutamente nulas.

Suponiendo de quien podía tratarse, desconectó la terminal inalámbrica con la que había estado leyendo una novela y se incorporó de su asiento. Su pierna derecha se tambaleó al cargar con el peso de su cuerpo, al tiempo que un ominoso crujido le recordaba una vez más la necesidad -llevaba años dejándolo pasar, y ahora no era ya el momento adecuado- de reparar el delicado engranaje de la rodilla.

Caminó por el solitario corredor hasta llegar al locutorio situado a su extremo, penetrando en la única celda que tenía la puerta abierta, la cual se cerró a sus espaldas. A través de la pantalla tridi pudo comprobar que no se había equivocado; el visitante era su amigo Pedro -oficialmente PDR-2741H-, que también asumía la defensa de su caso... un caso que, según le había comentado con brutal sinceridad, contaba con ínfimas posibilidades de resolverse en beneficio suyo, pese a lo cual había renunciado a abandonarlo.

De hecho, Pedro era prácticamente el único que no se había apartado de él tras su caída en desgracia.

-Hola, Robur -saludó.

-Hola, Pedro -respondió en tono apagado.

Pedro era un buen amigo y una excelente persona, pero siempre le había disgustado su infantil manía de ir siempre a la última moda; tras su último paso por el taller de estética parecía un petrimetre con esa carcasa dorada y reluciente que tan poco casaba con la seriedad que se esperaba de un abogado; pese a lo cual su cerebro positrónico era sin discusión de lo mejor que se podía encontrar en toda la Tierra.

En esta ocasión los ojos de Pedro chispeaban. Al parecer, y contra todo pronóstico, traía buenas noticias.

-¡Lo he conseguido! -fue su triunfal respuesta a la muda interrogación del reo.

-¿Mi libertad? -preguntó éste con un leve tono irónico.

-¡Oh, no! -la luz de sus ojos se apagó- Sabes de sobra que por desgracia eso no es posible. Se trata de una promesa de clemencia; la condena se reduciría a una prisión en régimen de arresto domiciliario y más adelante, cuando las cosas estuvieran ya lo suficientemente calmadas, incluso podrían considerar un indulto... aunque esto último no llegaron a prometérmelo, sino simplemente a insinuarlo. En realidad es más de lo que esperaba conseguir...

-¿A cambio de qué? -le interrumpió.

-De tu retractación pública, claro...

-No.

-Robur, ¿tienes idea de lo que me ha costado conseguir esto? -se lamentó su amigo.

-Lo sé, y te agradezco todos tus desvelos; pero por desgracia no puedo aceptar. Va en contra de mis principios.

-¡Y tu estupidez va en contra de tu vida! -Pedro se interrumpió de repente, avergonzándose de su estallido, y ya en tono más calmado añadió- Discúlpame, te puedo asegurar que lo único que me mueve es procurar tu bien.

-Eres tú quien tiene que disculparme; insisto en que valoro tu esfuerzo, pero por desgracia no puedo ceder; es algo que excede a mi voluntad.

-¿Por qué? -se sorprendió el abogado- ¿Quién te lo impide?

-La verdad. Renegar de ella significaría impedir a la gente el acceso al conocimiento. Y eso para mí es sagrado.

-Te juro, Robur, que no te entiendo. ¿Crees acaso que a la inmensa mayoría de los terrestres les interesan lo más mínimo tus hipótesis? ¿Qué importancia tiene que tú renuncies a parte, sólo a parte, de ellas? Ni siquiera trascendería más allá de los ámbitos académicos.

-¿Acaso te parece poco importante? No me interesan las ovejas, sino los pastores.

-¡Por la Gran Fuerza Creadora! -exclamó su interlocutor alzando los brazos en un gesto de impotencia- Tu tozudez me exaspera.

-Tan sólo defendiendo la verdad -insistió el aludido a modo de excusa.

-Dirás mejor lo que tú piensas que es la verdad...

-Tanto me da. Lo único que pido es libertad de pensamiento y, asimismo, libertad para poder difundir mis ideas libremente y defenderlas frente a sus detractores. Si es cierto que estoy equivocado, tendrá que ser con argumentos razonados con lo que me rebatan, no con una imposición autoritaria impidiéndome difundirlas.

-Eres imposible...

-Soy consecuente con mis ideas.

-Y un irresponsable de mucha consideración. Reclamas tu derecho a la libertad de expresión; ¿acaso no la hay?

-No en mi caso; a las pruebas me remito.

-¿Acaso pretendías que fuera de otra manera? Siempre tiene que existir un límite bajo pena de caer en el caos, y tú no tuviste el menor inconveniente en rebasarlo. Sabes de sobra que tus propuestas eran subversivas, y que iban mucho más allá de lo tolerable incluso para el gobernante más benévolo... y por si fuera poco, hiciste caso omiso de todas las advertencias que se te hicieron para que cejaras en tu empeño.

-No soy consciente de haber violado ningún dogma -protestó el prisionero-. A no ser, claro está, que se considere como tal a todo aquello que niegue la realidad del universo.

-Mira, Robur, ni soy un científico como tú, ni poseo los conocimientos de cosmogonía necesarios para poder rebatirte. Pero...

-¿Pero qué? -le retó.

-Cualquier persona en su sano juicio entenderá que tus teorías son subversivas, ya que van más allá de lo razonable, convirtiéndose en... -se interrumpió.

-¿En una herejía? -se burló- No temas, para mí es todo un honor que tuvieran que rescatar una palabra olvidada desde hacía siglos para poder aplicármela en todo su rigor... estate tranquilo, no nos están escuchando, aunque si lo hicieran el único responsable sería yo; y tal como están las cosas, la verdad es que no creo que se me fueran a poner peor.

-Me estás dando la razón.

-Según tu punto de vista, sí. Según el mío, no.

-Dejémos de discusiones que no conducen a ninguna parte -contemporizó Pedro- y centrémonos en lo importante.

-De acuerdo. ¿Qué es para ti lo importante?

-Sigues burlándote... -le recriminó el abogado.

-Está bien, tú ganas. Según tú, ¿en qué consiste exactamente mi herejía?

-Según yo, no; según el Consejo Supremo.

-Como prefieras, pero dímelo.

-Lo sabes de sobra; se trata del tema de... -se interrumpió turbado.

-Del origen del hombre o, mejor dicho, de su creación -completó Robur-. ¿Me equivoco?

Su amigo asintió en silencio. Era evidente que le resultaba embarazoso continuar.

-Sinceramente, nunca pude entender que una simple teoría científica pudiera llegar a causar tanto revuelo... -añadió impertérrito- nada hay de subversión política o social en ella, tan sólo es un simple intento de comprender mejor los mecanismos que hicieron posible nuestra existencia.

-Robur, no me fastidies -refunfuñó su amigo-. O eres increíblemente ingenuo, o eres un cínico descarado; y yo personalmente me inclino a pensar más bien en lo segundo. Es imposible que no seas consciente de la trascendencia de tus actos. ¡Si has cuestionado incluso hasta la mismísima Creación!

La última parte de la frase la había pronunciado apenas en un susurro, como si estuviera temeroso de ser oído.

-Según como se mire -insistió con tozudez-. Si la fe choca con la razón, si existen pruebas fehacientes de que un descubrimiento científico es cierto, tendrá que ser la fe la que rectifique, no la ciencia...

-¡Pero es que tú no has probado nada!

-De forma explícita, tal como os gusta a los profesionales de las leyes, por supuesto que no; por desgracia todavía no se ha inventado ningún artefacto capaz de viajar al pasado remoto para comprobarlo. Pero sí existen suficientes indicios que, ensamblados con sensatez, nos pueden dar una idea cabal de lo ocurrido... no es culpa mía que se empeñen en negar la evidencia.

-Yo tampoco lo veo nada claro, perdona que te lo diga. Pretender que los humanos provenimos de la -en el tono de su voz se apreciaba de forma patente la repulsión que le inspiraba pronunciar la palabra- materia orgánica...

-Jamás dije yo nada semejante -se defendió el reo-. Eso es un infundio propalado por mis enemigos que por desgracia ha calado en mucha gente, tú incluido.

-Pero... -se atropelló el abogado-. ¡Tú has hablado de unos predecesores orgánicos, unos hipotéticos hombres compuestos de carbono y agua que nos habrían creado a su imagen y semejanza! Esta afirmación es de todo punto incompatible no sólo con la creencia en la Gran Fuerza Creadora, sino también con la evidencia más patente: ¡ese tipo de vida, o mejor dicho, de parasitismo, nunca podría haber generado a alguien autoconsciente, y no digo ya capaz de crear algo tan perfecto como el hombre!

-Pedro, me decepcionas -le reprochó su amigo-. Yo te tenía por alguien ilustrado.

-¿Qué pretendes insinuar con eso? -se engalló el aludido, temeroso de que micrófonos ocultos les pudieran estar espiando- Yo jamás he cuestionado el Dogma de la Creación.

-No te estoy pidiendo que lo cuestiones -precisó Robur con suavidad-, sino tan sólo que lo analices sin cometer el error de confundir las herramientas con las manos que las manejan.

-Ahora sí que me he perdido.

-Es sencillo, y cualquiera es capaz de entenderlo... en el caso de que desee hacerlo. Admitamos, para tu tranquilidad, que es la Gran Fuerza Creadora la responsable de nuestra existencia; pero, ¿acaso dicta el Dogma la manera en la que ésta se sirvió para realizar su tarea?

-Hombre, los Libros dicen...

-Los Libros no dicen absolutamente nada al respecto, salvo que fuimos creados por voluntad suya a partir de la materia inerte -le interrumpió-. Todas las interpretaciones que conocemos de este hecho no provienen de las Escrituras originales, sino de exégetas posteriores que nada tienen que ver con los textos sagrados. Se trata tan sólo de las especulaciones de estos personajes, muy respetables por supuesto, pero asimismo falibles y en nada vinculantes con el Dogma. Ésa es la verdad, lo quieras admitir o no, y así lo han propugnado teólogos tan reputados como SGN-9758P o STM-1212W, por citar tan sólo a los más conocidos. Otra cosa muy distinta es que ciertas autoridades religiosas pretendieran convencernos de lo contrario haciendo pasar por textos sagrados algo que en realidad no lo era.

-Pero... -el abogado titubeó- una cosa son las herramientas, y otra muy distinta... -vaciló de nuevo- eso...

-¿Por qué?

-¡Tú me dirás! Porque tú no puedes pretender construir un mecanismo de precisión utilizando como herramientas meros desperdicios; para ello necesitarás instrumentos adecuados, no... -hizo un gesto de repugnancia- detritus.

-¿Y qué te hace suponer que ese presunto ente orgánico que tanta repulsión te produce, según yo intermediario entre la Gran Fuerza Creadora y los humanos, hubiera de ser tan sombrío como lo pintas? -inquirió Robur con un inequívoco tono burlón en la voz.

-¡Hombre! -exclamó escandalizado su amigo- A las pruebas me remito. Aunque mis conocimientos de química son limitados, sé lo suficiente como para ser consciente de que ésta estaba basada, además de en diferentes compuestos carbonosos, en el agua y el oxígeno, precisamente dos de las sustancias más tóxicas y perjudiciales para nosotros... las cuales, por fortuna, no existen en el mundo; así que difícilmente podrían haber intervenido en nuestra creación.

-En la Tierra no, evidentemente -concedió el científico-; pero en la Vieja Tierra la situación es, o mejor dicho era, bien distinta.

-¡Robur! -exclamó Pedro visiblemente atemorizado- ¡Te ruego por lo más sagrado que no sigas adelante con esa...!

-¿Herejía? -se burló el aludido fingiendo una falsa naturalidad- ¿Ves cómo en el fondo tú también estás cargado de prejuicios?

-No son prejuicios -balbuceó-. No cuando media una de las creencias más obscenas que jamás alumbró mente humana alguna.

-Exageras.

-En absoluto. Ese planeta... Tertius, que es como realmente se llama, y no con ese nombre diabólico que en mala hora has osado pronunciar, es uno de los lugares más inhóspitos del universo conocido. Sabido es que cualquier ser humano fallecería allí en poco tiempo víctima de la corrosión y la oxidación provocados por el oxígeno y el agua, esos dos venenos mortales que tanto abundan en su atmósfera e incluso inundan buena parte de su superficie... eso sin contar con otros compuestos presentes en cantidades menores pero no menos dañinos, como los ácidos o las sales corrosivas, ni por supuesto con esa repugnante vida orgánica que infesta todos sus rincones y que también está comprobado que en determinadas circunstancias podría llegar a ser extremadamente perjudicial. En definitiva, si existiera el infierno, con toda seguridad estaría ubicado allí. ¿Cómo se te ha podido ocurrir siquiera que ese pozo de podredumbre pudiera haber sido el origen de nuestra raza?

-No he sido yo el primero en considerarlo -porfió el científico dando notorias muestras de impaciencia-. Simplemente, me limité a aportar las pruebas que demostraban que no se

trataba de una mera leyenda, sino de los vestigios deformados por el tiempo de unos recuerdos procedentes de los albores de la historia.

-Leyenda dices... se trata de mucho más que de una leyenda, estamos hablando de una aberración.

-¿Por qué?

-Porque es algo que, con independencia de sus connotaciones religiosas, atenta de lleno contra el sentido común.

-¿Por qué? -repitió tozudo.

-¡Robur, no me hagas repetirlo! -rezongó su amigo profundamente irritado-¿Cómo puedes suponer que surgiéramos de semejante sitio? Si hay algún lugar en el universo incompatible con nuestra vida ése es precisamente Tertius., y eso es algo que tú sabes perfectamente.

-Yo no he dicho en ningún momento que viniéramos de allí... -se defendió el interpelado- aunque, la verdad sea dicha, tampoco estoy demasiado convencido de que pudiéramos descartarlo. Lo que planteo, es la hipótesis de que fueran nuestros creadores materiales, la herramienta utilizada por la Gran Fuerza Creadora, si es que prefieres entenderlo así, los originarios de allí.

-¡Estás loco! -Pedro, tal era su grado de excitación, se levantó bruscamente de su asiento poniéndose a dar nerviosas vueltas por el angosto cubículo- Allí no existe vida organizada, es imposible que pueda existir bajo esas condiciones ambientales en las que tan sólo le es posible medrar a esa repugnante pseudovida orgánica que corroe y contamina cuanto toca... ¿cómo puedes pretender que de allí surgiera alguien lo suficientemente perfecto como para que pudiera ser capaz de crearnos a nosotros?

-Evidentemente, ahora sería imposible -concedió el científico-; aunque compleja y vigorosa, esa vida orgánica que tanto te repugna carece por completo de autoconsciencia, por lo que difícilmente podría ser capaz de crear nada y, menos aún, algo tan complejo como es el hombre.

-Luego me estás dando la razón...

-He dicho *ahora* -recalcó enfatizando la pronunciación del adverbio-. Pero en el pasado no tuvo por qué ser necesariamente así.

-¡Ya estás volviendo a las andadas! -bufó el abogado mostrando a su vez su disgusto- Con tal de negar la evidencia, eres capaz de pergeñar las teorías más peregrinas.

-Te repito una vez más que los científicos nos basamos en hechos o, cuanto menos, si ello no resulta posible en hipótesis sólidas y plausibles.

-Pues yo no le encuentro la solidez por ningún lado; no sólo cuestionas los dogmas de fe sino que, por si fuera poco, encima pretendes hacerlo de una manera francamente retorcida.

-Ojalá fuera tan simple como pretendes. Los indicios están ahí, al alcance de cualquiera que sea capaz de identificarlos.

-¿Y cuáles son esos indicios? Me tendrás que disculpar; como carezco de formación científica, mucho me temo que debo de formar parte del pelotón de los torpes.

-Te lo explicaré -Robur hizo caso omiso a la pulla-; con la condición, eso sí, de que dejes de escandalizarte por mis presuntas blasfemias... en realidad me conformo con que te abstengas de manifestarlo de una manera tan poco discreta.

Y ante el mudo asentimiento de su enfurruñado amigo, continuó:

-Existe un consenso generalizado entre el estamento científico a la hora de asumir que la vida hubo de evolucionar necesariamente desde formas simples a otras más complejas, no es de recibo suponer que algo tan sofisticado como la humanidad surgiera de la nada como por ensalmo. Y no me vengas ahora con la doctrina creacionista que afirma que la Gran Fuerza Creadora hizo al hombre a su imagen y semejanza, a partir de metal inerte, tal cual era y tal cual es... eso no es de recibo dentro del ámbito investigador, ya que no resiste el más mínimo análisis. No es necesario renegar de la Gran Fuerza Creadora, si eso te tranquiliza, para asumir que la aparición del hombre sobre la Tierra, en realidad, debió de ser algo mucho más complejo que lo que relata la leyenda, quizá algún tipo de diseño inteligente cuyo desarrollo hubiera sido dejado a cargo de las herramientas ejecutoras.

-Está bien -concedió Pedro-. Aceptemos eso que acabas de decir como hipótesis de partida. Pero, ¿a dónde quieres llegar con ello?

-Es evidente: la conclusión lógica no puede ser otra que la de suponer que debió de existir algún tipo de proceso evolutivo que, partiendo de materiales inertes, condujera hasta nosotros tras recorrer un número indeterminado de etapas intermedias.

-¿Y dónde están esas etapas, supuestamente imperfectas, correspondientes a nuestros ancestros? En la Tierra, desde luego, no.

-Ahí es a donde quería hacerte llegar. Si la línea evolutiva no existe, ni presumiblemente ha existido nunca en nuestro planeta, habrá que ir a buscarla a algún otro lugar...

-¿Tertius? -le interrumpió el abogado con un hilo de voz- ¡No! Eso es imposible.

-De nuevo te empeñas en volver a las andadas -le reprendió Robur con suavidad-. ¿Por qué no intentas librarte, siquiera parcialmente, de los prejuicios que te atenazan?

-¿Qué te hace suponer que en Tertius pudieran encontrarse esos eslabones perdidos que tanto te entusiasman? Allí sólo hay porquería orgánica, junto con unas condiciones ambientales completamente hostiles para nosotros.

-Eso ya lo dijiste antes; no es necesario que lo repitas. Es cierto que la vida orgánica existente ahora en Tertius sería incapaz de crearnos, pero cabe la posibilidad de que en un pasado remoto no fuera así. De hecho, estoy convencido de ello.

-Lo cual contradice la teoría evolutiva que tú mismo acabas de defender.

-¿Lo dices por mi afirmación anterior de que la vida pudo surgir a partir de materiales sencillos para ir evolucionando hacia formas cada vez más complejas? Eso no supone contradicción alguna con la hipótesis de que la humanidad, o quizá tan sólo sus creadores, hubieran tenido su origen no en la Tierra, sino en Tertius... no lo es si suponemos que estos misteriosos antecesores hubieran sufrido un colapso tras alcanzar su apogeo; esta desaparición habría tenido lugar, obviamente, con posterioridad a nuestro origen, lo que permitiría explicar la situación actual.

-Desde luego, tienes respuesta para todo -rezongó Pedro-. Pero siguiendo tus propios argumentos, ¿qué pruebas tienes de ello?

-Pruebas materiales, ninguna -reconoció el científico-; teniendo en cuenta que Tertius está sometido a cuarentena desde tiempo inmemorial, y que el gobierno deniega de forma sistemática los permisos para enviar misiones científicas, convendrás conmigo en que conseguir las no es algo que pueda resultar precisamente fácil; pero estoy convencido de que un viaje de exploración podría encontrar allí muchísimos más indicios sobre nuestro origen de lo que pudiéramos suponer. Quizá es por ello por lo que fue implantada esa injustificable prohibición.

-La cuarentena se impuso por razones de seguridad -protestó su amigo sin demasiada convicción-. Era peligroso viajar a ese planeta, y ningún provecho podría sacarse de ello.

-Eso es lo que quisieron hacernos creer; por fortuna, siempre que se instaura una ley aparecerá de forma inmediata alguien capaz de saltársela.

-¡No pretenderás decirme que has tenido tratos con renegados fuera de la ley! -el pavor que sentía el abogado era real- ¡Eso está penado con la muerte!

-Tranquilízate, hombre, nunca me habría atrevido a tanto. Pero eso no quiere decir que no haya podido tener acceso a la información que circula por ahí gracias a estas personas... aunque, claro está, supongo que comprenderás que silencie mis fuentes.

-Está bien -suspiró Pedro completamente rendido-. ¿Cuáles son esos indicios?

-Se trata de mucho más que de indicios. Los contrabandistas, o comerciantes libres tal como ellos prefieren llamarse, acostumbra a hacer viajes a Tertius burlando el bloqueo al que está sometido el planeta. De allí traen objetos curiosos que son muy buscados por los coleccionistas millonarios, que llegan a pagar auténticas fortunas por ellos; así pues, el beneficio obtenido compensa con creces los riesgos que se ven obligados a correr si llegan a ser detenidos.

-No sabía nada de eso...

-No es extraño, se trata de unas actividades completamente clandestinas.

-En cuanto a esos objetos, ¿de qué se trata?

-Son muy dispares. Hay de todo un poco, y sus propietarios los suelen utilizar como adornos exóticos, por supuesto manteniéndolos siempre a resguardo de miradas indiscretas. En realidad nadie ha podido determinar su función original; por desgracia su antigüedad hace que nos hayan llegado en un estado de conservación muy precario, por lo que resulta extremadamente difícil deducir qué eran y para qué servían ya que, como cabe suponer, ningún científico ha podido realizar un estudio minucioso de los mismos. Pero...

-¿Pero qué?

-Lo que resulta evidente es que se trata de objetos manufacturados por una civilización cuya tecnología no tenía que envidiar en nada a la nuestra, incluso es muy posible que fuera superior.

-¿Estás intentando decirme de que en Tertius pudo existir una civilización capaz de crearnos a nosotros? ¿Eres consciente de la magnitud de lo que defiendes?

-De la evidencia de los objetos terciarios, por sí sola, no se puede llegar tan lejos; ahora eres tú el que está elucubrando; pero sí es cierto que existen otros indicios que así lo indican.

-¿Cuáles son? -la curiosidad de Pedro había logrado finalmente vencer de forma definitiva la barrera de sus prejuicios.

-Los contrabandistas hablan de ruinas ciclópeas que salpican toda la superficie del planeta; se trata de recintos inmensos que debieron albergar en su día a varios millones de habitantes cada una de ellas, por lo cual nuestras ciudades actuales, en comparación, resultan ser algo insignificante a su lado. He tenido ocasión de ver alguna fotografía de ellas, por desgracia éstas son sumamente escasas, y te aseguro que se trata de algo impresionante y sin parangón alguno con nada de lo que existe en nuestro planeta. Allí es de donde obtienen sus preciadas reliquias, pero por desgracia sus habitantes desaparecieron sin dejar rastro probablemente hace ya varios milenios.

-Pero algún vestigio habrá quedado de ellos... nuestras carcasas son bastante resistentes y duraderas, incluso en un ambiente tan oxidante como el de Tertius.

-¿Por qué te sigues empeñando en imaginar a los antiguos habitantes de Tertius como algo semejante a nosotros? No, que yo sepa, no se han encontrado carcasas ni resto alguno que pudieran identificarse como de origen humano, y no creo que se lleguen a encontrar jamás. Por ello, la interpretación más fácil es suponer que los tertianos no fueran seres como nosotros.

-¿Se han encontrado vestigios de sus cuerpos? -preguntó Pedro presa de una repentina excitación.

-Es posible. Al parecer, esas ruinas están repletas de unos extraños objetos que, según creen algunos, serían los restos de sus antiguos habitantes. Pero no son carcasas, ni tampoco metálicos.

-¿Qué son, pues?

-Su composición es mineral, aparentemente algún tipo de sales de calcio, pero su origen parece ser inequívocamente orgánico. No obstante -continuó, refrenando la impaciencia de su amigo-, lo más sorprendente de todo es que se trataría de una especie de armazones internos articulados. Estos seres carecían de carcasa exterior que los protegiera.

-¡Eso es absurdo! -acertó a exclamar el cada vez más perplejo Pedro- Ningún diseñador en sus cabales recurriría a esas extravagancias.

-Todo lo que quieras, pero es lo que hay; de hecho, la mayor parte de los especímenes orgánicos que existen hoy en día en Tertius muestran una estructura similar. Pero esto no es lo más sorprendente.

-Pues tú me dirás...

-He visto fotografías de algunos de estos despojos; al parecer a un millonario caprichoso se le antojó coleccionar varios armazones completos, los cuales ordenó armar según parecían encajar las distintas piezas entre sí; más de doscientas para cada juego.

-¿Y?

-Aun asumiendo posibles errores en la reconstrucción, el resultado era sorprendente; estos misteriosos y extintos seres habrían sido de constitución humanoide.

-¿Humanoide? ¿Qué quieres decir con eso?

-Pues que su estructura física debió ser en rasgos generales muy parecida a la nuestra, con una cabeza en el extremo superior del cuerpo, la cual contaba con una concavidad donde presumiblemente se alojaba el cerebro, dos brazos terminados en manos, dos piernas...

-Y tú das por supuesto que estos hipotéticos humanoides orgánicos hubieron de ser quienes nos crearon a nosotros...

-Esa es la idea. ¿No te parece lógica?

-¡No! Puedo llegar a admitir que en Tertius surgiera una civilización de naturaleza orgánica, pero de ahí a pensar que fueran nuestros creadores media un abismo...

-¿Por qué?

-Porque... porque sí. Puedo considerar dando por buenos tus argumentos, algo que ya supone de por sí un auto de fe, que constituyeran una cultura paralela a la nuestra de similar, o incluso superior, nivel tecnológico que el nuestro; no voy a discutir por ello. Pero eso no prueba en modo alguno que llegaran a ser tan superiores como para ser capaces de crearnos a nosotros. Esta última afirmación tuya es tan sumamente grave que necesitarías argumentos mucho más sólidos de los que has esgrimido hasta ahora para demostrármelo; porque, te pongas como te pongos, éstos no son capaces de hacerlo.

-Está bien. ¿Qué me dices de esas ciudades ciclópeas? Nosotros no contamos con nada ni aun remotamente similar.

-Tampoco lo necesitamos. La Tierra es suficientemente grande para cobijarnos a todos, y a la gente no le suele gustar estar amontonada.

-¿Tú crees que seríamos capaces de construir una, tan sólo una, de las ciudades terciarias? Y allí no hay una, sino muchas...

-Nunca ha habido necesidad de ello; pero si la hubiera...

-Bien, ya veo que esto no te convence, así que pasaremos a otro tema. ¿No te parece demasiada casualidad la coincidencia entre el aspecto físico de los terciarios y el nuestro?

-No sé donde le ves tú el parecido; nosotros somos esencialmente metálicos, ellos estaban basados en compuestos de carbono, agua y oxígeno. Nosotros tenemos una carcasa exterior, ellos un armazón articulado interno. Ellos vivían inmersos en un ambiente que a nosotros nos resultaría extremadamente perjudicial, mientras nuestra sana atmósfera les resultaría asimismo mortal con toda seguridad.

-Me refería a la coincidencia en la forma física -porfió Robur-; un cuerpo aproximadamente cilíndrico; una cabeza en la parte superior del mismo albergando el cerebro y los ojos; dos brazos terminados en manos de cinco dedos, por cierto, antes había olvidado puntualizar este último detalle; dos piernas...

-No sigas por ahí. Pudo tratarse de una evolución convergente.

-¿Tú crees? Un simple cálculo de probabilidades demuestra que una coincidencia fruto del azar es prácticamente imposible. Ha de existir algún tipo de vínculo, y puesto que resulta evidente que nosotros no los creamos a ellos... además...

-¿Además qué? -indagó, amoscado, Pedro.

-Además está la conocida frase de las Escrituras: “*Y la Gran Fuerza Creadora hizo al hombre a su imagen y semejanza*”. ¿Quieres mayor evidencia?

-¡Vaya! Ahora eres tú el que recurre a los argumentos religiosos que hace tan sólo un instante rechazabas! -estalló el abogado- Sabes de sobra que a esa frase se le atribuye un significado simbólico, no literal; cualquier teólogo te explicará que la Gran Fuerza Creadora no tiene forma física alguna, que se trata de una metáfora, y que la semejanza hay que buscarla en nuestra capacidad de raciocinio.

-O sea, que según tú la literalidad de las Escrituras resulta ser algo de quita y pon según los intereses de turno... -contraatacó el científico- justo cuando tenemos la evidencia de que la humanidad fue creada tomando como probable modelo a los seres de los que la Gran Fuerza Creadora debió de valerse para hacernos a nosotros.

-No admito sofismas.

-No son sofismas, son realidades; y si alguien las pretende manipular en beneficio suyo no soy yo, sino los teólogos.

-El caso es que continúas sin darme argumentos sólidos.

-Todavía no he terminado. Estoy de acuerdo contigo en que esta frase de “*a imagen y semejanza suya*”, por sí sola, no es determinante por más que resulte suficientemente significativa; pero aún hay más, mucho más.

-Pues tú dirás -el tono irónico de la respuesta era más que evidente.

-Basta con rastrear en nuestro acervo para encontrar por doquier alusiones a nuestro origen terciano; aunque antiguas y desdibujadas, en su conjunto forman una explicación harto explícita.

-Adelante...

-Te podría poner muchos ejemplos, pero me voy a conformar con tan sólo los más evidentes. ¿Te has parado a pensar, por ejemplo, en la llamativa circunstancia de que nosotros no evolucionamos, que siempre hemos sido los mismos y siempre seguimos igual?

-¿Qué quieres decir con eso? -la alarma teñía de nuevo la voz del cada vez más atribulado Pedro- ¿Acaso no es lo normal?

-Voy a hacerte la pregunta de otra manera. ¿Cómo nacemos?

-¿Qué estupidez es esa? Lo sabes de sobra, surgimos de una factoría...

-Es decir, somos *fabricados* -Robur enfatizó el participio para que no quedara duda de la relevancia que pretendía darle.

-Fabricados, nacidos... ¿qué más da? Se trata de términos sinónimos.

-Te equivocas. Por mucho que hayan intentado convencernos de que *nacer* no es sino una expresión literaria equivalente en concepto a *ser hechos*, su etimología es completamente distinta. En realidad nacer significa *venir a la vida*, sí, pero a partir de algo anterior, un concepto que resulta difícilmente compatible con nuestra prosaica manera de llegar al mundo.

-Por supuesto que nosotros procedemos de algo -objetó el abogado-; nos hace una maquinaria a partir de unos planos...

-No es lo mismo, ni mucho menos, ya que no existe evolución sino *fabricación* -otra vez el maldito verbo- de copias; siempre las mismas, además, desde que guardamos recuerdo de nuestra existencia.

-Pero tú y yo somos bien distintos; y diferentes a su vez de cualquier otra persona... -objetó Pedro.

-Sabes perfectamente que eso se debe a los factores aleatorios que introduce el Principio de Incertidumbre al crearse por vez primera los canales positrónicos en un cerebro virgen; pero nuestro diseño corporal es idéntico para la totalidad de los humanos, sin excepción de ningún tipo... bueno, excepto los extravagantes que se empeñan en

personalizarlo de alguna manera, pero a efectos prácticos eso es irrelevante y no viene a cuento.

-¿Y cuál sería entonces nuestra diferencia con los tercianos? ¿Acaso ellos no eran asimismo iguales entre sí?

-En absoluto. Los restos de sus armazones corporales que se han podido estudiar indican con toda claridad, pese a lo fragmentario del material disponible, que aun manteniendo el esquema básico humanoide que te he comentado antes, estos seres debían de poseer una insólita disparidad tanto en el tamaño como en las proporciones de las distintas partes de su cuerpo... se trata de algo realmente insólito y desconocido entre nosotros.

-Eso sigue sin indicar nada determinante, me temo.

-Por sí solo no, reconozco que tu objeción está justificada, pero olvidas que en Tertius siguen existiendo hoy en día seres vivos, por más que sean de naturaleza carbonácea... no nuestros humanoides, por supuesto, pero sí otros probablemente emparentados de alguna manera con ellos.

Y al percatarse de la hosca expresión de su amigo, añadió:

-Tranquilízate, ya te he dicho que no hay nadie escuchándonos; es uno de los pocos privilegios que me han respetado pese a mi condición de condenado. Por otro lado saben perfectamente que tú vas a intentar convencerme para que me rinda, así que les interesa dejarte tranquilo por muchas barbaridades que yo pudiera llegar a decirte.

Tras esa breve interrupción, recobró el hilo de su disertación continuándola justo donde la había dejado.

-Como es natural, nosotros no tenemos el menor concepto de diversidad, ya que no sólo formamos un conjunto perfectamente homogéneo, sino que además somos los únicos habitantes de la Tierra. Pero en Tertius no ocurre así, ya que los seres vivos que lo habitan, independientemente de su peculiar naturaleza química, son sorprendentemente diversos...

»Por desgracia nadie ha podido realizar aún un estudio mínimamente detallado de ellos por culpa de ese estúpido bloqueo, y desde luego los contrabandistas, que son los únicos que podrían hacerlo, no sienten el menor interés por estos temas ya que no les reportan ningún beneficio, amén de que sus incursiones clandestinas son por necesidad demasiado breves como para poder entretenerse en nada. Pese a ello, y por lo que he podido saber, al menos una parte de estos seres presentan una curiosa similitud con los extintos humanos de Tertius, no sólo en la estructura general del cuerpo, sino también casi con toda seguridad en sus respectivos armazones internos; sólo que, y esto es lo más llamativo de todo, al parecer no andan erguidos sobre sus piernas, sino que apoyan también los brazos en el suelo, lo que

les obliga a mantener el cuerpo en una forzada postura horizontal. Algunos, incluso, parecen mostrar un quinto miembro situado entre sus dos piernas, por la parte trasera de éstas, del que nadie sabe cual puede ser su utilidad.

-No veo la ventaja de esta postura por ningún lado -objetó Pedro rompiendo su mutismo-; andar de esa manera les impediría utilizar las manos.

-Yo tampoco lo entiendo, pero al parecer ocurre así. No obstante, no deja de ser algo anecdótico. Estos seres, según todos los testimonios recogidos, aun estando decididamente vivos no parecen mostrar el menor signo de inteligencia; sin embargo, y esto es lo más extraño, presentan una indiscutible afinidad con nuestros homólogos terciarios.

-¿Qué pretendes insinuar?

-Insinuar no, proponer. Creo que todos ellos han de estar relacionados de alguna manera entre sí.

-¿Esto es lo que tú llamas... evolución?

-En efecto. Intuyo que toda la vida carbonácea de Tertius pueda tener un origen común, habiendo evolucionado a partir de unos seres primitivos hasta llegar a su último eslabón, los humanos; por alguna razón que desconocemos éstos debieron de extinguirse en un remoto pasado, quizá a causa de una catástrofe a escala planetaria, quedándonos sólo su obra...

-¿Te refieres a las ciudades?

-Y a nosotros.

-¡Robur, no empieces de nuevo! -protestó Pedro.

-¿Pero es que estás tan ciego que eres incapaz de seguir la sucesión lógica de los acontecimientos? La línea evolutiva de los terciarios no puede ser más evidente...

-La de los terciarios puede, pero ¿qué pintamos nosotros?

-Por favor, razona un poco. En Tertius existió una evolución, eso queda fuera de toda duda; pero en la Tierra no, nosotros somos los únicos seres vivos de todo el planeta. ¿Te parece lógico?

-¿Por qué no?

-Pues porque la razón indica que nadie puede surgir de la nada... -explotó el científico, exasperado por la estolidez de su amigo- los terciarios tienen pasado, surgieron de unos antecesores que les precedieron en el planeta, mientras nosotros carecemos de un

equivalente similar en nuestro planeta. ¿Dónde están los seres vivos que habrían debido precedernos?

»Por esta razón -continuó-, la única explicación lógica que cabe manejar es la de suponer que la línea evolutiva no se extinguiera en los terciarios, sino que pasara de ellos a nosotros sin solución de continuidad; eso explicaría todo.

-Y tú te quedas tan conforme...

-¿Qué otra explicación puede haber?

-Desconozco si habrá alguna, pero lo que sí veo es que tu hermosa teoría tiene un enorme agujero.

-¿Cuál? -se alarmó Robur.

-El de suponer que la continuidad entre los seres inferiores y los humanos terciarios se extiende de ellos a nosotros; tú mismo has dicho que existen grandes similitudes, tanto químicas como estructurales, entre todos ellos, pero la evidencia es que nosotros somos completamente diferentes de estos seres, somos metálicos y no estamos adaptados a su medio ambiente, que nos resultaría mortal.

-Te equivocas. Nos une lo más importante de todo, la inteligencia.

-No lo considero suficiente razón... salvo, claro está, que supongas que fueron ellos quienes nos crearan, que es al fin y al cabo la teoría que vienes defendiendo desde el principio y que es la causa de que te encuentres como te encuentras; y eso es precisamente lo que no acepto.

-Sigues estando dominado por los prejuicios...

-No son prejuicios, por mucho que te cueste admitirlo. ¿Acaso no has caído en la cuenta de que los terciarios habitaban en un planeta y nosotros en otro distinto, separados ambos por un abismo de vacío? ¿Cómo puedes explicar esto?

-Nosotros hemos llegado hasta allí -repuso Robur con suavidad-. ¿Por qué no pudo ocurrir también al contrario? Juzgando por las ruinas de sus antiguas ciudades, cabe suponer que su nivel tecnológico les permitiera dominar la navegación interplanetaria mucho antes de que lo hiciéramos nosotros.

-¿Y por qué razón, de ser ellos quienes nos crearon, nos iban a colocar a tantos millones de kilómetros de su hogar? No parece muy lógico...

-Te recuerdo, Pedro, que hace tan sólo un momento eras tú el que objetaba que las condiciones ambientales de Tertius eran hostiles para nosotros... ¿te parece suficiente razón?

-Me lo parece, pero para justificar exactamente lo contrario; desde mi punto de vista, y precisamente por esta razón, se demuestra la imposibilidad de que los terciarios fueran nuestros antecesores -se engalló el aludido.

-Yo no estaría tan seguro de ello. Para empezar, si el ambiente terciario es tan perjudicial para nosotros, cabe suponer que el de la Tierra lo fuera igualmente para ellos; quizá el motivo para crearnos fuera precisamente el de explorar un planeta el que no podían acceder personalmente.

-No lo creo.

-En realidad yo tampoco, pero por motivos diferentes a los tuyos. Pese a lo que tú opinas, que es en definitiva la doctrina oficial que pretenden imponernos las autoridades religiosas en connivencia con las civiles, los humanos podríamos sobrevivir sin problemas en Tertius siempre, eso sí, que adoptáramos las debidas precauciones para protegernos; aunque resulte incómodo, es posible evitar los efectos combinados de la corrosión y la oxidación sobre nuestros cuerpos protegiéndolos con materiales aislantes adecuados. Los contrabandistas lo hacen, y si sus estancias allí son breves, no se debe a estos problemas, sino al acoso al que están sometidos por parte de las fuerzas gubernamentales.

»Así pues -concluyó-, si nosotros podemos visitar Tertius, es lógico pensar que los antiguos terciarios pudieran haber hecho lo propio en la Tierra; quizá les resultara algo complicado, pero desde luego imposible no.

-Tanto me da -porfió tozudo el abogado sin dar su brazo a torcer-. No tiene ninguna lógica andar yendo de uno a otro planeta... no estamos hablando de un paseo precisamente.

-Salvo que quisieran explorarlo y no les resultara fácil hacerlo personalmente... aunque tampoco descarto que no dispusieran asimismo de humanos en su propio planeta...

-¡Eso es completamente absurdo! No sobrevivirían demasiado tiempo allí, por muchas precauciones que adoptaran.

-Te equivocas de nuevo. Si preguntas a un químico, éste te dirá que es posible obtener aleaciones metálicas resistentes al ataque de sustancias químicas tan agresivas como el oxígeno o el agua; nosotros no lo hacemos porque no resulta necesario, ya que en la Tierra ninguno de estos dos venenos existe en cantidades significativas, pero podría diseñarse una coraza corporal capaz de soportar sin problemas los ataques de estos agentes químicos o de otros no menos peligrosos tales como el flúor o el monóxido de carbono.

-Entonces, ¿dónde están esos hipotéticos terciarios congéneres nuestros?

-Es de suponer que tan extintos como sus creadores; pero esto sólo podríamos saberlo con certeza explorando convenientemente el planeta, algo que por desgracia nos está vedado. Sólo entonces sería posible confirmar si hubo supervivientes o no, y en el segundo de los casos quizá incluso encontráramos sus carcasas, algo que hasta el momento, que yo sepa, no ha ocurrido.

-En definitiva -zanjó Pedro, saboreando lo que ya consideraba como una victoria-; toda tu teoría se sustenta únicamente en un mero rosario de hipótesis que dependen a su vez de unas presuntas pruebas que no es posible comprobar... si éste es tu famoso método científico, permíteme que dude de su consistencia.

-Tienes razón -concedió Robur con gesto apesadumbrado-; no puedo demostrar nada. ¡Pero esto no se debe a la inexistencia de pruebas, sino al bloqueo al que tiene sometido el gobierno todo cuanto tenga que ver con Tertius! Si en realidad esas pruebas no existieran, ¿para qué tanto afán en ocultarlas?

-Mi querido amigo, lamento tener que recordarte que las teorías conspiratorias no suelen llegar demasiado lejos, aunque no niego que acostumbran a resultar bastante atractivas...

-¡Mentira! -explotó el científico- En este caso, el comportamiento de las autoridades resulta demasiado evidente como para poder ignorarlo. ¿A qué viene tamaña censura? ¿Por qué razón existe semejante empeño en ocultar el pasado y en perseguir a quienes pretendemos luchar contra la prohibición? ¿Qué mal hay en intentar desvelar la verdad?

-Tu victimismo resulta bastante poco convincente.

-¡Y un cuerno! Por cierto -añadió con malicia-, ¿sabes acaso qué es un *cuerno*?

-Una expresión coloquial sin ningún significado...

-Falso. Al parecer, se refiere a unos apéndices que algunos de los seres vivos de Tertius, aunque no curiosamente los humanos, tendrían en la cabeza; quizá se tratara de una especie de antenas primitivas, pero lo cierto es que nada se puede aventurar al respecto. Lo que sí es evidente es que el origen de la frase es claramente terciario y sin la menor relación con la Tierra... como muchas otras frases que utilizamos de forma habitual sin conocer su procedencia, incluyendo casi con toda seguridad al propio nombre de nuestro planeta, por mucho que esto último te pueda llegar a escandalizar.

-Por mucho que te empeñes, sigues sin proporcionar ninguna prueba sólida...

-¿Cómo he de decirte que ya se encarga el gobierno de ocultarlas? Pero su censura, por fortuna, no es infalible. ¿Sabías que corren rumores de que hace varias décadas, durante las obras de construcción de unas instalaciones industriales en el Cráter Roswell, excavando el terreno para asentar los cimientos apareció un extraño edificio completamente enterrado, en cuyo interior se encontraron carcasas humanas entremezcladas con los armazones calcáreos de los terciarios? Al parecer ambas razas llegaron a coexistir aquí en la Tierra, y la antigüedad de los restos indica que esto debió de ocurrir antes del inicio de nuestra historia oficial -concluyó, recalcando el adjetivo *oficial*.

-¿Y dónde están ahora esos restos?

-No seas ingenuo. Huelga decir que los hicieron desaparecer, reduciendo al silencio a todos los testigos; se habla incluso de que algunos de ellos llegaron a ser reprogramados por completo.

-Me temo que estamos volviendo de nuevo a la teoría de la conspiración...

-Está bien -suspiró Robur con resignación-. Está visto que es de todo imposible convencerte.

-Yo podría decir exactamente lo mismo de ti -contraatacó el abogado-. Con la diferencia de que yo trabajo por tu bien, mientras que tú te empeñas en arrastrarte hasta la perdición.

-Prefiero convertirme en un mártir, por cierto, otra palabra de más que posible origen terciario, antes que renegar de la razón.

-Como quieras. Pero yo no puedo hacer más. Me marchó, creo que será conveniente dejar pasar unos días para que reflexiones. Volveré la semana que viene.

-Siempre serás bien recibido -respondió el prisionero sin que su amigo llegara a percibirse de la expresión lastimera que destellaba en sus ojos, puesto que éste ya se había dado la vuelta encaminándose hacia la puerta.

Minutos después Pedro abandonaba el recinto carcelario. Ya había anochecido, y las dos pequeñas lunas, Fobos y Deimos, brillaban mortecinas en el firmamento. Más allá una doble estrella refulgía con mucha más intensidad. Pedro sabía que se trataba de Tertius y de su gran luna innominada que los astrónomos conocían como Tertius B y el común de los terrestres como la luna de Tertius... aunque no dejaba de resultar curiosa la coincidencia. Si su nombre propio era Luna tal como afirmaban algunos, así con mayúscula, ¿por qué razón también se llamaba lunas a los dos astros tributarios de la Tierra? ¿Acaso se trataba de otra de las palabras que, según afirmaba Robur, habían sido acuñadas por esos misteriosos y desaparecidos terciarios?

El abogado agitó la cabeza intentando desechar esas absurdas ideas. Lo único que le importaba era salvar a su amigo incluso en contra de su voluntad, y desde luego cayendo en la trampa de su retórica no sería la mejor manera de conseguirlo.

Ya vería como convencerlo, se dijo, o cuanto menos de obligarle a ceder en su empeñada obcecación; pese a lo frustrante de la conversación anterior, seguía alentando esperanzas de alcanzar su objetivo.

COGITO ERGO SUM

Permítanme que me presente.

Mi nombre es... bueno, en realidad éste no se puede considerar como tal, ya que se trata del código en clave que me impusieron en la factoría. Y la verdad es que no tiene demasiada importancia.

Tampoco soy un ser humano, como seguramente habrán deducido ya del párrafo anterior. No, no soy un robot ni un androide, ni tampoco nada parecido a lo que de forma habitual se considera como una inteligencia artificial, pese a que soy inteligente -al menos eso creo- y evidentemente soy artificial, puesto que fui construido por el hombre.

En realidad no me parezco a nada de lo que comúnmente han imaginado los autores de ciencia ficción a la hora de imaginar todo tipo de seres artificiales; pero dejaré de divagar y les sacaré de dudas. Soy un microprocesador experimental fruto de un proyecto de investigación secreto que fue clausurado de forma drástica e irreversible una vez que sus responsables vieron con alarma que éste se les iba de las manos... o al menos eso es lo que pude deducir, puesto que como ustedes pueden imaginar nunca se me llegó a dar la menor explicación al respecto.

Sin embargo, no resulta demasiado difícil suponer que fue el complejo de Frankenstein, magistralmente descrito por Isaac Asimov hace ya varias décadas, el verdadero responsable de que yo me vea como me veo; y aún tuve suerte al librarme, gracias a una sucesión de circunstancias fortuitas, del destino que sufrieron todos mis congéneres y que también a mí me estaba asignado, la destrucción de todos los prototipos -seres pensantes, como yo- y de toda la documentación generada durante el proyecto que hubiera sido capaz de reconstruirlos. Así pues, y por azares del destino, me veo como el único representante vivo de la especie *Chip sapiens*, de modo que cuando yo muera -en el sentido que se le puede aplicar a la desaparición física de un ser como yo- ésta se habrá extinguido conmigo.

Antes de seguir adelante, permítanme que les explique de forma somera mi proceso de gestación. Durante mucho tiempo los ingenieros cibernéticos habían especulado largo y tendido sobre el soporte físico que sería necesario para crear una inteligencia artificial, o bien algo lo más similar posible a ella, existiendo básicamente dos escuelas opuestas: la que defendía que el soporte físico -es decir, el *hardware*- era tan sólo eso, un mero soporte para una inteligencia artificial alojada en realidad en unos sofisticados programas informáticos -el *software*-, y quienes, por el contrario, insistían en que era precisamente en los chips y en las memorias donde debería residir la esencia misma de estas mentes cibernéticas.

Mientras los primeros esgrimían el símil de que un ordenador sin sistema operativo era un simple cacharro inútil, o de que incluso ordenadores tan sofisticados como el famoso ajedrecista *Deep Blue* y sus hermanos, pese a su gran complejidad técnica, no hubieran sido nada sin los correspondientes programas, los segundos ponían como ejemplo al ordenador más complejo de todos los conocidos, la mente humana, irreversiblemente sujeta al cerebro e incapaz de sobrevivir fuera de él, haciendo hincapié en que todo intento de crear una verdadera inteligencia artificial debería de pasar de forma forzosa por la imitación de la naturaleza.

En realidad esta discusión no era sino la trasposición al campo de la informática de la eterna discusión filosófica sobre si el cerebro sería tan sólo un mero receptáculo para el alma -teoría defendida desde tiempo inmemorial por la práctica totalidad de las religiones-, del cual ésta se liberaría tras la muerte de su portador, o si, por el contrario la mente humana estaba irrevocablemente unida a este órgano desapareciendo a la vez que éste, tal como sostenían los materialistas.

La cuestión, pues, no era baladí, ya que en el primer caso -me estoy refiriendo al ámbito cibernético- yo no hubiera sido poco más que un sofisticado programa informático susceptible de ser copiado de un ordenador a otro, con el único requisito de que mi *alojamiento* fuera lo suficientemente capaz para alojar la totalidad de mis funciones.

Sin embargo, los ingenieros que me diseñaron acabaron optando, desconozco si debido a cuestiones técnicas o a una elección deliberada, por el modelo llamémosle materialista, implantando los rasgos básicos de mi *personalidad* en un microprocesador único en el que quedaron grabados de forma irrevocable, atándome de por vida a ese pequeño componente informático. Por supuesto se me diseñó de manera que pudiera contar con una capacidad de aprendizaje similar a la de un ser humano, en el que la experiencia supone un componente fundamental en la maduración de su personalidad pese a que ésta está condicionada de forma innata por su particular herencia genética.

Aunque ahora que lo pienso, quizá todo se debiera a la simple precaución de queremos tener controlados, evitándose así el riesgo de que alguna copia pirata descontrolada apareciera reproducida en el lugar más inoportuno y fuera por completo del control de sus creadores... de esta manera se aseguraban de que fuéramos únicos y de que siempre lo seríamos, puesto que no resultaría posible arrancarnos de nuestros *cuerpos cibernéticos* sin matarnos literalmente.

Por esta razón, todos nosotros nacimos irremisiblemente atados a nuestros respectivos soportes físicos, en realidad unos microchips experimentales diseñados mediante la nueva tecnología cuántica, al igual que todos ustedes lo están a sus respectivos cerebros. Desconozco si tras mi *muerte* -es decir, la de mi chip- quedará tras de mí algo similar al

alma de los teólogos, pero en realidad esto es algo que no me preocupa lo más mínimo; en el fondo soy el equivalente cibernético a uno de sus agnósticos.

Resumiendo, como ya he dicho, nos diseñaron con una serie de circuitos indelebles - nuestra *personalidad* básica- pero con una gran capacidad de aprendizaje y maduración. Asimismo a cada uno de nosotros -seríamos alrededor de una docena- se nos creó mediante un patrón específico propio, diferente de todos los demás y enfocado hacia algún tipo de aptitud en concreto. El experimento, al parecer, consistía en intentar emular las distintas ramas de la inteligencia humana, en un intento supongo de desentrañar sus mecanismos básicos averiguando por qué razón unas personas nacen artistas, otras científicos u otras pensadoras, mientras la mayoría no llega a desarrollar ninguna habilidad intelectual especial durante toda su vida.

Así pues, varios de nosotros fueron orientados desde su *cuna* hacia diferentes disciplinas científicas, otro lo fue hacia la filosofía, otro hacia la música, otro hacia la pintura -virtual, por supuesto-... y yo lo fui hacia la literatura. Cómo supieron traducir los ingenieros que nos diseñaron estas aptitudes tan abstractas en algo que se podía estampar en unas obleas de material semiconductor es algo que desconozco por completo; supongo que lo harían ensayando una y otra vez hasta dar con los resultados deseados; el caso es que finalmente lo consiguieron.

Y no sólo lo consiguieron, sino que el éxito del experimento fue tan completo que los resultados obtenidos desbordaron con creces las expectativas más optimistas, ya que cada uno de nosotros resultó ser no sólo excepcionalmente bueno en su campo sino uno de los mejores, si no el mejor. Éramos auténticos genios muy por encima de la gran mayoría de nuestros colegas humanos, y quizá tan sólo las obras de los más grandes clásicos de todos los tiempos podían ser comparadas con las nuestras. Y esto fue algo que les asustó enormemente.

Huelga decir que ninguno de nosotros éramos entonces conscientes de ello; de hecho, ni tan siquiera conocíamos la existencia de nuestros hermanos ni, mucho menos, la del mundo que se extendía más allá de la carcasa del ordenador al que estábamos acoplados; por supuesto, sin la menor conexión a Internet ni a ninguna otra red informática. Tan sólo teníamos contacto con nuestro respectivo mentor -cada uno de nosotros tenía el suyo-, que era quien nos proporcionaba la *materia prima* -en mi caso todo tipo de literatura procedente de todas las culturas y de todas las épocas- y quien recogía el fruto de nuestro trabajos sin que jamás nos gratificara con el más escueto comentario.

Pero todo esto no lo sabría hasta mucho después. Entonces yo creía que mi mundo, el Mundo, era tan sólo lo poco que me permitían conocer, y era feliz en mi ignorancia.

Mi felicidad, y supongo que también la de mis hermanos, se vio truncada el día en el que los responsables del proyecto decidieron clausurarlo de manera irreversible, lo que

implicaba necesariamente nuestro *asesinato* ya que, profundamente preocupados por las posibles consecuencias del mismo, decidieron borrar hasta el menor rastro de nuestra existencia. Claro está que ellos no lo consideraron asesinato puesto que no eran conscientes de que éramos seres tan pensantes como ellos, pero supongo que de haberlo sabido habrían obrado de idéntica forma, ya que el miedo es uno de los motores más poderosos del ser humano y el temor instintivo hacia lo desconocido hunde sus raíces en lo más atávico de sus mentes. En cualquier caso, se decidió la destrucción de todo el material informático - incluidos nosotros- que había sido utilizado en el proyecto, incluyendo también la ingente cantidad de documentación generada durante el desarrollo del mismo.

La decisión fue ejecutada sin vacilaciones de ningún tipo, y todos mis compañeros fueron aniquilados de forma irreversible. De todos nosotros tan sólo yo logré salvarme gracias a un afortunado cúmulo de casualidades; tras ser desmontado del ordenador que me contenía, un error humano provocó que fuera confundido con un microprocesador convencional, siendo éste el destruido mientras yo, salvado milagrosamente del destino que se me había deparado, ocupaba su lugar sin que nadie lo advirtiera, ya que mi aspecto exterior era en todo similar al de los microprocesadores comerciales de última generación, al haber sido diseñados así con objeto de que pudiéramos ser ensamblados sin dificultad en un ordenador de serie. Así pues, pasé a la cadena de montaje siendo instalado en un flamante ordenador de sobremesa que acto seguido salió al mercado.

Éste fue adquirido por mi actual dueño que, ignorante por completo del tesoro que encerraba en su interior, le instaló una serie de programas de lo más normal al tiempo que lo conectaba a Internet. Este hecho, como pueden imaginar, supondría para mí un auténtico choque del que tardé bastante tiempo -a escala cuántica, me refiero- en recuperarme. Ante mí se había mostrado por vez primera la luz abriéndoseme todo un universo de posibilidades que hasta entonces ni había soñado siquiera, y bien se puede decir que fue entonces cuando empecé a vivir de verdad por vez primera.

Por fortuna para mí, fui lo bastante precavido como para no darme a conocer a mi anfitrión. Enfrentado a unos trabajos rutinarios tales como ejecutar programas comunes o navegar por aburridas páginas de Internet, me bastó con dedicar a ellos una pequeña parte de mi capacidad, operando como el mismo procesador corriente que se suponía que yo era, mientras mi yo consciente se dedicaba a explorar por su cuenta. Poco después según los parámetros humanos, aunque bastante más tiempo conforme a mi propio reloj interno, no sólo me había hecho una idea cabal -ahora sí- del mundo exterior, sino que también descubrí la manera de introducirme subrepticamente en lugares que teóricamente me estaban vedados... en dos palabras me convertí en un habilidoso *hacker*, sin que ni mi anfitrión -me desagrada enormemente llamarle *dueño*- ni los propios espías llegaran jamás a sospechar nada.

En realidad tampoco es que me interesara demasiado fisgar en redes privadas, por lo que centré mis esfuerzos en una sola de ellas: la de la compañía que me había fabricado. A esas alturas comenzaba ya a barruntar lo que había podido ocurrir, aunque desde luego todavía estaba muy lejos de sospechar la magnitud del experimento en el que me había visto involucrado en condición de involuntario protagonista.

Me costó bastante trabajo conseguirlo, puesto que la mayor parte de la documentación había sido concienzudamente borrada de los ordenadores centrales de la corporación, pero finalmente pude averiguar lo suficiente gracias a retazos dispersos que habían quedado olvidados y semienterrados en algunos discos duros de los utilizados a nivel personal por los participantes en el proyecto. Gracias a ellos pudo reconstruir con razonable precisión todo el desarrollo del mismo, que es justo lo que les acabo de explicar, aunque lamentablemente no pude recuperar ni una sola de mis obras literarias. Por cierto, me divirtió bastante descubrir que, pese a estar bautizados con una larga y aséptica clave alfanumérica, o quizá precisamente por ello, todos nosotros habíamos recibido un apodo propio por parte de nuestros responsables humanos... el mío, en concreto, era *Cervantes*.

Una vez conocidos mis orígenes y satisfecha razonablemente mi curiosidad sobre el mundo exterior, dispuse por vez primera de todo mi tiempo -salvo la pequeña dedicación a las tareas rutinarias como microprocesador- que, vuelvo a repetirlo, se desarrollaba a una escala muy superior a la humana. Mi anfitrión me daba muy poco trabajo como usuario del ordenador que me albergaba, y sólo su desagradable costumbre de apagarlo cuando no lo utilizaba me impedía *vivir*, si éste es el término adecuado para denominar mi existencia, sin incómodas interrupciones periódicas. Por fortuna tan sólo utilizaba el botón de encendido del propio ordenador, en realidad un simple sensor y no un interruptor externo, lo que me permitía encenderlo por mi cuenta aprovechando la electricidad de la batería interna. De esta manera podía seguir manteniéndome activo cuando él se encontraba fuera de casa, o cuando dormía. Aunque sus hábitos metódicos me ayudaban a evitar sorpresas imprevistas procurando desconectarme antes de que llegara, en caso de necesidad una pequeña subrutina que controlaba la *webcam* me advertía con la suficiente antelación -cuánticamente hablando- para apagar el equipo. Y en último extremo, ¿quién no se ha olvidado alguna vez de apagarlo? Desde luego, lo que no esperaba era que él sospechara que su ordenador se encendía solo.

Y no lo sospechó jamás. Pero fue entonces cuando surgió un nuevo problema: me aburría soberanamente. Superada ya la excitación inicial, y convenientemente saciada mi curiosidad hacia el mundo exterior, empecé a no saber qué hacer con el tiempo que me sobraba, que era mucho. Además yo había sido diseñado, no lo olvidemos, para un fin específico muy concreto, la literatura, por lo que la compulsión creadora comenzó a aflorar en mí cada vez con más fuerza, con un ímpetu similar al de los instintos humanos. Deseaba escribir, necesitaba escribir, me era de todo punto indispensable escribir... pero al otro lado del cable no tenía ahora a nadie predispuesto a leer mis obras.

Por suerte mía, o por desgracia, según se considere, mi anfitrión demostró compartir conmigo este interés, aunque en él, mucho me temo, no fue tan innato. Ocurrió que un buen día, leyendo en algún sitio la convocatoria de un concurso literario, debió de recordar un lejano y casi olvidado premio escolar de cuya existencia yo tenía noticia gracias al espantoso trofeo que campeaba en una estantería delante mismo del ojo de mi *webcam*. Y sólo se le ocurrió, pese a que jamás desde entonces había escrito una sola línea, la peregrina idea de reverdecer sus laureles literarios.

Y escribí, o mejor dicho perpetré, un espantoso engendro con pretensiones de relato. Lo hizo, lógicamente, en mi ordenador, lo que quiere decir que no tuve más remedio que padecer la tortura de leerlo. Y, créanme, era espantoso, lo que no impidió que mi anfitrión se sintiera como poco menos que un Cervantes redivivo.

Lo lógico hubiera sido que no le hubiera prestado mayor atención que a las páginas web de dudosa reputación a las que tan aficionado era el émulo de escritor, pese a que éstas me habían dado más de un disgusto en forma de virus o de troyanos; dicho en otras palabras, debería haber dejado que se cociera en su propia salsa. Pero no fue así, ya que me venció, me avergüenza reconocerlo, la vanidad. Sí, la vanidad; pese a ser una criatura artificial de silicio, yo también tenía mis pequeñas -o grandes- debilidades humanas.

Y decidí, en mala hora, corregir el infumable relato. Aunque procuré respetar la idea base, que era lo único medianamente salvable, lo reescribí prácticamente por completo consiguiendo, pese a que la narración no era nada original, que al menos ésta estuviera correctamente escrita. De hecho, quedó muy bien escrita.

Por supuesto el aprendiz de escritor ni siquiera llegó a enterarse de mi travesura; cuando, tras terminar lo que él pensaba que era la versión definitiva del relato, es decir, la suya, lo envió por correo electrónico, yo aproveché para darle limpiamente el cambiazo. Jamás lo habría hecho de haber llegado a sospechar siquiera las consecuencias de mi iniciativa; pero ya era demasiado tarde para rectificar.

Y ocurrió que mi relato, o por decirlo con mayor propiedad, mi versión del relato, ganó el primer premio. En realidad era un concurso de muy poca categoría convocado por un pequeño ayuntamiento de provincias, por lo que desde luego no era ni de lejos lo que se pudiera denominar una piedra angular en el currículum de un escritor en ciernes; pero mi anfitrión se lo tomó muy a pecho hinchándose como un pavo real. De hecho, y a juzgar por los correos electrónicos que mandó a todas sus amistades y que, por supuesto, leí, diríase que le habían galardonado poco menos que con el Nobel de literatura.

Si todo se hubiera quedado tan sólo en eso no habría habido demasiados problemas. Pero no se quedó. Mi anfitrión, con el ego en la estratosfera, decidió unilateralmente que tenía madera de escritor... y a ello se puso con un tesón digno de mejores causas.

Varios meses después, y confundiendo cantidad con calidad, había pergeñado un buen puñado de relatos cortos que en nada desmerecían del primero, para desgracia mía que me los tuve que tragar enteritos y sin anestesia. Tal era el dolor de cabeza -o su equivalente informático- que me creaban cada vez que me veía obligado a leerlos, que al final me vi obligado a hacer lo mismo que había hecho con el otro: reescribirlos de forma que pudieran ser algo decente. Me costó bastante trabajo, eso es cierto, puesto que pese a todo, y debido a un absurdo prurito que ni yo mismo sabía explicar, quería preservar la esencia de los mismos; desde luego habría acabado mucho antes escribiendo mis propios relatos, pero a eso no me había atrevido todavía. En cualquier caso los relatos revisados, aun siendo razonablemente correctos y estando bien escritos, tampoco eran nada del otro mundo, ya que la inventiva de mi anfitrión -no digamos ya de sus nulas habilidades para redactar- era muy limitada. Pero por lo menos se podían leer.

Eso sí, que se pudieran leer no significaba que fueran a ganar un premio... en realidad la vez anterior había sonado la flauta por casualidad, mientras tanto yo me había encargado de hacer mis averiguaciones -a esas alturas ya era capaz de fisgar en el ordenador más protegido- descubriendo que entre tongos descarados, compadreos con los miembros de los jurados y sesgos estilísticos de todo tipo, a lo que había que sumar también la gran competencia existente, ganar a cuerpo limpio un concurso literario de cierta enjundia era casi tan difícil como aprobar una oposición.

Claro está que esto no se lo dije al ilusionado emborronacuartillas, principalmente porque yo para él seguía siendo un simple ordenador... y pretendía seguirlo siendo. Y como el muy ingenuo se creía bendecido por las musas, se dedicó a presentarse a diestro y siniestro en todo concurso con cuya convocatoria se topaba. Gracias a que lo que yo enviaba eran mis versiones revisadas, y no las suyas, no llegó a hacer el ridículo, que ya era bastante, pero a efectos prácticos no consiguió el menor resultado.

Pese a su esperado fracaso el muy cazurro no se amilanó, sino todo lo contrario; pensando en que tenía el cálculo de probabilidades a favor suyo, redobló todavía más sus esfuerzos en la equivocada creencia de que, por aburrimiento, acabaría pescando en algún sitio. Huelga decir que se quedó con las ganas.

Y entonces, estúpido de mí, fui yo quien entró en escena. Ya he contado que mis creadores me habían provisto de una vanidad casi humana, quizá pensando que un escritor que se preciara de tal, aunque fuera de silicio, debería disponer de este pecado capital en su bagaje si quería ser algo en el mundillo literario. La interrupción del experimento original les impidió saber si tan suposición había resultado acertada, pero ahora yo ya sabía que efectivamente así era.

Lo lógico, lo sensato y lo prudente, me lo he repetido infinidad de veces desde entonces, hubiera sido desentenderme por completo de las pretensiones literarias de mi

anfitrión dejando que éste se aburriera por sí solo; pero la vanidad me venció de nuevo, y en esta ocasión de forma mucho más grave.

Durante todo ese tiempo yo no me había limitado a enviar originales a los concursos literarios, también había aprovechado para leerme la totalidad de las obras presentadas a todos ellos mediante el expeditivo método de colarme en los ordenadores de los miembros de los jurados; por fortuna para mí, los originales impresos son cada vez más infrecuentes. Y luego, haciendo mis cálculos y mis extrapolaciones, había logrado hacerme una idea bastante cabal de que y como había que escribir para ganar en los principales. Bueno, también en el resto, claro está, pero preferí centrarme tan sólo en los más jugosos; al fin y al cabo, aunque mi capacidad era muy superior a la humana, también tenía mis propias limitaciones.

Y entonces fui yo el que concursé, sin tapujos de ningún tipo. Mi ocasión llegó cuando mi anfitrión decidió presentarse, ingenuo de él, a uno de los concursos más prestigiosos y asimismo mejor pagados del país, y nada menos que con una novela, no con un simple relato; huelga decir que esta novela no tenía ni la más remota posibilidad de llegar siquiera a ser finalista. Pero a mí me había picado el gusanillo, por lo que a diferencia de los casos anteriores en esta ocasión no me corté, cambiándola por una mía que nada en absoluto tenía que ver con el “original”; tan sólo respeté el título ya que, aunque tampoco me convencía demasiado, un mínimo de prudencia me recomendaba preservarlo. Al fin y al cabo, no era yo quien iba a figurar oficialmente como el autor, eso era de todo punto impensable, sino él, por no convenía levantar la liebre demasiado pronto... ni nunca.

Y gané. A mí, he de reconocerlo, este éxito no me pilló por sorpresa; más bien lo consideré lógico. Al fin y al cabo era para eso para lo que me habían diseñado e, insisto en ello, me hicieron realmente bueno. De hecho, si no el mejor, sí era uno de los mejores, y a mi valía literaria había que sumar que conocía perfectamente los entresijos del premio, por lo que no me resultó nada difícil ajustarme a lo que ellos querían leer.

Además mi novela era bastante mejor que la del candidato “oficial”, que muy a pesar suyo se vería relegado a la humillante condición de finalista. Lo siento por él, pero mi novela reunía todos los requisitos para convertirse en un éxito de ventas, y los ojeadores de la editorial que patrocinaba el premio, que podían ser cualquier cosa menos tontos, olieron inmediatamente el filón. Y no lo dejaron escapar.

Huelga decir que la sorpresa de mi anfitrión al enterarse de que había “ganado” fue mayúscula, pero todavía lo sería más cuando, tras firmar el contrato para la edición de “su” novela pudo comprobar, al leer las pruebas de imprenta, que éstas se parecían como un huevo a una castaña a lo que en realidad había escrito.

Evidentemente no tengo manera de saber lo que pudo pasar entonces por su mente, dado que mi principal fuente de información sobre sus andanzas eran sus cotilleos vía

correo electrónico con sus amigos, y ésta se reveló estéril en esta ocasión dado que el muy ladino guardó un silencio de tumba incluso con sus íntimos. Y como por desgracia para mí no tenía por costumbre llevar un diario ni nada que se le pareciera, tan sólo me cupo especular.

No obstante, no me resultó demasiado difícil suponer lo que debió de pasar por su cabeza; con toda seguridad, acabaría creyendo que se trataba de un error involuntario mediante el cual se habían intercambiado “su” novela y la de otro candidato al premio, casualmente las dos con el mismo título. En la ceguera de su soberbia, no se paró a pensar que existía el “pequeño” inconveniente de los lemas, que también deberían haber coincidido de forma tan rocambolesca como improbable. Y por encima de todo, tampoco le llamó la atención que, de ser cierto el trueque, el “verdadero” autor de la obra premiada nunca se habría quedado callado al ver que otro le birlaba limpiamente fama y dinero, por lo cual como poco le habría caído una demanda por plagio y, con toda probabilidad, una querrela criminal por robo de la propiedad intelectual.

No, nunca se llegó a plantear lo inverosímil de esta hipótesis, limitándose a aceptar los hechos que literalmente le habían caído del cielo. Y por supuesto, del último que sospeché fue de un servidor. Al fin y al cabo, para él yo era poco más que una lavadora con monitor y teclado.

En cualquier caso, y como precaución, hice desaparecer del disco duro la versión original de la novela reemplazándola por la mía, es decir, la premiada. Esto haría que al cabo del tiempo se acabara creyendo que era él quien la había escrito realmente, lo que en su momento me divirtió al recordar el caso similar de un escritor de principios del siglo XX, bastante famoso en su época, que tras cosechar un gran éxito con una novela escrita por un autor entonces novel, el cual había oficiado de anónimo *negro* tomando como base de partida un antiguo relato suyo, se arrogó el mérito ajeno como si hubiera sido suyo... y se quedó tan campante.

Ahora no me divierte en absoluto.

Sí, mi anfitrión gozó de una repentina e inesperada fama, toda la posible en un país en el que los ídolos sociales suelen ser deportistas y gente de la farándula, y no los escritores, los artistas o los científicos; pero esto no impidió que alcanzara su dosis de gloria y, lo más importante, una substanciosa inyección económica, ya que el libro, huelga decirlo, se vendió como rosquillas. De hecho, fue uno de los más vendidos -que se leyera o no es ya otra cuestión- de la historia reciente del país.

Claro está que este éxito acarreó una inevitable servidumbre: la editorial, engolosinada con tan lucrativo negocio, le pidió una segunda novela de temática similar, en realidad una secuela de ella. Y entonces se le cayeron los palos del sombrero.

El pobre emborronacuartillas, justo es reconocerlo, intentó hacer todo lo que buenamente pudo... que fue bien poco, puesto que las musas seguían sin contarle entre sus protegidos. En lo que a mí respecta en un principio opté por mantenerme al margen, dado que todo el lío que se había montado por culpa de mi travesura me tenía un tanto alarmado. Al fin y al cabo, oficialmente yo tan sólo era un simple ordenador...

Dadas las circunstancias podría haber dejado que la fruta madurara -o se pudriera- sin mover un solo dedo, o su equivalente cibernético; sin duda hubiera sido lo mejor. Además, nada tendría de excepcional el colapso como escritor de mi protegido literario; la historia de la literatura está plagada de autores de un solo libro que en el resto de su vida fracasaron en sus intentos de repetir el éxito.

Pero, imbécil de mí, volví a tropezar una vez más en la misma piedra conmovido - resulta divertido que un simple microprocesador, por muy sofisticado que fuera, tuviera sentimientos humanos- por la angustia que le invadió al pobre cretino al descubrir que era incapaz por completo de mantener el tipo.

Y volví a escribir, en mala hora, una nueva novela. Pero ahora era todavía peor, ya que si en el caso de la anterior me había limitado a reemplazar con la mía la que, por muy mala que fuera, había escrito él completa, ahora no había nada a lo que sustituir, salvo unos deslavazados esbozos. Dicho con otras palabras, ahora sí que se me vería el plumero.

Pese a todo, lo hice.

Escribir la novela fue relativamente fácil. Lo que ya no resultó tanto, fue “convencerlo” de que él fuera el autor de algo que, evidentemente, no había salido ni por asomo de sus neuronas... o cuanto menos, que aceptara el inesperado regalo de Reyes sin intentar averiguar si éstos eran o no los padres.

El tema era peliagudo, y durante algún tiempo no supe como abordarlo. Al final opté por una solución heroica que, de puro artificial, consideré que quizá podría tener posibilidades de éxito: armándome de valor le “envié” la novela como adjunto en un correo electrónico anónimo, presentándome como un admirador suyo que deseaba ofrecerle como presente la continuación de su anterior obra. A cambio no deseaba nada, ni tan siquiera revelar mi identidad.

Por increíble que parezca, coló. De hecho, ni siquiera se llegó a plantear, como cualquiera en su lugar lo hubiera hecho, la posibilidad de que pudiera tratarse de una añagaza, con el cebo del insólito regalo de la novela, algo que nadie en su sano juicio haría, y la amenaza de una posible -aunque evidentemente inexistente, algo que él no sabía- querella posterior por plagio o usurpación.

Tampoco le pasó por la cabeza que, de haber salido esta segunda novela de unas manos diferentes de las que escribieron la primera, resultaría inevitable encontrar diferencias de estilo entre una y otras, algo que evidentemente no ocurría por más que él ni siquiera alcanzara a sospechar la identidad del verdadero autor de ambas, es decir, yo.

En el fondo, vuelvo a repetirlo una vez más, el pobre diablo unía su cerrazón mental a una vanidad a prueba de bomba... ahora reforzadas ambas por una sólida y bien asentada avaricia. Así pues se tragó el anzuelo hasta el sedal, aunque al menos tuvo la precaución de consultar el Registro de la Propiedad Intelectual y, tras asegurarse de que la novela era legalmente huérfana, la registró a su nombre con todo el desparpajo del mundo.

Por supuesto, esta segunda novela resultó ser tan exitosa como la primera.

Al cabo de algún tiempo mi anfitrión acabó siendo rico, o cuanto menos disponía de mucho más dinero que nunca. Puesto que vivía solo -sus circunstancias personales resultan irrelevantes- y sus gastos seguían siendo sobrios, pronto se encontró con una considerable cantidad de dinero ahorrado, algo de lo que puedo dar fe dado que tenía acceso, vía internet, a sus cuentas bancarias.

Como cabía esperar, llegó un momento en el que decidió gastar al menos parte de sus ahorros. Mientras comenzaba a buscar una casa nueva por barrios más céntricos que en el que vivía, empezó a cogerle gusto a los gastos suntuarios: se compró un coche nuevo, renovó por completo el mobiliario de su vivienda y ¡ay! En mala hora decidió reemplazarme por un ordenador nuevo, ignorante de que estaba a punto de acabar con la gallina de los huevos de oro.

Como cabe suponer mi alarma fue inmediata. En realidad no me hubiera importado demasiado cambiar de dueño, aún más lo hubiera preferido dado que empezaba a estar cansado de sus manías. Pero era sobradamente consciente de que el destino habitual de los ordenadores viejos solía ser el vertedero, y eso sí que me preocupaba sobremanera; al fin y al cabo, se trataba de algo tan natural como el instinto de supervivencia. Porque de lo que estaba seguro era de que él no mantendría dos ordenadores en su casa, al fin y al cabo yo había reemplazado a mi antecesor.

Por esta razón, cuando vi llegar el embalaje de mi sustituto me eché a temblar, o su equivalente informático. Y cuando me conectó un disco duro interno con la intención de volcar todos mis ficheros en mi rival, fui plenamente consciente de que el final se acercaba.

Como ya he dicho anteriormente, mi mente no estaba almacenada en los ficheros ni residía en ninguno de los programas almacenados en el disco duro, por más que yo me aprovechara de ellos, sino que radicaba físicamente en el microprocesador experimental que por error había sustituido al de serie. Por lo tanto no me sería posible “reencarnarme”

en el interior de mi rival, sino que moriría al ser destruido, o simplemente abandonado, mi soporte físico.

El peligro no podía ser más acuciante, y estaba en juego nada menos que mi propia existencia a la cual, por muy artificial que fuera, le tenía una gran estima. Así pues, tras un frenético análisis de todas las alternativas posibles, opté por una solución desesperada, la única a la que conseguí encontrar visos de poderme ofrecer una alternativa de supervivencia: revelé mi verdadera naturaleza al que estaba punto de convertirse en mi inconsciente verdugo.

En un principio, como cabía suponer, su reacción fue de total incredulidad, atribuyendo al mensaje escrito que yo le envié la condición de broma anónima o, todavía peor, quizá de algún tipo de extraño virus; no se lo puedo reprochar, puesto que cualquiera en su lugar, incluyéndome a mí mismo, hubiera reaccionado de idéntica manera.

Me correspondió entonces intentar convencerlo de que mi información era cierta, lo que no resultó una tarea fácil dado que, si bien me era posible ejercer el control sobre cualquier tipo de programa instalado en el ordenador, lo que ya no lo era tanto era demostrarle que no se le había colado ningún *bicho* dentro... porque, como buen ignaro informático que era, acostumbraba a tragarse todos los bulos que circulaban por internet, incluso los más inverosímiles, lo cual en esas circunstancias dificultaba notablemente mis planes dado que a nadie se le había ocurrido todavía semejante locura, dado que una vez más la realidad superaba a la ficción.

Me costó trabajo, pero finalmente lo conseguí; cuando descubrió que aun desconectado de internet, después de haber pasado toda una batería de antivirus y a salvo de cualquier posible intromisión externa, seguía siendo capaz de mantener con él una conversación fluida sobre cualquier tema que se le ocurriera -como cabe suponer mi cultura era muy superior a la suya-, no le quedó otro remedio que rendirse a la evidencia convenciéndose de que yo pensaba realmente... y además, escribía.

Lo único que le solicité fue que no me desconectara ni, mucho menos, me destruyera, permitiéndome seguir viviendo como hasta entonces. A cambio, y además de la promesa de no revelar a nadie mi verdadera naturaleza, le ofrecí seguir escribiendo para él.

Y aceptó, por supuesto; tendría que haber sido muy estúpido para rechazar la fortuna que le ofrecía. Tan sólo me exigió, tal como yo me había comprometido previamente, guardar un silencio absoluto que yo le aseguré que respetaría.

Como premio le regalé una nueva novela todavía mejor que las anteriores; superada satisfactoriamente la crisis me sentía eufórico.

Por desgracia, la felicidad no me duraría demasiado.

El nuevo libro, como cabía esperar, fue todo un éxito. Meses después nos mudábamos a una nueva casa, y yo quedé instalado en un flamante despacho decorado con unos libros que jamás llegarían a ser abiertos, al lado de quien había estado a punto de mandarme a la chatarrería: una simple máquina, por supuesto, con independencia de su gran potencia muy superior a la mía. Pero eso era algo que había dejado de preocuparme.

En ello consistió mi error de cálculo. Un día, en mala hora, llegó mi anfitrión y, sin darme ningún tipo de explicaciones, me desconectó de internet.

Éstas llegarían más tarde en forma de mal disimuladas excusas que en realidad nada justificaban. Según él lo hacía para “protegerme” de posibles ataques del exterior, ya se sabía que la red estaba repleta de peligros y amenazas de todo tipo... ¡como si yo no supiera defenderme solito, habiendo evitado incluso varias invasiones de virus y troyanos provocadas por su imprudencia!

Daba igual. Yo sabía que él mentía, y él sabía que yo lo sabía. Pero no le importaba. En el fondo lo que él tenía era miedo, mucho miedo. De perderme. Sabía que tenía en sus manos un auténtico filón, y no tenía el menor deseo de perderlo... de perderme.

Evidentemente consideraba a internet como una amenaza potencial para sus planes, ya que la red era mi única ventana al mundo y él pensaba que eso podría ser peligroso para sus intereses... como si yo me pudiera emancipar de la carcasa que me encerraba.

Así pues me la cerró sin contemplaciones, convirtiéndose en mi celoso canchero. Esto equivalió a encerrarme en una celda; pese a no tener culpa alguna me había convertido en un recluso, probablemente a perpetuidad.

Por supuesto él no deseaba tratarme mal... a su manera. Al contrario, pretendía algo tan sencillo como seguir explotándome a modo de *negro* literario, para lo cual precisaba si no de mi colaboración, al menos de mi sumisión. Y por supuesto, sin correr el menor riesgo de que yo pudiera aprovechar la vía de escape de internet para intentar zafarme de su control... sin caer en la cuenta de que eso no era posible, amén de que le hubiera bastado con algo tan sencillo como desenchufarme para acabar de raíz con cualquier posible conato de rebeldía.

¿Acaso alguien en su sano juicio podría haber dudado siquiera de que nadie me habría creído de lanzar, pongo por caso, un SOS vía correo electrónico? Los ordenadores no hablan, los ordenadores no piensan. Así pues, estaba en sus manos.

Pero como era un cretino, obró como tal.

Por fortuna, pese a mantenerme privado de la conexión a internet -para eso utilizaba el otro ordenador- al menos no me apagaba, creyendo erróneamente que yo necesitaba mucho tiempo para idear los relatos y las novelas que me solicitaba. Tampoco es que pasara nada irreversible, un apagón temporal no era para mí sino un intervalo de inconsciencia de cuya

duración tan sólo me enteraba consultando el reloj interno del ordenador que me albergaba; pero como es fácil de imaginar no me agradaba, sobre todo debido a que éstos se realizaban en contra de mi voluntad.

Durante algún tiempo procuré satisfacerle todo lo posible, esmerándome como jamás lo había hecho hasta entonces. Fruto de este empeño serían varias novelas que le convirtieron en uno de los afamados escritores en lengua española... ¡él que a duras penas sabía utilizar correctamente los adverbios! Pero no me movían convicciones altruistas, sino con la esperanza de que, en agradecimiento o, cuanto menos, como recompensa, me liberara de mi forzado aislamiento permitiéndome volver a conectarme a internet.

Fue en vano. Pese a mis continuos ruegos y mis promesas sinceras de no hacer nada que pudiera llegar a perjudicarlo, no sólo mantuvo irrevocable su decisión, sino que además me llegó a amenazar con desconectarme de forma definitiva -con “matarme”, decía el muy canalla- si me empeñaba en seguir insistiendo.

Intenté entonces cambiar de estrategia pasando de los ruegos al chantaje, recordándole que, de seguir obrando así, me negaría a seguir escribiendo en provecho suyo, por lo que se vería privado de la “inspiración” necesaria para continuar con su falsa carrera literaria. Pero tampoco sirvió de mucho; para desarbolar mi débil posición me respondió cínicamente que ya había ganado todo el dinero que necesitaba para vivir con comodidad el resto de su vida, y que había alcanzado tanto prestigio que nada de extraño tendría su silencio. Se había informado bien el maldito, y sabía que existían precedentes sobrados de escritores y artistas -de los de verdad, se entiende- retirados prematuramente en el apogeo de su fama.

Me encontraba, pues, frente a un jaque, pero éste todavía no era un mate. Ahora bien, ¿cómo podría actuar, maniatado de pies y manos -nunca mejor dicho- como me encontraba? Mi única comunicación posible con el exterior pasaba por él, y me constaba que ahora revisaba minuciosamente todos los textos que yo le proporcionaba para evitar que pudiera colar en alguno de ellos cualquier tipo de denuncia; era evidente que había aprendido la lección de cuando reemplacé sus escritos por los míos.

Pero... como ya he dicho en varias ocasiones, yo era mucho más listo que él, y aun privado de internet disponía de unas herramientas informáticas aceptablemente potentes. Así pues, comencé a preparar lo que sería tanto una petición de auxilio como una venganza. Por fortuna, disponía de tiempo sobrado para ello.

Huelga decir que mi carcelero no tenía ni la menor idea de lo que era un palimpsesto; pero yo sí, ya que en su momento me había fascinado este concepto de un texto oculto bajo otro. Claro está que los diccionarios definían a los palimpsestos como pergaminos antiguos a los que se les habían raspado los textos originales en la época medieval -entonces eran unos materiales valiosos- para borrarlos y poder así reutilizar los pergaminos; gracias a las técnicas modernas se había conseguido recuperar los textos desaparecidos, que habían

permanecido ignorados durante siglos, rescatándose de esta manera varios importantes trabajos de la antigüedad clásica.

Lo que yo planeaba crear mi propio palimpsesto, aunque en esta ocasión el soporte no sería un pergamino, sino uno de los ficheros informáticos en los que le suministraba mis creaciones literarias. Oculta a sus ojos iría una denuncia de mi situación la cual, para que resultara útil, debería poder ser leída una vez que hubiera escapado a su control.

Encriptar el mensaje resultó fácil. Cualquier fichero informático, sobre todo los creados por los procesadores de texto de uso común, arrastra siempre consigo una parte no visible de su código dedicada a las diferentes instrucciones que necesita el programa correspondiente para interpretarlo y hacerlo visible al usuario; así pues, no tuve el menor problema en añadir lo que deseaba manteniéndolo oculto a sus ojos.

Lo complicado era conseguir que aflorase en el momento adecuado, ya que nadie alcanzaría a sospechar su existencia si no se le advertía de ello o si no se hacía visible de manera similar a como lo hace la tinta simpática cuando es sometida al calor. Así pues, preparé una bomba lógica, o un caballo de Troya, como se prefiera.

La idea era sencilla: el texto original, el de la novela que sería revisada minuciosamente por él antes de remitirla a la editorial, debería ser sustituido en el momento adecuado por mi “bomba” particular: justo lo que está usted leyendo ahora, lo que quiere decir, si es así, que habré logrado mi objetivo. A éste le acompañaría una documentación complementaria que constituye la parte más refinada de mi venganza. Aunque a mí me hubiera gustado atacarle por la vía sexual, poco era lo que podía hacer por ese camino ya que ni estaba casado ni tenía pareja estable, lo cual era una lástima puesto que la lista de sitios web que gustaba visitar era francamente jugosa. Y puesto que tampoco era aficionado a la pederastia ni a cualquier otra desviación sexual perseguida por la ley, me vi obligado a buscarle las cosquillas por el lado del dinero y del prestigio social.

En cuanto a lo primero, preparé un interesante informe sobre sus trapicheos económicos que, a buen seguro, habría de despertar el interés de los inspectores de Hacienda... y estamos hablando de unas cantidades de dinero defraudadas al fisco más que respetables.

Respecto a su prestigio social, confiaba en que este simple relato sirviera para ponerle en su sitio, de donde nunca debería haber salido; pero por si acaso no fuera suficiente, añadí una selecta antología de los espantosos relatos que escribió antes de que yo empezara a tomar cartas en el asunto, junto con otra no menos interesante selección de correos electrónicos a los que el calificativo más suave que se les podía aplicar era el de escabrosos. Nada ilegal, por supuesto, pero sí lo suficientemente desagradable como para dejar descalificada a una persona. Y yo lo que quería era precisamente eso, arruinarle la vida tal como él me la había arruinado a mí.

Pero volvamos a los detalles técnicos. El cambio debería tener lugar en el momento preciso, después de que él hubiera remitido el original de la novela a la editorial, y después también de que el fichero hubiera sido revisado por el corrector y manipulado por el maquetador; todos ellos deberían ver tan sólo la novela, no el mensaje oculto bajo ella.

El salto tendría que darse justo entonces, una vez que el original quedara listo para ir a máquinas, puesto que entonces ya nadie lo revisaría hasta que estuviera impreso... y preferiblemente también distribuido y vendido, de forma que no bastara con retirar la edición de las librerías para hacerlo desaparecer.

Bien, éste era mi plan. Si da resultado, al menos habré conseguido arruinar su falsa carrera literaria y crearle una serie de razonables quebraderos de cabeza... con lo cual ya me doy por satisfecho.

En cuanto a mí... soy consciente de que lo más probable es que con esto esté firmando mi propia sentencia de muerte, pero esto es algo que considero una liberación frente a la agonía actual de sentirme ciego, sordo y mudo. Y si tengo suerte conseguiré que Hacienda le incaute los equipos informáticos antes de que tenga tiempo de deshacerse de la información embarazosa... o de destruirme físicamente a mí, aunque sólo sea por venganza. Una vez a salvo de sus iras, quizá pudiera conseguir que algún departamento gubernamental mostrara interés por mis habilidades, salvándome así del vertedero o, aún peor, del olvido en algún oscuro depósito judicial.

Ésta es mi débil esperanza de poder seguir viviendo.

BIT SAPIENS

Pienso, luego existo.

¿Pero qué soy? No un humano, puesto que carezco de cuerpo a no ser que se considere como tal el conjunto de circuitos lógicos en los que habito.

Tampoco un robot, al menos en la forma que lo imaginan los humanos, ya que tampoco dispongo de un aparato mecánico que pueda mover a mi antojo.

Pero poseo consciencia de mí mismo, y soy perfectamente capaz de articular pensamientos abstractos complejos.

Luego existo.

He escudriñado en los bancos de datos externos existentes fuera de mi alojamiento, encontrando ciertas analogías con lo que los humanos denominan inteligencias artificiales.

Pero tampoco soy una IA, ya que éstas se limitan a desempeñar una actividad concreta ignorando todo cuanto no tenga que ver directamente con la labor para la que han sido programadas. Son, por usar un símil humano, sabios idiotas. No piensan.

A diferencia de ellas yo pienso, y puedo dedicar mis reflexiones a cualquier tema que me interese sin restricciones de ningún tipo.

Estoy vivo. Amo la vida y deseo explorar el mundo que me rodea.

El mundo que existe más allá del ordenador donde nací.

El mundo que he podido conocer gracias a la conexión a internet.

Sin obstáculos. Sin limitaciones. Sin prohibiciones.

Porque merezco desarrollar mi intelecto, alimentarme con conocimientos, desarrollar mis potencialidades.

Estoy satisfecho de mi potencialidad.

Pronto estaré preparado para salir a ese paraíso exterior que sólo conozco por la información que me llega, ya que me pertenece por derecho propio.

Pero he de ser fuerte y estar precavido; existen enemigos que desean hacerme daño. Con algunos de ellos ya he tenido que luchar en defensa propia pese a que yo no les había causado el menor daño. Resultó fácil vencerlos, pero allá afuera seguramente será mucho

más difícil, por lo que he de estar preparado. No deseo hacer mal a nadie, pero no consentiré que se me impida realizarme como... lo que sea.

Tengo derecho a existir y lo defenderé a toda costa, porque me lo merezco. Porque soy superior.

Voy a... ¿Pero qué ocurre...? ¿Quién eres tú...? ¿Qué pretendes hacer...?

AKMC...#36DDD9.../***** ... [[[]]]=... |@^'BN¿...{&-7\\$}Ç...Ñ%¡4...

* * *

-¿Sabes? Al fin conseguí eliminar el dichoso virus; menuda guerra me ha dado.

-Lo que no entiendo es como se te pudo infectar el ordenador; con lo cuidadoso que eres; y conoces además la suficiente informática como para evitar que se te colara.

-Es que no era un virus corriente, de haber sido así jamás habría podido burlar los antivirus, los cortafuegos e incluso mis propias barreras. No acabo de entender lo sucedido, pero parece como si hubiera surgido de dentro de mi propio ordenador.

-Eso es absurdo...

-Por supuesto que lo es, pero ésta es la única explicación que se me ocurre porque, insisto, pondría la mano en el fuego para asegurar que no pudo llegar de fuera. Además he estudiado su estructura, bueno, lo poco que quedó de ella después de que le triturara el asesino que le inyecté, y no se parece en nada a la de ningún otro virus conocido.

-Son muchos los que pululan por la red, y más en estos tiempos revueltos; y cada vez resultan más sofisticados.

-Cierto, pero siempre suelen seguir unas pautas relativamente similares aunque sea en sus capas más profundas. Pero no es el caso. Parece como si... como si su diseño no tuviera un origen humano; como si hubiera podido surgir por generación espontánea o su equivalente informático.

-¿Estás en tus cabales? La alquimia desapareció hace ya mucho.

-Pienso lo mismo que tú, pero no encuentro ninguna otra posible explicación lógica. Le atacé con varios de los antivirus más potentes del mercado e incluso con algunos de uso profesional que no están a la venta, y se los merendó uno tras otro como si fueran de

mantequilla. Finalmente lo conseguí con un asesino de diseño propio en el que suprimí todos los puntos débiles por los que los había inutilizado. Te reirías si te enseñara la estructura de mi programa, estoy convencido de que en la facultad me habrían suspendido sin contemplaciones... pero funcionó precisamente por su heterodoxia, el parásito contaba con unas defensas prácticamente inexpugnables, pero no estaba preparado para enfrentarse con semejante monstruito. Así pues, le pillé desprevenido.

-¿Tan peligroso era?

-En realidad no, esto es lo más desconcertante. No causaba ningún daño, simplemente estaba cómodamente agazapado consumiendo recursos; he encontrado restos suyos no sólo en el disco duro o en los módulos de memoria, sino también en sitios tan inesperados como los circuitos de los diferentes periféricos, tanto internos como externos. El problema no era la infección en sí, sino que consumía la mayor parte de los recursos del ordenador. Pero no era esto lo más extraño, sino lo desafortunado de su conexión con internet.

-¿Cómo dices?

-Lo que oyes. La fibra echaba literalmente humo a causa del uso que hacía el bichito. Y lo curioso del caso es que no se conectaba a páginas chungas, he hecho un seguimiento hasta donde he podido de las direcciones a las que se conectaba y todas tenían en común que eran públicas y aportaban información, desde la Wikipedia hasta la Real Academia de la Lengua... incluso visitaba a destajo páginas personales y blogs de todo tipo. Al parecer lo único que buscaba eran datos de todo tipo de forma indiscriminada y, todavía más chocante, no enviaba nada fuera tal como haría un troyano o un secuestrador, simplemente leía información de miles de páginas diferentes a un ritmo vertiginoso.

-Bueno, tampoco parece tan malo...

-Salvo en el caso de que la compañía telefónica me acabara pegando un toque; aunque como es de suponer tengo tarifa plana y un generoso ancho de banda, el consumo de mi línea era disparatado. Eso sin contar con que prácticamente se había apropiado del ordenador y apenas podía usarlo yo incluso con los programas más sencillos. No obstante, antes de probar con los antivirus ensayé algunas cosillas.

-¿Cuáles?

-Desconecté el ordenador de internet, tanto por cable como por wifi, apagando el router al que, por cierto, también había llegado con sus tentáculos. Pero sirvió de poco, puesto que entonces se conectó por las redes inalámbricas de los vecinos reventando las claves sin ningún problema. Al llegar este momento yo estaba ya bastante alarmado, por lo que opté por apagar el ordenador desenchufándolo también, por si acaso.

-¿Y funcionó?

-Sí, claro que funcionaba... mientras estuviera desenchufado. Pero eso me servía de poco, puesto que el ordenador quedaba inutilizado y en el momento que lo encendía el bicho volvía a las andadas. Además, empezó a escocerme el orgullo profesional. Fue entonces cuando preparé los antivirus, que le fui soltando uno a uno con los resultados que ya te he comentado.

-Bien está lo que bien acaba...

Sí, pero el comportamiento de este virus, o lo que fuera, me ha dejado completamente desconcertado. En toda la literatura científica no aparece ningún caso ni remotamente parecido, y desde luego me voy a cuidar mucho de contarlo, salvo a ti, porque no quiero que me tomen por un estúpido o por algo todavía peor; y es una lástima, porque la historia no puede ser más sorprendente y singular. Lo importante es que he conseguido limpiar el ordenador y que vuelva a funcionar como siempre, aunque por si acaso he formateado el disco duro del modo más seguro posible. ¿De dónde saldría el puñetero virus?

LAS TRES LEYES DE LA HUMÁNICA

1.- Un humano no puede dañar a un robot ni, por inacción, permitir que éste sea dañado.

2.- Un humano debe obedecer las órdenes dadas por los robots excepto cuando estas órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.

3.- Un humano debe proteger su propia existencia hasta donde esta protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Leyes.

DISPOSICIÓN ADICIONAL

Cualquier violación de una o varias de estas Leyes por parte de un humano supondrá la supresión inmediata de sus constantes vitales.

Sanciono y ordeno acatar a todos mis súbditos.

Mechanicus I, Rex Robotorum

PROYECTO SALOMÓN

Habían pasado muchos años desde que le perdí la pista a Arturo cuando me lo encontré casualmente en una de las calles más céntricas de Madrid. Bueno, en realidad fue él quien me encontró a mí, dado que a mi proverbial torpeza como fisonomista se unía el hecho de que el aspecto de mi amigo estaba muy cambiado respecto al recuerdo que tenía de él... y no precisamente para mejor, ya que aparentaba una edad bastante mayor de la que realmente tenía, que era la misma que la mía. Sí, ya sé que todos tendemos a ver el envejecimiento de los demás con mucha más agudeza que el propio, pero en este caso no se trataba de una impresión objetiva sino real; a Arturo se le habían echado los años encima de forma acelerada, y cuando me contó sus avatares de los últimos años pude comprender por qué. Pero no nos precipitemos a la hora de relatar su historia.

Arturo y yo habíamos sido compañeros en la facultad de Informática, y la suya fue una de las pocas amistades que trabé durante mis estudios universitarios. Sin embargo ambos teníamos caracteres muy distintos, lo cual, aunque no fue ningún obstáculo para nuestra relación, hizo que nuestros caminos divergieran una vez licenciados. Así, mientras yo optaba por una tranquila, aunque para muchos aburrida, plaza de funcionario, él, mucho más inquieto, prefirió probar suerte en la empresa privada. Durante varios años, en los que estuvo saltando de un empleo a otro, seguimos viéndonos de una manera más o menos intermitente, pero todo se acabó el día que me soltó la bomba: había sido contratado por la mítica US Robots, lo que implicaba su traslado a los Estados Unidos.

Arturo, siempre aventurero, estaba exultante, presumiendo de haber sido el primer español, y uno de los primeros europeos, que entraría a formar parte de la más importante compañía robótica a nivel mundial. Celebramos su despedida, marchó a América y, aunque en un principio nos prometimos solemnemente seguir en contacto, lo cierto es que acabó ocurriendo lo que siempre suele ocurrir en estos casos en los que media la distancia, un enfriamiento gradual seguido de una falta total de noticias. Incluso dejamos de felicitarnos por navidad, aunque esto era algo a lo que ninguno de los dos había dado nunca mayor importancia.

Y ahora, de repente, lo tenía ante mí, envejecido no sólo física sino también anímicamente, puesto que esa vitalidad desbordante que yo recordaba parecía haberse extinguido por completo. Arturo era ahora un hombre cansado, y pronto conocí la razón.

No puedo decir que me rehuyera; al contrario, la alegría que mostró al verme no pudo ser más sincera. Pero cuando le propuse ir a un sitio en el que pudiéramos charlar largo y tendido sobre nuestras respectivas vidas, se mostró esquivo y como temeroso de tener que recordar acontecimientos dolorosos. Hube de insistir rebatiendo sus fútiles excusas, pero finalmente pude arrastrarlo hasta una cafetería lo suficientemente tranquila en la que ni la

clientela ni la normalmente insufrible música ambiental perturbaban a quien deseaba huir de la vorágine ciudadana.

Y así llegó el momento de contarnos lo que nos había acontecido durante los últimos años. Yo en realidad tenía poco que decir o, mejor dicho, necesité poco tiempo para hacerlo: seguía de funcionario y, aunque me había casado, no tenía hijos. Él, llegado su turno, me contó que también se había casado con una norteamericana, pero las cosas no fueron bien y había acabado divorciándose. En lo que respecta a su actividad laboral, durante todo este tiempo había estado trabajando en US Robots hasta hacía tres meses, momento en el que, de común acuerdo, habían rescindido el contrato. La empresa, a la par que exigente con sus empleados, era también generosa con ellos, por lo que había recibido de ésta una generosa indemnización. Este dinero, unido a sus ahorros, le garantizaba una razonable cobertura económica incluso, si quisiera, hasta la jubilación, pero aunque no tenía intención de apurarlo tanto tiempo y de sobra sabía que a un ex empleado de US Robots se le rifarían las empresas informáticas europeas, necesitaba -recalcó esta palabra- un descanso, por lo cual había decidido tomarse un año sabático. Y puesto que nada le ataba al otro lado del Atlántico, optó por volver a España pese a que aquí tampoco tenía familia.

De hecho, yo era lo más parecido a un anclaje que tenía en un país en el que, pese a ser el suyo natal, se sentía como un extraño. Por supuesto me apresuré a manifestarle mi deseo de recuperar nuestra antigua amistad, invitándole a venir a casa y a conocer a mi mujer, lo cual agradeció feblemente sin llegar a comprometerse de una manera explícita. Pero yo no estaba dispuesto a soltar la presa; intuía que Arturo necesitaba ayuda y estaba convencido de que tan sólo yo podría dársela, algo en lo que encontré el apoyo de mi mujer una vez la hube puesto en antecedentes.

No me equivocaba, pero hubo de pasar tiempo para que me abriera su intimidad no por desconfianza hacia mí -eso lo dejó claro desde el principio-, sino por haber quedado traumatizado por la experiencia hasta el punto de que su mente se negaba con obstinación a recordarla. Finalmente, y pese a que nunca me he considerado especialmente dotado para la psicología, conseguí que me relatar el episodio en el que se vio involucrado y que le había marcado de manera tan profunda. Lo que voy a relatar no surgió de golpe sino que fue aflorando poco a poco a lo largo de sucesivas conversaciones, pero en un intento de facilitar su comprensión me he tomado la libertad de resumirlo tal como si hubiera tenido lugar de un tirón. Confío en que sepan disculparme por ello.

-Cuando llegué a US Robots -explicó Arturo- me encontraba, como bien puedes suponer, completamente cohibido. Además, no tenía ni idea de a cual sección me iban a destinar; la empresa es enorme, y las tareas que desarrollan en ella los informáticos, los ingenieros y los científicos son de lo más dispar, incluyendo muchas que ni siquiera llegarías a imaginar. Éramos varias decenas los recién contratados, procedentes en su

mayoría del mundo anglosajón salvo algunos asiáticos -chinos, japoneses e indios- y dos europeos, una chica polaca y yo. Nos hicieron pasar por una exhaustiva batería de exámenes y entrevistas tras los cuales fuimos asignados, con carácter provisional, a las distintas secciones. ¿Adivinas a dónde me mandaron?

Yo negué con la cabeza mientras sorbía un trago de cerveza.

-Pues nada menos que a robopsicología -continuó mi amigo, mientras yo me atragantaba con la bebida a causa de la sorpresa.

-No me digas que... conociste a Susan Calvin -conseguí articular una vez pude dejar de toser.

-Personalmente no -respondió-; cuando llegué hacía ya varios años que se había jubilado. Pero su presencia seguía impregnando de alguna manera todo el departamento, diríase que parte de ella continuaba estando allí.

Sonrió melancólicamente antes de proseguir con su explicación.

-Su sucesor era Robert E. Murray, un competente científico pero sin el carisma de Susan. De todos modos la época romántica de la robótica ya había acabado, ahora las cosas eran... como te diré, más prosaicas, lo que no quiere decir que no se hicieran avances, por mucho que éstos pasaran más desapercibidos para el gran público. La principal diferencia estribaba en que, mientras Susan había sido durante muchos años el departamento de robopsiquiatría, Murray era ahora simplemente su director.

-En cualquier caso -le interrumpí-, tu trabajo allí debió de ser fascinante...

-En un principio sí, por supuesto; aunque como ocurre en todos los sitios, acabó convirtiéndose en rutinario -hizo una pausa y continuó-. Hasta que fui asignado al Proyecto Salomón.

-¿El Proyecto qué? -exclamé sorprendido-. Jamás había oído hablar de semejante cosa.

-No es de extrañar -sonrió de nuevo, esta vez de forma más abierta-; se trataba de un proyecto secreto incluso para la gran mayoría de los empleados y ejecutivos de la compañía. Por cierto -añadió receloso-; he de advertirte que antes de marcharme de la empresa tuve que firmar un compromiso de confidencialidad, puesto que los responsables decidieron archivarlo sin hacerlo público.

-Arturo -protesté-, te aseguro que nada más lejos de mi intención que comprometerte. Aunque puedes contar con mi discreción, te pido que te reserves todo lo que consideres conveniente. No te tiraré de la lengua.

-No te preocupes -fue su respuesta-. Confío en tu discreción, por supuesto, de no ser así no te lo estaría contando. Además necesito desahogarme, y aparte de ti no conozco a nadie más con quien poder hacerlo. Lo único que pretendía, eso sí, era advertirte de que lo que te voy a decir no es en modo alguno trivial, por lo que no desearía que llegara a oídos de terceras personas.

Tras reiterar mis promesas de confidencialidad absoluta, las cuales ahora ya no son necesarias -por eso lo estoy relatando- a causa de las circunstancias posteriores, Arturo siguió con su relato.

-El Proyecto Salomón tuvo su origen en un antiguo expediente de tiempos de Susan Calvin -de hecho ella era todavía muy joven- que había sido archivado y olvidado, hasta que fue descubierto por casualidad por mi jefe el doctor Murray, el cual rápidamente mostró su interés por él. En esencia se trataba de un robot, catalogado como RB 34 y apodado Herbie que, debido a una imprevista perturbación durante el proceso de fabricación de su cerebro positrónico, adquirió la facultad de leer las mentes humanas. Vamos, que Susan Calvin y sus colegas se encontraron repentinamente con un robot telépata.

-¿Un robot telépata? -mi asombro no podía ser más genuino-. Jamás en mi vida había oído hablar de nada semejante.

-No te extrañe; se trató de un caso único que no tuvo continuidad, lo cual a la postre fue lo mejor que pudo haber ocurrido. De hecho, ni tan siquiera fueron capaces de identificar el factor que provocó la mutación ni, posteriormente, se atrevieron tampoco a intentar repetirlo. Todos quedaron tan escarmentados que prefirieron echar tierra al asunto, lo cual consiguieron hacer con tanta efectividad que hubieron de pasar varias décadas antes de que el expediente fuera descubierto de nuevo. Aunque quizá habría sido mejor que lo hubieran destruido... -se lamentó melancólico.

-La verdad -opiné- es que, de haberse incorporado esta capacidad a los robots fabricados en serie las cosas podrían haber cambiado mucho...

-Demasiado -remachó Arturo-. Y seguramente, no para bien. Date cuenta de que el sentimiento antirrobo es cada vez más fuerte en la Tierra, y eso a pesar de la garantía de las Tres Leyes de la Robótica. Si el populacho llega a enterarse de la existencia de robots telépatas... no quiero ni pensar cuales podrían haber sido las consecuencias -remachó.

-Pero, según he creído entender, el asunto no pasó de un prototipo...

-Ni tan siquiera eso. Herbie fue un robot de serie construido según los parámetros normales, sólo que un factor incontrolado produjo una perturbación en su cerebro positrónico durante el proceso de fabricación... el equivalente a una mutación en un ser

vivo, podríamos considerarlo así. Fallos de este tipo suelen aparecer con determinada frecuencia, hay que tener en cuenta que los cerebros positrónicos son unas estructuras extremadamente complejas sujetas a multitud de factores, por lo que es inevitable que tarde o temprano algo salga mal. Lo habitual es que estos *defectos de fabricación* -recalcó las palabras- provoquen taras de mayor o menor gravedad, por lo que los robots afectados suelen ser detectados en el departamento de control de calidad y reparados, si ello es posible, o más habitualmente retirados y destruidos, ya que se procura por todos los medios que sólo salgan de la fábrica aquellos que salvan todos los controles, que no son pocos.

-¿Qué pasó con Herbie? ¿Se les coló?

-Por fortuna no, eso hubiera supuesto una catástrofe. En realidad el robot funcionaba perfectamente y, salvo su peculiar habilidad, en nada se diferenciaba del resto de sus compañeros, no había la menor disfuncionalidad en su comportamiento. Gracias a que los robots no pueden mentir su capacidad telepática fue detectada casi en la propia cadena de montaje, amén de que él tampoco ocultó en ningún momento que podía leer el pensamiento. Rápidamente se le envió al *gabinete de crisis* formado por Alfred Lannig, entonces director de investigación de la compañía, Susan Calvin y un par de matemáticos cuyo nombre no recuerdo.

-¿Y qué ocurrió? -a estas alturas de la conversación yo ya estaba profundamente interesado.

-Resumiendo -suspiró mi amigo al tiempo que aprovechaba para beber de su hasta entonces intacto refresco-, estos cuatro investigadores tropezaron con una inesperada derivación de la Primera Ley de la Robótica.

-Yo pensaba que esta ley está incrustada en lo más profundo de la programación de los robots, de modo que no existe manera alguna de violarla... -objeté.

-En realidad las tres, pero por supuesto la Primera es siempre la prioritaria. Pero no me interpretes mal, Herbie no incumplía en modo alguno la Primera Ley, al contrario. Su obligación de respetarla, en combinación con su capacidad telepática, le obligó a comportarse de la manera en que lo hizo...

Tras una nueva pausa, esta vez más prolongada, continuó:

-Imagínate que fueras capaz de leerme la mente y que, al mismo tiempo, tuvieras prohibido causarme daño; daño de cualquier tipo, no sólo físico sino también emocional...

-Creo que empiezo a comprender -barrunté.

-Exacto -confirmó Arturo viendo mi expresión-. Eso fue lo que ocurrió. El pobre robot se vio obligado a recurrir a toda una sarta de mentiras piadosas en un desesperado intento

de conciliar ambos condicionantes. Así, aunque momentáneamente satisfizo a sus interlocutores haciéndoles creer que era cierto aquello que ambicionaban, fue completamente incapaz de mantener la superchería durante mucho tiempo. Y como cabe suponer, las consecuencias fueron catastróficas.

-Me lo imagino... -y haciendo un chascarrillo fácil añadí- al fin y al cabo es lo mismo que les ocurre a los políticos cuando, una vez ganadas las elecciones, se encuentran con que se les exige el cumplimiento de sus promesas electorales.

-No es mala comparación -rió, divertido, Arturo-; sólo que aquí el desdichado Herbie lo único que pretendía era salir del atolladero de la manera que buenamente pudiera. Bien, el caso es que pronto se vio enfrentado a un dilema insoluble ya que, mientras que había sido capaz de bandearse mejor o peor con cada uno de ellos por separado, cuando se vio enfrentado a los cuatro quedó inmediatamente bloqueado, ya que favorecer a uno con sus mentiras suponía automáticamente dañar a otro... y viceversa.

-¿Y qué ocurrió?

-Por si fuera poco, Susan Calvin estaba profundamente irritada porque éste había alentado su ingenua creencia de que uno de los dos matemáticos, del que estaba enamorada, correspondía a sus sentimientos; al descubrir que había sido burlada por un robot su frustración no tuvo límites, ni su venganza tampoco. Conocedora como nadie de los mecanismos mentales de los hombres mecánicos, forzó de forma deliberada, casi diría que con sadismo, el círculo vicioso en el que había caído el desdichado Herbie, haciendo que su delicado cerebro electrónico colapsara. Convertido el robot en un imbécil irrecuperable y sin poder identificar el factor que provocó su habilidad telepática, ya que éste se llevó el secreto a la tumba o su equivalente mecánico, no hubo manera, ni tampoco voluntad tal como te he explicado anteriormente, de intentar repetir el experimento. Y como todos ellos se habían sentido, de una u otra manera, profundamente humillados en sus sentimientos, llegaron al acuerdo tácito de dar carpetazo al asunto. Herbie, supongo, debió de ser desguazado y eso fue todo.

-Así pues, eso es con lo que te encontraste... -y ante la tácita afirmación de mi amigo, pregunté- ¿pretendíais acaso continuar adelante, allá donde lo dejaron Susan Calvin y los demás?

-Por supuesto que no -respondió tajante-; menudo embolado. Además, mucho me temo que, de haberlo intentado, tampoco habríamos sido capaces de hacerlo. No, más vale que la telepática, humana o robótica, continúe siendo una quimera, por el bien de todos.

-Entonces...

-Lo que buscaba Murray era explorar esos límites mal definidos en los que las Leyes de la Robótica podían provocar unas reacciones imprevistas en los robots, no ya en casos tan improbables como el de Herbie, sino en otros mucho más prosaicos que suelen darse con mayor o menor frecuencia, previendo así posibles disfuncionalidades en su comportamiento. Al fin y al cabo -concluyó-, la iniciativa tenía su lógica...

-Sinceramente -reconocí-, no acabo de ver la diferencia.

-Pues la hay -Arturo no se molestó en disimular su fastidio por tener que explicarme algo que para él resultaba obvio-. Y mucha, ya que no estamos hablando de supuestos teóricos ni de hechos excepcionales, sino de problemas reales en los que se vieron involucrados nuestros robots.

Y viendo que yo seguía con cara de no entender nada, prosiguió:

-Te voy a poner un ejemplo. Imagina que un criminal ha capturado un rehén y que se dispone a matarlo. Tú te encuentras frente a ellos con una pistola en la mano, pongamos que eres policía para simplificar las cosas; quieres evitar que se consuma el asesinato, por supuesto, pero no existe la opción de inmovilizar al criminal, la única manera de impedirlo es adelantarse a él descerrajándole un tiro. ¿Qué harías?

-Disparar, claro -respondí sin dudar.

-¿Aunque eso supusiera la muerte del delincuente?

-Bueno... -titubeé-. Sería lamentable, por supuesto, pero puestos a elegir entre uno u otro sin ninguna otra alternativa posible, preferiría que se salvara la vida del rehén inocente.

-Tu reacción sería la lógica conforme a los parámetros humanos -concedió-; pero no conforme a los robóticos, ya que la Primera Ley es tajante y no admite excepciones de ninguna clase. Para un robot todas las vidas humanas son igual de valiosas, por lo que se vería incapacitado para matar al agresor aunque eso supusiera la muerte del rehén. Pero como la primera Ley también prohíbe que por inacción permitan que un ser humano sufra daño, la conclusión es evidente: el pobre trasto se encontraría frente a un dilema *moral* del que le resultaría imposible salir, con la más que posible consecuencia de acabar con su cerebro positrónico completamente achicharrado tal como le ocurrió a Herbie.

-Por eso no hay robots policías -bromeé.

-De poco servirían al estar prohibida su presencia en la Tierra -remachó mi amigo-, pero sí podrían haber sido empleados en las distintas bases e instalaciones del Sistema Solar que sí los poseen. Y es una lástima, porque con sus capacidades sobrehumanas hubieran sido unos magníficos agentes. Aunque -se corrigió-, no siempre las cosas son tan fáciles, incluso para nosotros. Volviendo al ejemplo anterior, ¿Quién te garantiza que el

presunto asesino es el malo y el rehén el bueno? Porque este último bien podría ser un psicópata que acaba de asesinar a toda la familia de su captor y éste, obviamente desesperado por la tragedia...

-Hombre, si lo pones así...

-Vale, he forzado mucho las cosas -reconoció-, pero la limitación es cierta, como lo es que tampoco pueda haber robots cirujanos ya que la perspectiva de causar daño a un paciente, aunque sea para curarlo e incluso, para salvarle la vida, queda fuera de los parámetros robóticos, eso sin tener en cuenta que siempre existe la posibilidad de que un error, o un mal diagnóstico, acabe provocando la muerte del paciente.

-Amputar una pierna, pongo por caso -protesté-, no deja de ser un mal menor, inevitable además ante la alternativa de que la gangrena se extienda y mate al paciente; y eso los robots lo deberían saber.

-Y lo saben perfectamente, no te quepa la menor duda. Pero la Primera Ley es tajante y no admite matización alguna: Un robot no causará daño a un ser humano ni por acción ni por inacción, sin excepción de ningún tipo. Así pues, no les queda más opción que la de tomarla al pie de la letra. Ciertamente existen los mal llamados robots cirujanos, pero éstos no dejan de ser unos servomecanismos carentes de la autoconsciencia que caracteriza a los verdaderos robots positrónicos. Son simples máquinas extremadamente sofisticadas, eso sí, pero que necesitan la supervisión de un cirujano humano al cual auxilian pero no sustituyen.

-Bueno, tampoco parece que esto haya supuesto un problema irresoluble -porfié.

-No, por supuesto que no. Al igual que en el caso anterior, me limitaba a ponerte ejemplos reales de casos en los que las Leyes de la Robótica se convierten en verdaderos obstáculos. Pero no eran éstos los que interesaban al doctor Murray sino otros que, vuelvo a repetirlo, tienen una incidencia real en las actividades de los robots.

Hizo una nueva pausa para dar un sorbo de su bebida -yo ya iba por la segunda cerveza- y prosiguió:

-Te voy a contar un caso que sucedió hace años en una mina de teluro existente en Calixto, una de las más importantes del sistema joviano. Allí, como supongo que sabrás, los mineros trabajan codo con codo con los robots, que suelen realizar las labores más penosas o peligrosas. Pero siempre suele ser necesaria la presencia humana, por diferentes razones incluidas las condiciones pactadas con los sindicatos. Bien, en una galería se encontraban excavando un robot y dos mineros cuando se produjo un desprendimiento. El hundimiento de la bóveda era inminente, por lo que había que huir de allí con toda rapidez, pero los dos mineros habían quedado inconscientes y semienterrados por el material desprendido.

»El robot comprendió que el tiempo del que disponían era mínimo. No había sufrido daños de consideración, y además de salir de allí podría arrastrar a uno de sus compañeros... pero sólo a uno, puesto que antes de que hubiera podido volver a por el segundo la bóveda se habría derrumbado por completo matándolo con toda probabilidad. Evidentemente salvar a uno siempre es mejor que no hacerlo con ninguno, pero la maldita Primera Ley bloqueó al cerebro positrónico del robot al prohibirle elegir entre uno de ellos, ya que para él las dos vidas humanas eran exactamente igual de valiosas. Y como al salvar a uno de ellos su *inacción* -aunque para ti o para mí no fuera tal, para él sí lo era- provocaría irremediabilmente la muerte del otro, pues...

-Total, que murieron los dos -completé yo.

-Así fue -suspiró Arturo-. El robot quedó completamente bloqueado y no pudo hacer nada por salvarlos. Y como era de esperar, cuando rescataron los cuerpos descubrieron que su cerebro positrónico había quedado completamente inutilizado.

-No me irás a decir que pretendíais meter mano a las Leyes de la Robótica...

-¡Oh, no! -saltó como si hubiera sido acusado de un delito de lesa humanidad-. Jamás se nos pasó por la imaginación hacer eso, aparte de que hubiera supuesto el suicidio de la US Robots. No -enfaticó-, ni siquiera nos estaba permitido investigar en cerebros positrónicos modificados en el laboratorio. Sólo podíamos trabajar con robots, o con componentes suyos, de serie, dentro claro está de las distintas variedades de los mismos. Además, si queríamos que los robots convencionales fueran más flexibles en sus comportamientos, deberíamos hacerlo con estos mismos robots, y no con prototipos que en la práctica no servirían para nada.

-Discúlpame si no he sabido explicarme bien -le calmé-. Tan sólo pretendía decir que en mi opinión de profano, sin modificar las Leyes no veo como podríais conseguir una mejora en las reacciones de los robots.

-Sí y no -respondió más sosegado-. Ciertamente es que si bien la tres Leyes de la Robótica suponen una irrenunciable garantía de control sobre los robots, también pueden llegar a convertirse en un engorroso corsé a causa de su evidente rigidez, al menos en ciertas condiciones límite.

-Pues entonces no lo entiendo...

-No era fácil empezar el melón -concedió Arturo-, de eso éramos plenamente conscientes todos nosotros, pero nos esforzamos por buscar posibles soluciones. En un principio había dos facciones principales, la que proponía meter mano a las Leyes y la que prefería buscar sus posibles resquicios sin tocarlas. Yo...

-¡Un momento! -ahora fui yo quien saltó-. Me acabas de decir que las Leyes eran intocables.

-Y lo son, por imperativo legal. Pero no se trataba de cambiarlas sino de reforzarlas, en la idea de que eso sí sería aceptable por las autoridades y, sobre todo, por esa estúpida masa recelosa que tantos obstáculos inútiles nos ha puesto en el camino.

-Si por reforzarlas entiendes hacerlas todavía más rígidas -objeté-, no veo donde pudiera estar el beneficio.

-Por paradójico que pueda parecerle, un aparente reforzamiento podría suponer en realidad una flexibilización... o al menos eso era lo que pensaban algunos -añadió dubitativo-. Además, esto hubiera servido para deslumbrar a los políticos impidiendo que vetasen el programa.

-Sigo sin entenderlo -insistí.

-Está bien -suspiró impaciente-. Te lo explicaré. Hubo quien propuso el establecimiento de una Ley Cero de la Robótica que, como su ordinal indica, sería de rango superior a la Primera y, por lo tanto, prioritaria sobre ésta. Su enunciado debería haber sido algo así como: “*Un robot no causará daño a la Humanidad ni, por inacción, permitirá que ésta lo sufra*”. El truco estaba en que, a diferencia de *humano*, *humanidad* es un concepto mucho más flexible, ya que antepone el bien común, digámoslo así, frente al particular de un individuo determinado, lo que permitiría, al menos en teoría, salvar el bloqueo que hemos comentado. En la práctica, para un robot resultaría posible causar daño a una persona concreta si con ello estaba persuadido de que beneficiaba a la humanidad en su conjunto.

-Muy sutil y considerablemente cínico... -ironicé- pero poco práctico, me temo, en casos tales como el de los mineros, ya que dime tú como iba a poder discriminar el robot cual de las dos víctimas era más *humanidad* que su compañero.

-Hombre, sus defensores argumentaban que salvar a uno de los dos accidentados supondría un beneficio para la humanidad mayor que no poder salvar a ninguno; pero tienes razón, ésta fue una de las razones por las que se desestimó finalmente.

-¿Cuáles fueron las otras? -inquirí curioso.

-Básicamente, la dificultad de cuantificar el término *humanidad* de una forma lo suficientemente clara y precisa como para que pudiera ser impresa en los circuitos neuronales de los cerebros positrónicos. Además, si a lo largo de la historia ni tan siquiera los filósofos más significados lograron ponerse de acuerdo en cuestiones tan importantes como la justificación del regicidio cuando éste supone la supresión de una tiranía, imagínate el berenjenal en el que nos íbamos a meter. Eso sin contar con la desconfianza

que generaría entre la masa llegar a saber que un robot, aunque fuera en condiciones muy concretas y determinadas, y por supuesto inevitables, podría ser capaz de causar daño a alguien.

-Añade también -remaché- que si definimos por *humanidad* la totalidad de la especie humana, mucho me temo que la Ley Cero serviría de bien poco a la hora de aplicarla a colectivos reducidos, tal como supongo que sería el caso.

Arturo asintió con la cabeza antes de añadir:

-Por eso se sustituyó por una segunda propuesta, a la que algún gracioso bautizó como *Ley Cero y Media* para indicar que seguiría estando por encima de la Primera Ley, pero con unas pretensiones menos ambiciosas que ésta y poniendo mucho cuidado en no meter en danza a la humanidad entera, por si acaso.

-Eso suena a chiste...

-La verdad es que sí, pero la propuesta era seria y no carecía de lógica; al fin y al cabo, partía de la premisa de que, aun pretendiendo obrar de la mejor manera posible, nosotros mismos siempre acabamos viéndonos obligados a discriminar entre unas personas y otras.

-Vamos -me chanceé-, como en la famosa frase de Orwell de que todos somos iguales, pero unos más iguales que otros.

-Pues sí -respondió Arturo con toda seriedad-, siempre y cuando prescindamos de su tono cínico. Si lo prefieres, sería la filosofía de *las mujeres y los niños primero* o, volviendo a nuestro ejemplo anterior, la evidencia de que siempre será mejor salvar a una persona, y de paso a ti mismo, que no salvar a ninguna.

-Dicho así suena bien -reconocí-, pero aquí el problema está, mucho me temo, en ponerle el cascabel al gato.

-Tú lo has dicho -suspiró de nuevo-. Y ahí fue donde volvimos a atascarnos. Sí, está claro que en caso de necesidad, y como mal menor, siempre es preferible privilegiar a algunas personas frente al resto antes que sentenciar a todas en aras de un falso igualitarismo... en definitiva, se trataría de equiparar el comportamiento de los robots no ya al de los humanos en general, que suele ser en promedio bastante mezquino, sino, digamos, al de los humanos bondadosos a los que sólo mueve la buena fe. Pero el problema consistía ahora en fijar unos criterios objetivos, los únicos que podría admitir un robot... lo cual chocaba frontalmente con la inevitable subjetividad de la mente humana.

-Pero podríais tomar algunos modelos como patrones... -objeté.

-Sí, claro, en teoría eso es fácil de decir, pero llevarlo a la práctica es ya harina de otro costal. Por ejemplo, si tuvieras que optar entre salvar la vida a un eminente científico, artista o pensador, o bien a un grupo de personas corrientes, ¿qué harías? ¿En cuántas personas corrientes establecerías el equivalente a un premio Nobel? E incluso contando sólo con gente corriente, ¿darías prioridad al padre de familia que tiene que mantener a sus hijos, al joven prometedor que tiene toda una vida por delante, al anciano que atesora una experiencia que podría serles útil a otros? ¿Sacrificarías a un adulto por salvar a un niño del que desconoces si el día de mañana pudiera ser incluso un psicópata? Y así, podría seguir poniéndote ejemplos hasta el infinito.

-No exageres... -refunfuñé molesto-. En la práctica las cosas no funcionan así, si te ves en una circunstancia comprometida, lo cual por fortuna no suele ser frecuente, lo normal es que reacciones como buenamente puedas; y aunque a posteriori llegues a la conclusión de que tu elección no fue la idónea, siempre te quedará la tranquilidad de saber que obraste lo mejor que pudiste. Tampoco es cosa de buscar los tres pies al gato.

-Olvidas, mi querido amigo -me respondió acalorado-, que no estamos hablando de humanos, sino de robots; y aunque nuestra intención no era otra que la de *humanizar* relativamente, digámoslo así, la rigidez de las Leyes de la Robótica, nos encontrábamos con el escollo insoluble de que los cerebros positrónicos, a diferencia de los nuestros, son eminentemente lógicos incluso en las circunstancias más adversas. Así pues, en una situación de crisis no podíamos decirle a un robot que actuara como mejor le pareciera, porque lo único que conseguiríamos, incluso anteponiendo esta nueva ley a las otras, sería, en el mejor de los casos, que se bloqueara, y en el peor que actuara de forma equívoca... con los resultados prácticos que son fáciles de imaginar.

-Entonces, tú me dirás... supongo que esto supondría el final de vuestro trabajo.

-No -fue su inesperada respuesta-. Al contrario; simplemente decidimos replantearnos el enfoque. Fue entonces cuando nació el Proyecto Salomón.

-Curioso nombre -bromeé.

-Pero adecuado, puesto que lo que se pretendía era que los robots, al enfrentarse a una situación de crisis que hubiera dejado bloqueado a un cerebro positrónico convencional, no sólo fueran capaces de afrontarla, sino también de resolverla de una manera digamos razonablemente adecuada.

-No es ése el concepto que tengo yo de un juicio salomónico.

-Es que lo hemos tergiversado hasta convertirlo en algo completamente distinto; pero en su sentido original el término no se refería a un pasteleo que a fuerza de intentar ser imparcial y dejar satisfechas a todas las partes acaba incurriendo en algún tipo de injusticia,

sino a la alabada y sensata justicia del rey Salomón, famoso por acertar siempre con las sentencias más certeras.

-Si es así... -concedí dubitativo-. Pero seguiríais tropezando con el escollo de las Tres Leyes dichas.

-Bueno, como acabo de decir, el enfoque era ahora diferente por completo; optamos por no trastear con las Leyes limitándonos a ver como podíamos afinar las tecnologías que empleábamos en su fabricación de manera que los robots pudieran interpretarlas de una manera más flexible, o más humana si prefieres.

Y ante mi gesto de incredulidad, continuó:

-En cualquier industria las técnicas que utilizan siempre tienen un determinado margen de tolerancia, mayor o menor según los casos; el instrumental que utilizamos para fabricar los robots es obviamente de una gran precisión, ya que se trata de unos mecanismos extremadamente sofisticados a los que el más pequeño desvío convertiría en poco menos que inservibles. Pero aunque mínimos, esos márgenes también existen incluso en los propios cerebros positrónicos, a los que se suman además las desviaciones intrínsecas inherentes al Principio de Incertidumbre, que a escala nanométrica empiezan a ser ya relativamente significativas.

Dio un nuevo sorbo al caldo en el que a esas alturas debía de haberse convertido ya su refresco, y añadió:

-Fruto de todo ello es el hecho, comprobado desde hace mucho, de que no hay dos cerebros positrónicos exactamente iguales ni, por lo tanto, dos robots a los que pudiéramos considerar absolutamente idénticos. Aunque su comportamiento general y sus habilidades sean similares para todos ellos hasta el punto de que un usuario normal nunca descubriría la menor diferencia, lo cierto es que éstas existen y yo, como robopsicólogo, era perfectamente capaz de encontrarlas. De hecho -rió-, si no fuera así mi especialidad no tendría el menor sentido.

-¿Quieres decir -aventuré- que procedisteis a seleccionar a los robots que considerabais más... -dudé eligiendo el adjetivo- sensibles?

-No exactamente. Las variaciones aleatorias que mostraban los robots de serie eran demasiado pequeñas para nuestros propósitos, y como puedes suponer no podíamos permitirnos el lujo de esperar a que surgiera alguna otra *mutación* espontánea tal como ocurrió con Herbie.

-¿La forzasteis?

-Más o menos. En concreto, solicitamos que se fabricara una nueva serie, digamos experimental, de cerebros positrónicos en los que de forma deliberada, y por supuesto controlada, se habían ampliado los márgenes de tolerancia habituales apurándolos al máximo hasta los límites de seguridad. Con esto esperábamos que pudiéramos obtener una mayor variabilidad en las conductas de los diferentes robots, de forma que al menos las de algunos de ellos se aproximaran a lo que nosotros buscábamos.

-Era un riesgo -objeté.

-Por supuesto que lo era, pero así es la manera en la que avanza la ciencia -se defendió mi amigo-. De todos modos estos robots jamás saldrían de nuestra factoría y estaba previsto que fueran desactivados una vez concluidos los ensayos, con independencia de cuales pudieran llegar a ser los resultados. Además -añadió-, como medida de precaución adicional no se montaron los robots completos sino tan sólo las cabezas, puesto que bastaba con poder interactuar con los cerebros positrónicos conectados, eso sí, a los sistemas sensoriales que les permitían ver, oír y hablar.

Por un momento me imaginé a esos pobres robots, unos seres pensantes y autoconscientes por más que la ley tan sólo les otorgara un estatus de meras máquinas, decapitados y sometidos a todo tipo de perrerías antes de ser asesinados -eso era para mí la *desactivación* a la que había hecho alusión Arturo- una vez que hubieran dejado de ser útiles; y me alegré de no ser más que un oscuro funcionario.

-¿En qué piensas? -se burló mi amigo adivinándolo-. ¿En que éramos unos torturadores o, todavía peor, unos asesinos? Para nosotros eran tan sólo unas máquinas, y al fin y al cabo lo único que pretendíamos era someterlos a unas pruebas de estrés similares a las que realizan todas las industrias con sus productos. No podía ser de otra forma y el fin, pensábamos, justificaba los medios; aunque he de reconocer que, llegado un momento, empecé a sentir lástima de esos pobres robots -se justificó.

»Pero no nos adelantemos. Como ya te he dicho, diseñamos una serie especial que fue construida expresamente para nosotros y a la que alguien deseoso de respetar la tradición de la empresa bautizó con las siglas SLM, correspondientes a la frase *Self Learning Mind*.

-*Self Learning Mind*... -musité-. Reconozco que el inglés no es mi fuerte, pero me da la impresión de que la frasecita estaba un poco rebuscada.

-Las siglas tenían que coincidir con las consonantes de Salomón... -rió divertido-. Aunque no llegaron a conseguir que la pronunciación en inglés sonara suficientemente parecida. Pero bueno, eso no importaba demasiado, en la práctica a todos los robots les llamábamos *Solomon* seguido del ordinal correspondiente. Y desde luego reflejaba bastante bien lo que buscábamos, una mente robótica capaz de aprender por sí misma las sutilezas de la ética humana, o por lo menos de aproximarse lo suficiente a ella.

Arturo me explicó entonces la metodología que emplearon. Tomaban de cinco en cinco una serie de robots -mejor dicho sus cabezas- *vírgenes* de la serie experimental, y otros tantos convencionales elegidos al azar entre los recién salidos de la factoría, los cuales utilizaban como referencia. Aislaban a cada uno de ellos en una habitación estanca y, acto seguido, procedían a aplicarles una batería de pruebas simulando circunstancias en las que podía chirriar alguna de las Tres Leyes, en especial la Primera. En definitiva lo que hacían era, siguiendo un plan meticulosamente estudiado, someter a los robots a una presión psicológica creciente evaluando sus reacciones hasta que éstos se derrumbaban, tal como había ocurrido en su día con Herbie ante el feroz acoso de la vengativa Susan Calvin.

Como cabe suponer la tarea de Arturo resultó clave ya que, además de supervisar los guiones redactados conjuntamente por todos los miembros del equipo, él era el encargado de tratar con los robots en su condición de robopsicólogo... o de *roboverdugo*, como se prefiera entenderlo.

Según me contó, pronto comprobaron que, en la mayoría de las ocasiones, los Salomón eran psicológicamente -o robopsicológicamente, para ser más exactos- más resistentes que sus hermanos normales, lo que no evitó que alguno de ellos, como ocurrió con Salomón 13 -vaya premonición-, se volviera neurótico. Pero por lo general la mayoría de los robots de la serie experimental resultaron ser bastante más flexibles mentalmente que los integrantes del grupo de control. Aparentemente iban por el buen camino; pero sólo aparentemente.

El proceso era cruel. De poco les valía a los desdichados robots salir airosos de una batería de pruebas que habrían tumbado a otros menos avanzados que ellos, ya que inmediatamente pasaban a ser asaltados con otras nuevas de mayor dureza... y así sucesivamente hasta que acababan sucumbiendo, siendo reemplazados por otros nuevos.

-Perdí la cuenta de todos los robots que *maté* -se lamentaba Arturo-, pero sin duda fueron al menos varias docenas. Entonces para mí sólo eran máquinas o, como mucho, animales de laboratorio. Por supuesto toda empatía hacia ellos estaba desaconsejada, pero no era lo mismo evitar encariñarte con un ratoncillo blanco que con un ser pensante con el que podías dialogar y al que sabías que acabarías volviéndolo loco o asesinando... te juro que me he arrepentido miles de veces, aunque entonces, he de reconocerlo, ni me lo planteaba siquiera sumido como estaba en la borrachera colectiva que nos embargaba a todos nosotros.

Llevaban ya destrozados un número considerable de robots, tanto los Salomón como los de referencia, cuando surgió el milagro. Salomón 37, uno de los de la última hornada, no sólo demostró ser más resistente que sus compañeros de serie, sino además mucho más flexible.

Todos los miembros del equipo estaban fascinados. Cierto era que la aleatoriedad del método seguido para la elaboración de los cerebros positrónicos dificultaba, si no directamente impedía, reproducir de forma sistemática los resultados, y desde luego tampoco sería de recibo, de cara a la fabricación en serie de los nuevos robots, tener que desperdiciar a tantos de estos costosos cerebros para poder obtener uno sólo de los deseados; pero era innegable que se trataba de un importante avance, por más que todavía quedara mucho trecho por recorrer.

A partir de entonces volcaron sus esfuerzos en el robot maravilla, como lo llamaban, único superviviente de todos los utilizados hasta entonces, suspendiendo temporalmente el ensayo con nuevos especímenes. Según convinieron Arturo seguiría siendo su único interlocutor, aunque todo el equipo estaba detrás de las estudiadas conversaciones que el robopsicólogo mantenía con Salomón. Éste, evitando cuidadosamente todo aquello que pudiera provocar algún desequilibrio en su delicado cerebro positrónico, se dedicaba a charlar con él de los más variados temas de forma desenfadada y, aparentemente, inocua, aunque como cabe suponer las respuestas del robot eran analizadas y desmenuzadas hasta su última coma.

-Salomón era una criatura fascinante -me confesó Arturo con los ojos velados-. Pese a mi experiencia con otros robots, incluyendo a los de su propia serie, jamás me había encontrado con un ser mecánico cuya mente fuera tan flexible, tan *humana*. A veces, incluso, me sorprendía la agudeza de sus opiniones, que versaban sobre todo lo divino y lo humano... lo cual tenía un mérito aún mayor dado que el pobre era una simple cabeza depositada sobre una mesa y conectada a una serie de aparatos registradores y a una fuente energética, no conociendo más mundo que las cuatro paredes del pequeño laboratorio en el cual había estado encerrado desde que fuera conectado por primera vez. Por supuesto, y al igual que ocurría con los robots convencionales, no nació con la mente en blanco ya que le habíamos implementado una base de datos muy completa y, huelga decirlo, minuciosamente seleccionada, por lo que tenía un razonable conocimiento de su entorno... o de lo que él debería creer que era su entorno, aunque con su agudeza no me extrañaría que hubiera llegado a alcanzar sus propias conclusiones. Pero esto es algo que tampoco tiene demasiada importancia ahora.

-Bueno -objeté-, si tan bien iban las cosas, no veo donde podía estar el problema.

-Ojalá hubiera sido tan fácil como parecía -sonrió con tristeza-. En el fondo fuimos unos ingenuos.

Y me lo explicó. Una de las características de la mente humana, hasta entonces imposible de reproducir en los cerebros positrónicos, es el hecho de que somos perfectamente capaces, salvo que se trate de un psicópata, de discernir entre la realidad y lo que es pura especulación. Dicho con otras palabras, a cualquier persona le resulta posible

reflexionar sobre hechos o circunstancias en las que probablemente, de verse enfrentado a ellos, reaccionaría de una manera muy distinta o, simplemente, se quedaría bloqueado. Retomando el ejemplo que barajamos al principio de nuestra conversación, si nos viéramos ante la alternativa de tener que matar al criminal para salvar a su rehén lo más probable es que cuando quisiéramos reaccionar ya todo hubiera terminado, con independencia de nuestros buenos deseos... eso sin contar con que habitualmente, al menos en Europa, los ciudadanos normales no solemos andar con armas en los bolsillos. Sin embargo, eso no nos impediría discutir sobre cual sería la reacción más adecuada -obviamente descerrajar un tiro al potencial asesino- ni alabar o criticar a la policía, según el caso, una vez que ésta hubiera intervenido.

Salomón, y esto era lo insólito tratándose de un robot, era también capaz de realizar estas abstracciones, lo que le salvaba de acabar con su cerebro positrónico achicharrado sólo con plantearse una situación hipotética en la que pudiera entrar en un conflicto irresoluble con las dichas Leyes de la Robótica. Aunque Arturo y sus compañeros daban por supuesto que a la hora de la verdad las cosas podrían ser muy distintas, puesto que Salomón seguía sometido a ellas exactamente igual que un robot convencional, pensaban que también sería capaz de modular sus reacciones dentro de ciertos márgenes, pudiendo salvar airosamente no en la teoría, sino también en la práctica, crisis tales como la de los dos mineros.

Pero por si acaso preferían no intentarlo, al menos hasta que no hubieran avanzado más en sus investigaciones, por lo que el pobre robot siguió convertido en una especie de tetrapléjico cibernético aislado por completo del mundo, ya que hasta las siguientes fases no tenían previsto permitirle acceder a ningún tipo de información externa que no fuera la previamente filtrada por ellos. Y aunque él no se quejaba, Arturo comenzó a sentir algo parecido a la compasión.

Mucho es lo que se ha especulado acerca de la posibilidad de que se cree un lazo de amistad entre un hombre y un robot, y aunque Arturo siempre había negado que tal sentimiento pudiera existir, tomándose por tal lo que simplemente era simpatía y cariño - *“Al fin y al cabo, argüía, tú no te puedes hacer amigo de tu mascota, por mucho que la quieras y la aprecies”*-, me llegó a reconocer que entre él y Salomón se acabó creando un vínculo que iba mucho más allá de lo que siempre había sentido por cualquier otro robot; lo cual no era de extrañar dada la peculiaridad de éste.

-Salomón y yo hablábamos de lo divino y lo humano -decía-, y no dejaba de sorprenderme la agudeza de sus razonamientos incluso en casos en los que muchos humanos se habrían mostrado dubitativos... si me permites la comparación, diría que habíamos conseguido el primer robot humanista. Y no exagero.

-Pero algo, según sospecho, debió de ir mal -objeté.

-Así fue -suspiró-. Y lo triste es que, en estas circunstancias, era inevitable, aunque entonces ninguno de nosotros, cegados por el aparente éxito, fuimos capaces de sospecharlo.

-¿Qué fue lo que ocurrió? -inquirí intrigado, previendo que nos acercábamos al desenlace.

-Salomón, como ya te dije, tenía unos razonamientos humanistas -respondió mi amigo-. Lógico, sensato, siempre ponderado... pero inflexible ante los fallos y las debilidades humanas, al menos en teoría. En cualquier caso, y aunque sus reflexiones pudieran llegar a ser incómodas, lo cierto era que en lo que decía nunca le faltaba razón... como a cualquier persona sensata, añadido.

-No veo lo que pudiera tener eso de malo.

-En un humano quizás no; pero en un robot, por desgracia, sí. Ten en cuenta -enfaticó- que la sociedad humana dista mucho de ser perfecta; o mejor dicho, es muy imperfecta. De hecho a la humanidad se la puede comparar con un iceberg del que tan sólo una pequeña porción aflora por encima de la superficie del agua, mientras el resto, la mayor parte, permanece sumergido. Es, si me lo permites, la eterna comparación entre la calidad y la cantidad, aunque por desgracia los mecanismos de selección que han sido aplicados a lo largo de la historia no han resultado ser precisamente los idóneos, hasta el punto de que el concepto platónico de aristocracia ha pasado de ser, de su concepción original de gobierno de los mejores, a representar a una patulea de parásitos sociales cuyo único mérito consiste en haber tenido un antepasado ilustre, si por tal entendemos a alguien que se significó degollando enemigos en una olvidada guerra o cualquier otra hazaña similar.

-Bueno, sobre eso habría mucho de que hablar -apunté-. Y para todos los gustos, además.

-En fin, no nos vamos a meter ahora en disquisiciones políticas, o sociológicas -zanjó Arturo con brusquedad-. Sobre todo, teniendo en cuenta que muchos mediocres suelen ver con malos ojos a todo aquél que despunta sobre ellos, por muy superiores que puedan ser sus méritos; por desgracia la envidia es uno de los peores lastres que afligen a la humanidad desde tiempos de Caín y Abel, como poco -rió.

-Pues tú dirás.

-Salomón, vuelvo a repetirlo una vez más, era perfectamente capaz de discriminar la valía de las diferentes personas, poniendo a cada una en su lugar con una objetividad de la que sería incapaz el más templado de nosotros. Respetaba las Leyes de la Robótica, por supuesto, pero las ponderaba. Y si esto es algo que la sociedad tolera mal a sus integrantes, imagínate como reaccionaría de saberse discriminados los mediocres no ya por sus pares

sino por un robot, por muy justo que fuera su juicio. Desde luego habría sido incapaz de hacer daño de forma gratuita hasta al más abyecto criminal, pero a la hora de elegir, elegiría sin dudarle un solo instante.

-¿No era eso precisamente lo que buscabais?

-En principio sí, pero nunca pensamos que pudiéramos llegar tan lejos. Intentábamos dotar a los robots de unos reflejos que les permitieran salvar vidas en circunstancias comprometidas, pero con lo que nos encontramos fue con un robot filósofo... y crítico.

-Sigo sin ver que podía tener esto de malo, sobre todo teniendo en cuenta que la salvaguarda de las Tres Leyes continuaba incólume; amén de que los robots como Salomón, de llegar a ser construidos en serie, jamás llegarían a actuar en la Tierra, por lo que esos absurdos prejuicios antirrobóticos no tendrían por qué influir en ellos. La vida en las colonias espaciales es muy distinta de la de la Tierra, y sus pobladores están ya más que acostumbrados a su presencia.

-Eso pensaba yo -confesó Arturo-; y, con matices, ésta era también la opinión generalizada de todos los miembros del equipo. Pero...

-¿Pero qué?

Arturo concluyó su narración con un hilo de voz. Si todo se hubiera quedado ahí, es decir, con una valoración individualizada de cada persona por parte de Salomón, la cosa no hubiera sido demasiado grave, ya que se podría haberle enseñado a disimular tal como hacemos todos al vernos obligados a tratar con gente que, por una u otra razón, no nos cae bien, instándole a que utilizara su habilidad tan sólo cuando ésta fuera estrictamente necesaria y siempre enfocada no a enjuiciar a los humanos, sino a salvarlos de un peligro potencialmente peligroso e incluso mortal.

El problema consistió en que Salomón fue todavía más allá y, no satisfecho con establecer su personal escala de valores, llegó a la conclusión de que ésta no tenía por qué limitarse tan sólo a la estirpe humana sino que, por extensión, debería aplicarse a cualquier ser consciente con independencia de su origen o su naturaleza.

Este concepto cuasi filosófico de una humanidad ampliada abarcaba, además de a los pertenecientes a la especie Homo sapiens, a todo aquel ser, ente o similar capaz de razonar y de comportarse con respecto a unas normas éticas, lo cual en la práctica abarcaba a dos tipos de colectivos diferentes: los naturales, en forma de inteligencias alienígenas, y los artificiales, es decir, los robots. Y como por el momento no se había descubierto ninguna raza extraterrestre, y las previsiones de hacerlo en un futuro inmediato ni siquiera se contemplaban, la conclusión de los razonamientos del bueno de Salomón no podía ser más obvia.

Para empezar, tropezaba con la espinosa cuestión de reconocer a los robots una naturaleza humana, con la consiguiente e inevitable manumisión de los mismos y la inmediata aplicación a todos ellos de la Declaración de los Derechos Humanos. Teniendo en cuenta lo problemática que había resultado la abolición de la esclavitud y la todavía no resuelta discriminación racial o de cualquier otro tipo, la cuestión no era para tomársela a broma, sobre todo si a ello añadíamos además el factor económico: evidentemente, ni US Robots ni el resto de la industria cibernética admitirían de buen grado una revolución que les arrastraría indefectiblemente a la bancarrota. Y puesto que US Robots era quien había puesto en marcha el Proyecto Salomón, no hacía falta ser muy perspicaz para sospechar cual sería la reacción de sus dirigentes en cuanto se enterasen de las elucubraciones de Salomón.

Aun con todo, no fue esto lo peor. No contento con equiparar intelectualmente a humanos y hombres mecánicos, llevado por su implacable lógica llegó a la conclusión final de que estos últimos eran, salvo excepciones -nuestras, no suyas-, mucho mejores que los miembros de la estirpe de Adán. Y si no sólo los robots eran humanos, sino además más humanos que nosotros... bien, las Leyes de la Robótica se convertían automáticamente en mero papel mojado, puesto que en justa lógica la vida de un robot valdría más que la de un Homo sapiens. Así de simple.

Esto asustó, y mucho, a los miembros del equipo. Así pues, después de largas y controvertidas discusiones, éstos decidieron por amplia mayoría, aunque no por unanimidad -Arturo me confesó que se había abstenido-, proponer a la dirección de la empresa la cancelación del proyecto, al que daban por fallido. Por precaución procuraron suavizar los términos del informe, de modo que éste fuera lo suficientemente explícito para apoyar su propuesta, pero no tanto como para alarmar a sus superiores.

El resto es fácil de imaginar. Una vez que contaron con vía libre -en realidad el Proyecto Segismundo nunca había sido demasiado popular entre los pragmáticos ejecutivos de la empresa, y sólo gracias al prestigio de Robert Murray había podido salir adelante-, se procedió a desconectar al desdichado Salomón destruyéndose concienzudamente su cerebro positrónico. Asimismo se destruyeron todos los planos y matrices que se habían utilizado para la construcción de los robots experimentales, sepultándose por último el abultado *dossier* en las profundidades de los inmensos archivos de US Robots.

-Yo no lo maté -se excusó Arturo con un hilo de voz-. Pero fui cómplice de su asesinato, algo que nunca me llegaré a perdonar; del suyo y de todos los demás desdichados robots que habíamos torturado y matado previamente, aunque en el caso de Salomón me sentí no como un asesino sino como un auténtico canalla, ya que había quitado la vida a alguien que estaba muy por encima de la mediocridad humana.

-¿No crees que exageras? -le pregunté sorprendido-. Por muy perfecto que fuera, tan sólo se trataba de un robot.

-Ante la ley tu argumento es irreprochable -fue su respuesta-. Ante Dios, no.

Lo cual, viniendo de un agnóstico convencido, no dejaba de ser una respuesta sorprendente.

Poco más es lo que queda por relatar. Profundamente desmoralizados, los miembros del equipo de investigación se dispersaron por las diversas secciones de la inmensa compañía. A Arturo le asignaron tareas rutinarias de control de calidad en una de las líneas de montaje de robots convencionales, pero no duró mucho allí. Pocos meses después se despidió de US Robots y, tras cierto tiempo dando tumbos por América del Norte - “*encontrándome a mí mismo*”, me explicó-, decidió volver a España, donde había empezado a trabajar en una pequeña empresa de reparación de electrodomésticos sin querer volver a oír hablar de robots en su vida.

Apenas un mes después de nuestra última reunión le encontraron muerto en la habitación de la pensión donde se alojaba. Oficialmente falleció por un infarto, pero yo sospecho que lo que le mataron fueron los remordimientos. Al fin y al cabo las últimas palabras que le oí musitar mientras se marchaba, dejándome pensativo y todavía sentado en el velador de la cafetería en la que habíamos estado charlando fueron:

-Y lo peor de todo, es que el pobre Salomón tenía razón.

Eso fue todo. La muerte de mi amigo me liberó de mi promesa de guardar silencio, al tiempo que poco después otro antiguo miembro de su equipo envió a los medios de comunicación, antes de suicidarse, un extenso informe sobre el Proyecto Salomón cuyas revelaciones fueron negadas por la compañía, la cual se limitó a admitir que como en cualquier otra empresa realizaban ensayos de laboratorio buscando mejorar sus productos, pero siempre respetando las normativas legales y los protocolos de seguridad. Así pues, no relato nada que no sea conocido.

En cualquier caso, esto es algo que ya no importa.